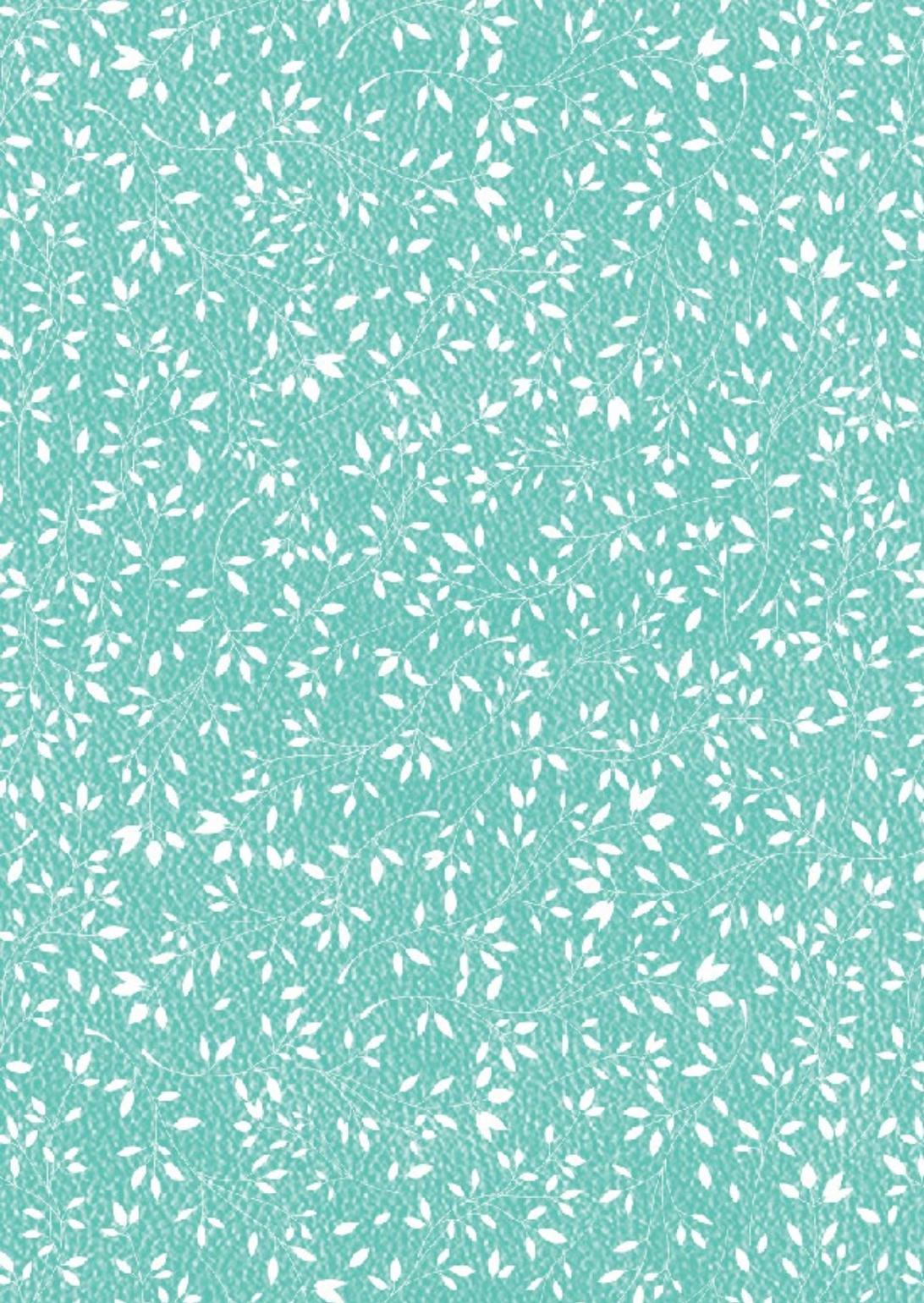




Blanco

Antología de la obra literaria de
Blanca Isaza de Jaramillo Meza



Blanco



Blanca



Antología de la obra literaria de
Blanca Isaza de Jaramillo Meza

Isaza de Jaramillo Meza, Blanca, 1898-1967

Blanca. Antología de la obra literaria de Blanca Isaza de Jaramillo Meza/
Blanca Isaza de Jaramillo Meza ; compilado por Alba Mery Botero, Fernando
León González, Juan Camilo Jaramillo ; prólogo Nicolás Duque Buitrago. --
Manizales : Universidad de Caldas, 2017.

274 p. : ils.

ISBN 978-958-56618-0-6

Poesía colombiana – siglo XX - antologías / Cuentos colombianos – Siglo
XX - antologías / Crónicas – siglo XX – antologías / cdd 808.8/I76

Título: *Blanca*.

Subtítulo: *Antología de la obra literaria de Blanca Isaza de Jaramillo Meza*.

Autor: Blanca Isaza de Jaramillo Meza.

ISBN: 978-958-56618-0-6

Coordinación editorial: Juan Camilo Jaramillo Acevedo.
Nicolás Duque Buitrago.

Prólogo: Nicolás Duque Buitrago.

Compilación: Alba Mery Botero.
Fernando León González.
Juan Camilo Jaramillo Acevedo.

Transcripción: Mónica María Ruiz.

Diseño, diagramación y collages: Estratósfera. Colectivo de diseño
Paola López / estratosfera.com.co

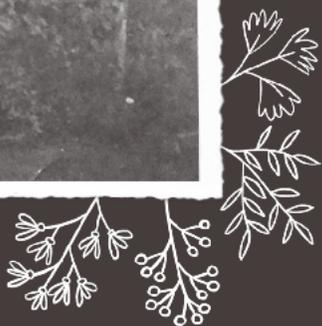
Fotografías: Archivo de la familia Jaramillo Isaza.
Fondos especiales de la Biblioteca de la Universidad de Caldas.



Blanca Isaza de Jaramillo Meza.

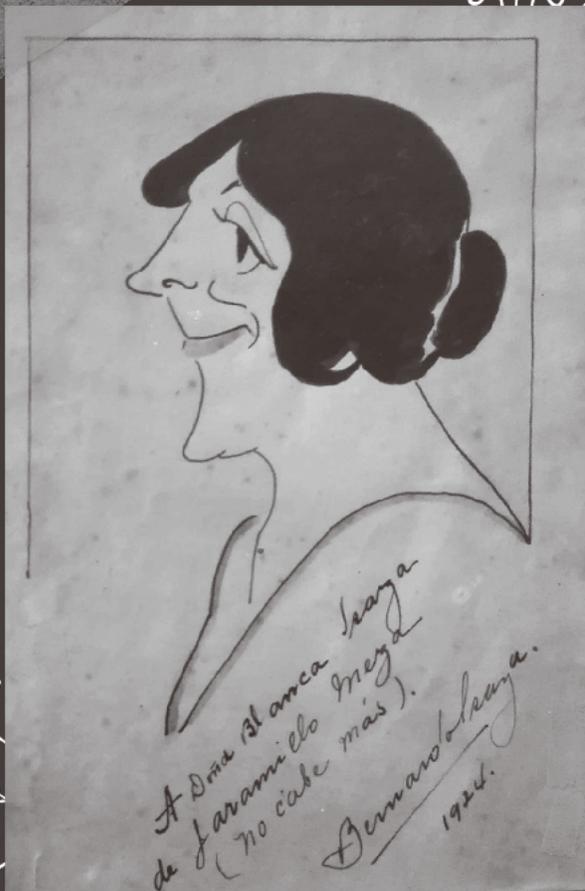


*Blanca Isaza y su esposo
Juan Bautista Jaramillo Meza.*





*Juan Bautista Jaramillo Meza,
esposo de Blanca.*



Caricatura de Blanca
por Bernardo Isaza. 1924

Blanca Isaza, la mujer múltiple



El primer recuerdo que tengo de Blanca Isaza es falso. Se trata de la foto de una mujer con traje de baño que fue tomada en 1926 cuando la Blanca real tenía 28 años. La fotografía es la primera búsqueda de su imagen que arroja internet y hace parte de una historia de amor inventada con el poeta Julio Flórez y que publicó el periódico *Gil Blas* de Bogotá hace más de un siglo. La mujer de la fotografía lleva una pañoleta negra amarrada en su cabeza que le recoge el cabello a cada uno de los lados formando dos trenzas. No está en la playa sino en un estudio fotográfico. Permanece sentada en un cajón cubierto por una colcha oscura. Mira al frente y tiene las manos entrelazadas sobre las piernas. El pie izquierdo reposa sobre el derecho y lleva unas zapatillas blancas amarradas con unos cordones negros que van hasta más arriba de los tobillos. Observa la cámara y sonrío. Sus labios oscuros están pintados de algún color que la foto a blanco y negro no permite adivinar.

El segundo recuerdo que tengo de Blanca Isaza no es falso, pero es una representación ficticia. Se trata de una caricatura de 1924 de Bernardo Isaza. Está firmada por el autor que anota sobre el dibujo: “A doña Blanca Isaza de Jaramillo Meza (no cabe más)”. Es una mujer que mira de perfil, con nariz y mentón pronunciados, con el

cabello recogido hacia atrás formando una gran rosa en la nuca. Sonríe y tiene los labios pintados de rojo. Lleva un traje escotado.

Las colegialas manizaleñas de los años treinta y cuarenta del siglo XX siempre se mostraron muy curiosas por esa mujer. Pasaban frente a su casa grande ubicada todavía hoy en Manizales, en la Avenida Santander N^o 45-05, e intentaban espiar tras los ventanales para adivinar los oficios de esa mujer extraña que escribía poesías, cuentos y crónicas; que algunas veces les había hablado en sus colegios acerca de la poesía femenina latinoamericana, que había grabado programas radiales y dirigía la revista literaria más importante del momento en una ciudad que se creía el meridiano cultural del país. Su casa fue la última en cerrarse de aquellas que construyeron un grupo de escritores, políticos y empresarios de la primera mitad del siglo XX en Manizales. A una distancia de no más de ocho manzanas vivían Gilberto Alzate Avendaño –el político más influyente del conservatismo del momento– y Arturo Zapata, uno de los primeros editores profesionales del país. En la editorial Zapata se publicaron libros que hoy siguen teniendo lectores como *El remordimiento* de Fernando González, *Variaciones alrededor de nada* de León de Greiff y *Divagaciones filológicas* de Baldomero Sanín Cano.

De esas casas no sabemos hoy casi nada. Lo ocurrido al interior de sus bibliotecas y salones está perdido. El transeúnte que camina por las calles desconoce las historias tras esos muros, excepto para la casa de Blanca y su esposo, el también poeta y editor Juan Bautista Jara-

millo Meza. La visita de Pablo Neruda a Manizales tuvo una velada en la casa de Gilberto Alzate Avendaño en la calle 50 con carrera 27, pero la escasa información de la que disponemos sobre el encuentro la recuerda Blanca en su crónica sobre el político conservador. La casa de Blanca y Juan Bautista fue no sólo un enclave de las últimas casas solariegas de los abuelos, sino el correo intelectual con las poetas del sur (y amigas de Blanca): Gabriela Mistral y Juana de Ibarbourou. Desde esa casa se remitía a muchos países de habla hispana la *Revista Manizales*, dirigida por la escritora y fundada en 1940. También fue un punto importante en la campaña política de Jorge Eliecer Gaitán, en la que Blanca y Juan Bautista parecen haber trabajado activamente. Esa casa resulta ser la única que tiene una verdadera intimidad. Así desaparezca en los próximos años (hoy es parcialmente una barbería y un anticuario) mantendrá los recuerdos que construyó Blanca en sus crónicas y poemas.

Además de su animada vida cultural, la casa de Blanca era el típico hogar de una familia numerosa. Los gatos cazaban mariposas y acechaban canarios; las abuelas cultivaban el jardín, tejían escarpines, vestidos y cuidaban a los nietos. En las mañanas, los pájaros cantaban en el patio central y las señoras regaban las macetas de flores. En las tardes, se oía la máquina de coser y el correr de las agujas. La música sonaba en la vitrola o en la radio. En las noches, los gatos jugaban con su sombra y huían por los tejados. Las hormigas corrían con sus hojas por los jardines, cantaban las chicharras y los grillos. El croar de los sapos anunciaba la lluvia. Las abejas

zumbaban entre las flores. En los árboles de la huerta volaba un colibrí que metía su pico alargado hasta el fondo de la flor.

Hoy esas casas se encuentran cerca de la ruina. Detrás de sus paredes sobreviven unos pocos habitantes desprevenidos que ya no son como antes. Mantienen un contacto tímido y desconfiado con el mundo de afuera. Se los ve inseguros y silenciosos cruzar los semáforos. Cerraron las grandes puertas y ventanas para evitar el humo, el ruido y los ladrones. Para vivir en soledad. Es como si un hechizo hubiera escondido la tranquila belleza de antes en una burbuja oscura. Las casas han empezado a ser un recuerdo borroso. Sus grandes habitaciones, salas y despachos son como miembros inútiles o como los órganos de un gigante que ya no puede moverse. Algunas veces las miramos desde los pisos altos de un edificio como si en sus patios fuera a pasar algo grandioso (el surgimiento de un animal desconocido, un caballero o una dama andante de otra época). Pero no pasa nada. Entre su recuerdo y su presencia actual hay dos polos: en el pasado la vida que se mueve en un trajín sin descanso, hoy una especie de mamut herido de muerte.

Las cosas también mueren y esas casas no fueron construidas para la eternidad como las pirámides. Sus habitantes sospechaban desde el comienzo que su memoria estaba ligada a esos lugares y corría una suerte mortal. Sabían que estaban próximos a desaparecer y que en una sucesión de pérdidas (el castillo en ruinas, la hacienda perdida, la finca del campo abandonada) la casa era lo último. Se comportaron como unos románti-

cos agónicos que envolvían en esos espacios un paraíso finito y momentáneo. Creían en los idilios, pero nunca habrían terminado sus historias con un “vivieron felices para siempre” sino con un “buscaron la felicidad”. Se aferraron a la casa propia, a sus cosas y al paisaje como la extensión de sus vidas: moluscos indefensos que no quieren quedar desnudos sobre la tierra. Tenían la nostalgia inmensa por el pasado de los héroes familiares o de la patria –a quienes colgaban en los cuadros de sus estudios–, pero en vez de la gloria eterna del heroísmo buscaron la tranquilidad del hogar. Imaginaron el final de sus días como el derrame lento y destructor de una estirpe que se moría con la casa como si conformaran un solo ser. Así lo recuerda Blanca en su poema *Camino de llanto*:

Hermano, el soplo helado del infortunio pasa;
hermano, qué tristeza, se ha acabado la casa,
la casa solariega donde la vida era
un discurrir amable de anhelos y cariños,
esa casa que amábamos
y en cuya dulce intimidad gustábamos
de ser un poco niños.
Qué inútil ya nuestro filial lamento...
¿Cómo es posible, hermano,
que tal capacidad de sufrimiento
tenga este débil corazón humano?
El viento de la angustia nuestro jardín arrasa;
ya no más volverá la primavera
con su chal de geranios; en la casa

ya nadie nos espera.
Ya nunca de su paz disfrutaremos
y su fraterna historia
hasta el ocaso triste llevaremos
como un fulgor de ensueño en la memoria.
Lejanas voces a mi oído vienen;
esos alegres muros tutelares
me parecen, hermano, que retienen
la perdida emoción de los cantares,
y en esta sombra de su ausencia tienen
más honda perspectiva los pesares.

Todos tenemos en nuestra imaginación la memoria de casas rotas, abandonadas o acabadas. Las recordamos de pueblos destruidos o de ciudades que se han tragado pueblos y aldeas. Recientemente cayeron dos en esta ciudad. Una en la calle 51 con carrera 24, otra en la calle 50 con carrera 27. Pero se acaban hace tiempos. En la música popular son el motivo de nostalgia de *Las acacias*. También están tras la arquitectura literaria de *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez o en las sordas historias de inhibición y violencia que viven los hombres y las mujeres de *La casa grande* de Álvaro Cepeda Samudio. Su versión doméstica en el romanticismo agónico de la primera mitad del siglo XX es la obra literaria de Blanca Isaza de Jaramillo Meza.

Blanca nació en Abejorral (Antioquia) en 1898 y murió en Manizales (Caldas) en 1967. En muchos sentidos su obra literaria es la crónica de los cambios que experimentaba la sociedad colombiana con la marcha de una

historia social nueva. Nació en medio de la vida romántica de la Colombia de los últimos días del siglo XIX que todavía parecía salida de los primeros días de la creación. Cuando llegó a Manizales, siendo una niña de cinco años, los fundadores estaban vivos y la ciudad de hoy era una aldea pintoresca rodeada de lagunas y barrancos en la que todavía se cazaban osos y toros salvajes cerca al Nevado del Ruiz. En los recuerdos que escribió en *El Manizales de otro tiempo* contaba que los fundadores –entre ellos Manuel Grisales, a quien conoció de niña– habían visto a Manizales desde un cerro como un valle, pero luego encontraron un terreno lleno de lagunas, depresiones, barrancos y abismos que el bosque había disfrazado de planicie. Con el crecimiento y la nueva economía que abrió el puerto de Buenaventura en el Pacífico, la aldea en medio del bosque desecó lagos, derribó colinas y echó a andar sus vías férreas. Destruída tanto simbólica como realmente por un terremoto (1906) y tres incendios (1922, 1925 y 1926) renació de las cenizas como una ciudad nueva que vivió unos años treinta de modernización cultural y económica que la transformaron, por un tiempo, en el centro industrial, económico y cultural de lo que es hoy el Eje cafetero.

Para la fecha del último gran incendio Blanca tenía 28 años (la misma edad que habría tenido en la foto falsa) y había publicado dos libros. Un libro de poemas escritos entre los 14 y los 19 años titulado *Selva florida* (1917) y *Cuentos de la montaña* (1926). En 1926 no podía imaginarse con certeza cómo el mundo nuevo, semejante a un carro loco, iba a colisionar ciertos ideales humanos hasta producirle un importante dilema emocio-

nal y moral: había pasado su infancia en una Manizales aldeana (todavía un mundo campesino y tranquilo) pero debía enfrentarse –y aportar– a la construcción de una ciudad en la que ya no era posible conocer a los vecinos y que edificaba sus barrios obreros alrededor de las primeras industrias. Heredera del espíritu romántico de la independencia, había confiado en la igualdad, la libertad y la paz entre los hombres, pero debía reorganizar su sensibilidad para comprender la convulsión global de las dos guerras mundiales, la amenaza nuclear y el inicio de la violencia bipartidista en Colombia.

Para entender su dilema emocional imaginemos a la niña Blanca que observa por primera vez la luz eléctrica a los 7 años (en 1905) cuando se funda el departamento de Caldas y empiezan a funcionar las plantas de energía. Antes de esa primera noche de luz con bombillas en la ciudad, había dormido bajo el halo de la luna viendo las estrellas como enjambres en el cielo. Sin el sonido de los primeros carros o de las fábricas había aprendido a escuchar en la selva florida del campo el viento sobre las ramas de los árboles, el canto de los pájaros y de las chicharras y había supuesto que los estallidos más perturbadores de la naturaleza eran los truenos, los ríos desbordados y las tormentas. Pero maduró su vida en un mundo en el que se dividió el átomo (1919), estalló la bomba atómica (1945), se verificó la masacre de las bananeras (1928), millones de judíos fueron exterminados (1933-1945), el primer hombre salió al espacio (1961), se trasplantó el primer corazón (1964), se asesinó a Jorge Eliécer Gaitán (1948) y el cometa Halley abandonó la

atmósfera terrestre (1910) sin que hubiera llegado el fin del mundo físico que temían los supersticiosos de las montañas, como le ocurrió a las hijas de un pariente lejano de su papá que se llamaba Juancho Isaza y a quien dedicó la crónica titulada *El fin del mundo*.

Aunque el mundo físico sobrevivió al cometa Halley y a la bomba atómica, el mundo ideal (el moral, el de los ideales románticos) había quedado genuinamente roto y tambaleando. El nuevo mundo del siglo XX era ordenado en la simetría de las filas de sus batallones, en la alineación de las chimeneas de las fábricas, en las nuevas avenidas o en las jerarquías de las empresas, pero encerraba una trampa: la armonía de su apariencia no delataba su caos interior. Era (o es) como una granada de fragmentación. Cualquiera podría confundirla con un juguete inocente y tirar de la sortija.

El progreso en la apariencia externa de las cosas siempre ha sido un motivo de sospecha para los románticos. El romántico auténtico no cree que el progreso material tenga una relación necesaria con el progreso moral y le parece perfectamente posible que al frente de las maravillas de la inteligencia termine comandando un energúmeno. También cree que la miseria material puede ir acompañada de bondad, pero le remuerde el alma la falta de piedad y el abandono de los desposeídos que sufren sin opción. Blanca no encontró otro calificativo para esa faceta incierta del mundo moderno que el de desalmada y oscura. El mundo que se imaginó de pequeña seguía existiendo pero carecía de alma o se había escondido.

En medio de esos caminos difíciles, sin saber ni qué pensar ni qué sentir, o sintiendo algunas veces la vida como la tragedia de lo perdido y otras veces como una comedia inocente, su obra literaria está en el centro de la incongruencia. La materia de toda su obra poética no sólo es el ideal (visto como un anhelo de armonía que se deshace tan fácil como un algodón de azúcar sobre el agua), sino que es un intento por encontrar la belleza de la vida en el instante (el suspiro, el gorjeo, el movimiento leve de una hoja, el primer puchero, el rayo que despier-ta a los amantes, la intimidad silenciosa de unos versos enamorados). Se trata de una poética de lo sencillo y de las pequeñas cosas: la mirada que se fija sobre el detalle imperceptible, la piel que se tensa para sentir un calor que no arde, el viento que no atormenta, el recuerdo que se hace ensueño y el oído que busca entre el ruido un canto casi inaudible:

Y he pasado la vida
humilde como aquellas
fuentes que en la montaña
su frágil copa líquida modelan
o entretienen las horas
tejiendo manteletas
de algodón y de azúcar y de vidrio
para los hombros tristes de la piedra.

He tenido ese culto apasionado
de las cosas pequeñas

y como Maeterlinck paso las horas
absorta ante el país de las abejas.

(Viñeta de otoño)

Frente a las supuestas pérdidas del mundo moderno, Blanca se negó a aceptar un ocaso absoluto de la belleza y de la tranquilidad. Entre el caos del momento, la belleza y la armonía no se habían desecho, sino que se habían ocultado y empequeñecido. Acceder de nuevo a su experiencia era la tarea de quien tuviera la fe suficiente para ver los gestos sutiles de la vida. El sonido tranquilo del río que antes se alcanzaba a oír leve en las plazas de los pueblos silenciosos seguía allí, pero escondido tras el ruido del ambiente. Para percibirlo no bastaba con estar presente, había que tensar los sentidos y acceder a las emociones a través del recuerdo en un viaje al pensamiento niño:

(...) la música del río está dormida
en los breves renglones del poema.

(Evocación de primavera)

El pensamiento mío se desnuda
de su diletantismo vanidoso
bajo la sombra del pinar que anuda
su cinturón al valle rumoroso.

Niño descalzo en la inicial ternura
de la mañana de satines cremas,
olvida pronto la mental tortura
de los abstrusos y sapientes temas.

(Emoción campestre)

Las noches estrelladas estaban enceguedidas por la luz eléctrica, pero bastaba buscar el instante preciso para recuperarlas. La fantasía no estaba perdida, pero cada hombre debía aprender a buscar en qué rincón se ocultaba. Ya no estaba disponible para todos. Se había convertido en un animalito tímido que saltaba lejos porque no quería verle la cara al que se acercaba con torpeza. Era necesario andarse descalzo, llegar en puntas, entrar con sigilo, en las horas quietas, en silencio, mirando con las pupilas dilatadas cuando sólo se oye la seda de la ropa:

El ilusorio fuego del ocaso
sonrosa el campanario ennegrecido
y extiende por el parque florecido
su lumbre así como se extiende un raso

Junto al balcón, al resplandor escaso
del último arrebol palidecido,
leamos en tu libro preferido

suaves versos de amor. El leve paso
del aura vespéral escalofría
los árboles inmóviles. Suntuosas

las páginas prolongan su armonía;
Venus encima de los montes arde
y se funden tus rimas prestigiosas
con los oros fugaces de la tarde.

(II. Crepúsculos de Aldea)

La ilusión y el ensueño ponen a su poesía en la misma línea de delirios de Don Quijote (así lo creía). No se trata de que fuera hombre o caballero andante (algunos críticos absurdos llegaron a creer que era un elogio afirmar que escribía poemas no como “**una** poetisa” sino como “**un** poeta”), sino porque su espíritu, como el de una niña fantasiosa, seguía viviendo en un mundo que para muchos había terminado. Alcanzaba a oír los sonidos inaudibles del ayer como le pasa a los locos y luchaba por la vida de las ilusiones aunque la realidad la atropellara de frente. Sola ante sus molinos de viento, con la distracción sistemática de su ensueño, la torpeza para lo nuevo no la avergonzaba, sino que la divertía como una de las últimas cualidades de una romántica: “Cada cual es feliz con su manía, cada uno vive su vida de acuerdo con el ensueño que se le rompió en el alma” dijo en *El manicomio de Sibaté*. En la crónica titulada *Mojica y el romanticismo* agregó:

(...) nunca despojaremos el alma de su atuendo romántico; siempre nos detendremos en mitad de la vía para escuchar una canción antigua aunque afron-

temos el peligro de que nos lamine contra el cemento un Cadillac de ocho cilindros.

Como esposa fue una mujer singular. A diferencia de otros matrimonios de su época no fue prometida a un barón rico, horrible e indeseado. Se enamoró en medio de las cartas y fotos que compartió con uno de los poetas más guapos de su generación: Juan Bautista Jaramillo Meza.

Juan Bautista contó esta historia de amor en *Páginas íntimas* con la elegancia y la discreción de un caballero. Sin embargo, una de sus hijas, Aída Jaramillo Isaza, recuerda una versión que le oyó a su madre y que muestra bien su carácter y sentido del humor.

Tal cual lo dice la versión de *Páginas íntimas* el poeta Jaramillo, nacido en Jericó (Antioquia), le envió a la señorita Blanca Isaza un libro (*Bronce latino* de 1915) que acababa de publicar en Cuba. El libro traía la debida dedicatoria a la autora y una foto del escritor. La curiosidad de Juan Bautista había nacido luego de leer un poema de Blanca titulado El río recientemente aparecido en un periódico de Manizales. Pero en su historia Juan Bautista omitió la reacción de Blanca al recibir el libro del poeta y observar su foto. Cuenta Aída que Blanca volteó sorprendida hacia su padre, el juez Félix Isaza Arango y le dijo sonriendo: “a este poeta me lo pesco”.

Ese era su estilo: directo, indebido y espontáneo, el mismo que encontró para revelar sus reparos frente a los temas sociales y exponer sus convicciones políticas. En

una ocasión asumió la defensa de las mujeres trabajadoras desde su sección en la *Revista Manizales*, al darse cuenta de que un sacerdote utilizaba el sermón para censurar el derecho de las mujeres al trabajo sosteniendo que la mujer trabajadora era una amenaza para la familia. Debió haber sentido el ataque como una ofensa a su oficio de escritora. Tampoco tuvo reparo alguno en recomendar y motivar la participación de la mujer en política viendo en esa labor la oportunidad de hacer un necesario receso en la “fábrica de discursos” (la oratoria innecesaria del político varón), la más grande e inútil empresa nacional del momento, según su concepto. Se destacó como líder de obras sociales con las comunidades de los barrios obreros, los huérfanos, los presos y los desposeídos. Sus hijas Aída y Blanquita –a esta última el poeta Jorge Robledo Ortiz le escribió unas bellísimas cartas de amor– sostuvieron hasta hace dos años una droguería de beneficencia que lidiaba bien con la falta de equidad y justicia social. Ambas fueron mujeres trabajadoras. Siguieron el camino que Blanca les había enseñado de no buscar a Dios por las vías del fanatismo sino en las pequeñas y calladas obras cotidianas.

No puede decirse, sin embargo, que Blanca no hubiera experimentado reservas por ser mujer, especialmente por ser una mujer escritora.

Las mujeres de su generación no nacieron ciudadanas ni poseedoras de bienes (no podían participar en política, no ocupaban cargos públicos, no podían votar, no tenían propiedades a su cargo), sino que llegaron a serlo. Tampoco era común que una mujer fuera escritora o

intelectual, y varias de las que lo eran tenían que luchar contra la incomprensión o perder vocación y honra en el intento. En este aspecto Blanca supo ser independiente y modificar creencias, prácticas y valoraciones en torno a la mujer intelectual sin protagonizar ningún escándalo. En varias de las entrevistas de prensa y declaraciones radiales en las que se le preguntó por la “literatura femenina” sostuvo francamente: “la poesía no tiene sexo” y agregó que los prejuicios respecto a la mujer escritora, intelectual y política eran rezagos de la vida colonial que debían desaparecer.

Su vida literaria estuvo en la mitad de ese límite difícil. Parece haber sido la única mujer escritora de su generación que logró sobrevivir a las condiciones que nuestra vida política y social le imponía a las escritoras (unas condiciones diferentes a las que vivieron, por ejemplo, sus contemporáneas de otros países como la urugua-ya Juana de Ibarbourou y la chilena Gabriela Mistral). Fue mujer, esposa, madre de trece hijos, ama de casa, editora y escritora que vivió de su oficio. Es, sin duda, una de las primeras mujeres que trabajó desde su casa aportando a la empresa literaria que había fundado con su esposo. Es la plena mujer en mutación histórica que no agrada ni a las damas conservadoras ni a las feministas, y que despistará a muchos hombres. Su acción en el campo literario no sólo fue poética o narrativa, sino que es uno de los primeros pasos prácticos en Colombia de una escritora de vocación que logró conservarse activa en la vida literaria durante 50 años (exactamente de

1917 a 1967) sin herencias ni fortuna distinta a la del trabajo literario.

Por eso Blanca es una escritora múltiple y mutante. En sus cuentos renunció a ser la niña aldeana que descalzaba sus pies en el campo y corría libre cuando soplaban la mañana o llegaba el ocaso amoroso de las serranas, y asumió el oficio de la secretaria ocasional de un investigador de crímenes. El hecho no es un invento y ella misma confiesa que *Los cuentos de la montaña* –los de la primera edición de 1926– provenían, en su mayoría, de los casos criminales que investigaba su padre el magistrado y juez Félix Isaza Arango. Blanca había transcrito los expedientes con impecable caligrafía cuando era colegiala y descubrió en las historias de los sindicatos su profunda piedad por el criminal y el equivocado. Muchos años después en la cárcel de varones de Manizales les confesó: “(...) allí donde el juzgador austero hubiera querido poner su corazón, dejaba yo un pesar recóndito; la estructura de acero de las leyes impedía al magistrado dejar traslucir una emoción, pero no privaba a la ocasional secretaria adolescente de dejar su sentimiento como una flor entre la aridez desolada de aquellas páginas severas.”

De copista infiel de los registros criminales de un magistrado migró a una ficción realista en la que los personajes cedían al delirio, el crimen y las pesadillas producto de las fatales elecciones humanas. Sus cuentos no ponían un velo de ilusión sobre la realidad –como su poesía–, sino que mostraban la vida descarnada. Sus personajes son hombres, mujeres, niños y ancianos a los que la guerra, la injusticia, la maldad o las condiciones de la vida moderna,

les devoraron los sueños. Aparecen mujeres –para Blanca ridículas– que se resignan a una función decorativa en el hogar y juegan con sus perritos, se ríen de nada y se desmayan sobre sus lágrimas. Hay otras que, ancianas, lamentan haber entregado su vida al hombre que no amaban por cumplir con la obligación patriarcal. Algún hombre desprevenido en un café esconde a un criminal. El contador honrado de una empresa cae en la ruina y pierde la razón por el error de un funcionario estatal despreocupado. Un político caudillista queda en ridículo ante sus electores, pero después logra vengarse. Un grupo de niños juega con una crueldad inocente.

Como cronista, Blanca no resulta ser ni la mujer romántica de la poesía ni la escritora realista de los cuentos. Es algo en la mitad, una sensibilidad en mutación entre lo poético y lo prosaico. Las crónicas están construidas sobre un trasfondo de incongruencia en el que se mezcla un aspecto de la realidad con algún rasgo ilusorio.

La grandeza aparece vista desde lo pequeño. Blanca observa a los héroes en el momento de su mayor debilidad e inocencia. Barba Jacob, el poeta atormentado, ríe como un niño jugando con sus hijos en el patio de su casa (*La risa loca de Barba Jacob*). Alzate Avendaño, el político leopardo –el que ruge en la arena política– toma nervioso una agüita aromática luego de un accidente hogareño en el corredor de la casa de Blanca (*Un episodio pintoresco*). Jorge Eliecer Gaitán, el abogado invencible, está a punto de perder un juicio (*Jorge Eliecer Gaitán*).

Los sucesos pequeños e intrascendentes toman una importancia cósmica. La tragedia de los gatos que mueren envenenados por un caramelo merece, para la cronista, una atención privilegiada del Ministerio de Salud y una protesta de gruñidos por parte de los gatos sobrevivientes (*Carta al Sr. Ministro de Salud*). Alza la voz por los canarios de Colombia que, víctimas de las decisiones sin consideración del Ministerio de Importaciones y Exportaciones del Estado colombiano, han quedado reducidos al hambre y a la indigencia por los altísimos precios del alpiste (*El memorial de los canarios*). Hace la defensa del turpial viejo que se quedó inválido y canta con una voz ronca y horrible que no agrada a nadie (*El turpial inválido*).

Las ilusiones colectivas le producen desconfianza. Es lo que experimenta frente a la paz mundial, los descubrimientos de la ciencia o los avances de la técnica. Ignorando el propósito de ciertos inventos y sin acudir a la falsa alegría de la novedad, se pregunta: ¿para qué un poeta en la era atómica?, ¿qué haría un poeta si le trasplantaran el corazón?, ¿deberían los poetas románticos exigir su derecho de propiedad sobre la luna ante la pretensión de conquista de los países que sólo ven en ella una roca fría y estéril?, ¿por qué celebramos la paz si no podemos tener siquiera una sensación de la miseria cotidiana de los que sufren luego de la guerra mundial?, ¿qué victoria es la que ostentan los que nunca han sufrido la violencia en carne propia e izan banderas por una paz y una guerra que no afectó su bienestar cotidiano, pero que sí dejó secuelas en víctimas desconocidas?

Desenfadada –y sin lentes de erudita– jugaba con el aspecto humilde de su traje de madre, esposa y ama de casa. Desde ese fortín de delantales y encajes disimulaba muy bien la mirada aguda de su crítica. ¿Quién podría temerle a las opiniones de una abuela que hacía postres, tejía vestidos para sus nietos, jugaba al carrito en el patio y sabía construir un automóvil con una caja improvisada en la que arrastraba a alguno de sus nietos, un conejito y un globo? La aparente sumisión de la mujer que ha decidido construir un hogar numeroso siempre la liberó de los deberes difíciles que los hombres tenían que llevar para respetar las reglas de la caballeridad y la diplomacia. No debía hacer elogios ni repartir saludos ni convenir con el poder porque en su casa y en su escritura era soberana. Escribía las cosas tal como las pensaba, muchas veces en las cajetillas desbaratadas de sus cigarrillos sin filtro. Si agudizaba su crítica más de la cuenta se reía y se disculpaba fingiendo ignorancia, ingenuidad o falta de erudición.

Las versiones de esta escritora en mutación no dejan de variar con los años. Sobre su vida y obra han circulado imágenes falsas y caricaturas, simpatías e incomprendiones. Aunque no conocí a la Blanca real, puedo decir que la recuerdo. Pasé varios meses en su casa visitando los archivos que conservó su hija Aida Jaramillo Isaza. De esos días guardo la sensación del lugar en el que escribió la mayor parte de su obra. Podría ubicar desde su estudio, o desde el despacho, a los canarios o a los gatos de sus crónicas.

El interés que Blanca ha empezado a despertar con los años ha hecho que muchos paseantes rondan la puerta de su vieja casa preguntándose si tocar o seguir de largo. Con los días la curiosidad nos ha ido venciendo a todos. Una tarde toqué a la puerta, crucé la antesala y logré entrar como si pasara por un surco del tiempo. Caminé por los pasillos como un espía curioso del futuro que, instalado en su biblioteca, olvidó el pudor al leer sus hojas viejas, mirar sus fotos, repasar sus libros y buscar entre sus cartas con unos modales que jamás habrían sido los adecuados para un visitante discreto. Nunca robé un objeto, un papel o un libro, pero experimenté el delito inclasificable del invasor de recuerdos ajenos. Perdido entre los tomos de su *Revista Manizales*, en los últimos libros de la biblioteca, en sus crónicas o en las notas de los libros nunca hechos, terminé por entender que su casa era un conducto al lugar en el que se detenían los ensueños de su escritura. Fue sentado en su silla, en su estudio y en su escritorio que percibí por primera vez su espacio imaginario lleno de animales, niños, recuerdos, cantos y la humildad de la vida humana. Los itinerarios de viaje de sus personajes y de sus emociones me permitieron observar sus ilusiones y dirigieron mi mirada hacia su sensibilidad tan extraña como auténtica. Nada de lo que vi me pertenece, pero siento que algo me ha sido robado.

Nicolás Duque Buitrago
Manizales, octubre de 2017

Contenido



Crónicas

<i>Toda una vida</i>	39
<i>Del lejano ayer</i>	47
<i>La muerte de las cosas</i>	55
<i>Una hermosa labor</i>	59
<i>El prestigio del idioma</i>	63
<i>Visión de la tierra nativa</i>	67
<i>El turpial inválido</i>	66
<i>Por lo caminos del pasado</i>	77
<i>Las mujeres que trabajan</i>	81
<i>El desolado rostro de la violencia</i>	87
<i>Los viajes de antaño</i>	91
<i>Los paseos al campo</i>	101
<i>Las navidades de antaño</i>	109
<i>Jorge Eliecer Gaitán</i>	113
<i>El fin del mundo</i>	117
<i>La cruzada de la sonrisa</i>	123
<i>Psicología del llanto</i>	127
<i>Silver</i>	131
<i>La gloria de Barba-Jacob</i>	141
<i>La ilusión del oro</i>	149
<i>La ilusión de viajar</i>	155

<i>El relato de Enrique Fernández</i>	163
<i>El miedo</i>	171
<i>Paso de zarzuela</i>	181
<i>Emociones infantiles</i>	191
<i>Don Luis de Aldana</i>	197
<i>El puñal de plata</i>	203
<i>El desconocido</i>	209



Cuentos



<i>Apóstrofe al siglo XX</i>	217
<i>Añoranza de navidad</i>	219
<i>El hijo</i>	221
<i>Preludio de invierno</i>	223
<i>El río</i>	226
<i>Romance de María Leonor</i>	228
<i>Romance del primer nieto</i>	231
<i>La canción romántica</i>	233
<i>Cuentos a Aida</i>	238
<i>Vivir</i>	239
<i>La vejez del árbol</i>	240
<i>Voces altivas</i>	243
<i>Camino de llanto</i>	245
<i>Plegaria por el hombre moderno</i>	248
<i>Viñeta de otoño</i>	252
<i>Y llegará por fin una mañana</i>	256
<i>Canto a Abejorral</i>	259



Crónicas

Toda una vida



Mis lectores me perdonarán que por esta vez hable en primera persona; no es esa, afortunadamente, mi costumbre; le he tenido un saludable temor a ese pronombre personal, *mi*, que bien puede ser una rampa peligrosa para caer en la vanidad o en el ridículo; pero no puedo pasar desapercibida esta primera quincena de junio, cuando se cumplen cincuenta años de mi sencilla vida literaria; cincuenta años son ya una jornada apreciable; mantener encendida la antorcha por encima de pesares, de inquietudes, de afanes cotidianos desde los paisajes florecidos de la adolescencia hasta estos pórticos blancos de invierno, ha sido sencillamente una ignorada proeza. Fue en junio de 1914 cuando escribí los primeros versos; se titulan *El Río*; son unos alejandrinos con un indefinible fondo romántico; enamorada del agua, era natural que fuera el río en ese entonces no menguado por las represas, ni bifurcado por los sistemas de riego, el que sirviera de motivo de inspiración a mi mente de niña; vivíamos en esa época en Santa Rosa; era una permanencia transitoria en la amable ciudad puesto que desde que tenía cinco años fui traída a Manizales desde mi pintoresco y amado pueblo nativo: Abejorral, el de las nobles tradiciones, el de los varones ilustres, el que

fuera fundando por un letrado que manejaba con igual donosura el hacha y la pluma.

Aquel poemita fue publicado por primera vez en *El Surco*, un periódico semanal fundado y dirigido por Benjamín Tejada Córdoba, el padre de Luis, el inolvidable cronista que abrió rumbos nuevos a la literatura nacional, que tenía desplantes geniales y jugaba con las metáforas como un malabarista. Más tarde fue publicado en *Renacimiento*, el primer diario que tuvo Manizales fundado por don Justiniano Macías. En torno a la niña poetisa se hizo un poco de popularidad; el inicial elogio lírico de esos versos que ahora releo con suave nostalgia se lo debo a Aurelio Martínez Mutis, aquel glorioso cantor de la patria; y el fino comentario en prosa fue escrito por Luis Tablanca, amigo del corazón y quien aún vive en su linda tierra de El Carmen, en el Norte de Santander: Yo quiero mucho el río que cruza por la aldea / que canta a todas horas, que ríe sin cesar / el río que se incendia bajo la luz febea / y que se torna plata bajo la luz lunar...

Qué de recuerdos me traen esos versos; son como un camino de ensueño para regresar a la niñez; ellos definieron mi destino. J. B. Jaramillo Meza, que los leyó recién llegado de La Habana donde publicó *Bronce Latino*, su primer libro, se entusiasmó con ellos y escribió un mensaje a la autora, un mensaje sentimental que tuvo la virtud de llegar a mi corazón y ligar nuestras vidas hasta la muerte.

Él ha sido a lo largo de mis años el estímulo, la comprensión, el crítico benévolo y el verdadero hermano en

el arte; para juzgarme nunca tiene en cuenta que soy su esposa sino uno de los tantos escritores del país; por lo tanto sus conceptos están entrañados de profunda sinceridad. He publicado una docena de libros y tengo otros tantos para publicar si Dios mantiene un poco de sol en mis trigales. Antioquia ciñó a mis sienes y a las de Jaramillo Meza, en una fiesta elegantísima, el esquivo laurel; sus hojas áureas refrescaron en mi frente los desgarrones de las espinas que las penas han dejado en ella.

Recuerdo la emoción con que mi padre, que era el Juez en Santa Rosa, leyó mis versos; que esa muchachita ingenua que se vestía con olanes baratos, que se peinaba de capul, que se enredaba un jazmín anacrónico en los cabellos, que había tenido tan poco estudio, que se entregaba por entero a las simples labores hogareñas, le hubiera resultado escribiendo versos, le dio la más estupenda y dulce sorpresa de su vida; me parece verlo; cuando me interrogó varias veces si aquello era mío, si lo había escrito yo, pensé que iba a reprenderme y le dije con esa feliz ingenuidad que aún recuerdo: —Sí, papá, pero yo no tuve la culpa.

Y así sin culpa seguí escribiendo de todo: versos, cuentos, cuadros de costumbres, conferencias, crónicas ligeras, comentarios y todo lo que despierta mi sensibilidad o mi imaginación. Soy fiel a mis normas románticas; me gustan todos los poetas que escriben bien aunque pertenezcan a diversas escuelas. Los versos los escribo en borrador, naturalmente, para pulirlos luego; lo demás lo hago de una vez con copia, a cualquier hora, en medio de todos mis oficios de ama de casa y madre de numerosa

familia. Mis hijos son mi orgullo y el invaluable premio a mis fatigas; por ellos el dolor es canción en mis labios y dulzura en mi corazón. Es bien sencilla esta historia de mi vida literaria que tan altos y puros goces ha traído a mi espíritu.

Llego a estos cincuenta años de escribir para el público y para mi satisfacción interior, con una mente despierta y un alma enamorada de todas las cosas pequeñas. He vivido buscando a Dios en la hoguera cósmica de las estrellas y en el corazón de los lirios y en las alas de las mariposas, y en el canto de mis canarios y en la cristalería del agua y en la plenitud armoniosa de mis afectos familiares.

Junio – 1964.





ata auto...
una Escuela Ofic...
ran rígidos y arbit...
o el uso del uniforme...
as; los textos no se nos...
mos de aprenderlas al n...
stonamente aun cu...
os casi tan escu...



Del lejano ayer

- Fragmento -



II

Bien distinta de la de las chicas de ahora fue, Aida, la infancia de las que llegamos hoy a los albores aún iluminados del otoño; nuestra niñez tuvo el encantado discurrir de esos arroyuelos de la montaña que se pasan el día copiando el vuelo de los pájaros y el paso sin prisa de las nubes, y la noche prendiendo a su cabellera de cristal los alamares de las estrellas o el camafeo de ámbar de la luna. Niñez inocente y desprevenida, libre de la dictadura de la llanta y de la moderna fiebre del deporte; nosotras jugábamos al repollito y a la gallina ciega y al escondite; invadíamos los predios masculinos y nos íbamos con los chicos de la vecindad a elevar cometas y a improvisar corridas de toros y a jugar con los trompos unas interminables partidas que llamaban calles y en las cuales ellos siempre salían victoriosos porque se apoyaban mutuamente y dirimían las dudas con un cerrado criterio personalista.

Una de las cosas que más recuerdo de mis años niños, es la emoción con que asistía a ver inflar el inmenso

globo de lona en donde Guerrero hacía sus ascensiones dominicales; puedes tener la seguridad de que no había procesión, catástrofe, entierro o elevada de globo que yo no encabezara en la primera rueda de curiosos; mi capacidad de observación se mantenía en permanente actividad; el globo lo inflaban en una plazoleta llena de zanjas y barrancas que había quedado al drenar la laguna que existía en donde están situadas hoy las galerías del mercado; la hornilla la hacían de ladrillo y aún me parece ver las pilas de leña y los haces de guadua seca que alimentaban muchas horas aquel horno transitorio, porque has de saber que la inflada del inmenso balón remendado, ennegrecido por el humo y aprisionado por una red de cabuya, se llevaba toda una mañana. Era una maravilla ver la ansiedad del público y escuchar las exclamaciones de la muchedumbre cuando aquella lona iba formando como una ampolla sobre la plaza y al fin se desprendía como una gigantesca burbuja a cuyo extremo el aeronauta colgaba del trapecio como un muñeco que hacía cabriolas contra el telón azul del espacio; Guerrero era un valiente y se jugaba despreocupadamente la vida en cada ascensión. A mí me escalofriaban las piruetas del trapecista que se metía por entre los túneles de jazmines de las nubes y danzaba en la pista celeste bajo la combada sombrilla de sus paracaídas primitivos.

Seguiré ahora la ruta autobiográfica y te contaré de un año que estuve en una Escuela Oficial; los sistemas educativos de entonces eran rígidos y arbitrarios; no se había implantado el uso del uniforme escolar; las bancas eran incómodas; los textos no se nos explicaban y las

lecciones habíamos de aprenderlas al pie de la letra y repetirlas monótonamente aun cuando después de hacerlo quedáramos casi tan oscuras como antes; entre aquel personal humilde y sencillo, compuesto por chicas sin pergaminos, mi prodigiosa memoria y mis trajes mejor cortados y de telas finas me daban una indiscutible superioridad; las condiscípulas no me querían; se sentían empequeñecidas cuando en los exámenes trimestrales yo era la designada para la recitación de algún tremendo poema sobre temas místicos o patrióticos. Por más que mi comunicativa euforia y mi sencillez proverbial lucharan por romper el hielo no lo conseguía; era como si el prejuicio social y mental levantara una barrera entre nosotras. Las maestras contribuían a crear aquel ambiente incómodo; me designaban siempre para vigilar la clase en ausencia de ellas o para reemplazarlas en la cátedra ante las más pequeñas. Benévola por temperamento, yo me guardaba bien de anotar faltas que por otra parte no tenían mayor trascendencia o de ejercer altaneramente la transitoria autoridad que se me confería; pero ni siquiera este permanente ejercicio de la bondad me servía para acortar la distancia que nos separaba.

Por no mortificar a mis padres, yo callaba orgullosamente los incidentes de la mezquina guerra que se me hacía; me regaban la tinta sobre los cuadernos, me substraían los lápices, me desbarataban la costura, me llenaban de rayas absurdas las cartulinas de los dibujos; hasta que un día sucedió lo imprevisto: habían construido una gran alberca en la escuela y desde la víspera le abrieron la llave para que se llenara; amaneció preciosa,

desbordada de una agua traslúcida; parecía como una límpida pupila azul en el patio. Todas la admirábamos alrededor y nos contemplábamos como en un espejo de lapislázuli en su lámina serena. Unas manos cobardes me empujaron y me fui al fondo; por poco no me ahogué en aquella piscina circular, helada y honda. Cuando me sacaron del pozo, debía estar ridícula con mi vestido de olán pegado al cuerpo, con el lazo de cinta que me ataba los cabellos caídos como una mariposa de alas plegadas sobre la frente, con los pobres zapatos chorreantes; todo mi traje era un fracaso de golas mustias; salí aterida, con los rizos en desorden y callé obstinadamente ante el apresurado interrogatorio de las profesoras. Por un innato sentimiento de dignidad, he odiado siempre a los delatores y aún cuando sabía el nombre de las culpables, tuve el gesto hidalgo de no señalarlas a la justa cólera de mis maestras. Nadie había tenido la culpa; yo me había resbalado en el borde de la alberca.

Desde aquel instante, la soterrada antipatía de algunas chicas se fue al suelo como una frágil arquitectura de cristal; estuve enferma algunos días por la brusca inmersión en el agua helada y hasta mi casa fueron muchas de mis discípulas cariñosas y arrepentidas a llevarme manzanas y modestos ramos de flores y paquetes de almendras baratas. Estaba tan pequeña cuando se verificó el acto público de mi escuela y me gané tantos premios en esa ocasión, que para que la gente pudiera verme, Carlos Sanín me subió sobre una mesa; fue aquella la primera vez que gusté el vino esquivo del aplauso. Aún no he olvidado la pura emoción con que crucé por en

medio de mis condiscípulas como un triunfador llevando bajo el brazo los libros, con conceptuosas dedicatorias, otorgados por los calificadores y prendida al pecho con una cinta roja la brillante medalla de latón que acreditaba mis méritos escolares. Qué pena haber perdido a lo largo de los años aquella condecoración que miraron con envidioso asombro tantos ojos ingenuos.

III

No es la pereza, Aida, como tú dices, la que me hace espaciar estos triviales apuntes del lejano ayer; no; para mí, escribir es un amable ejercicio, más del corazón que de la mente; como no acostumbro las comillas ni las citas, no tengo que consultar textos ni trasegar por los anaqueles de la erudición en busca de lo que otros han pensado y dicho; dejo hablar al sentimiento, hojeo los cuadernos simples del recuerdo y revivo en el espíritu la poesía de los tiempos que fueron. En cada página mía hallarás una emoción conservada intacta, solo un poco desdibujada por los años, como esas flores con que marcábamos en la adolescencia los pasajes de más puro romanticismo del libro predilecto. Mi tardanza para complacer tu afectuosa curiosidad sobre los sucesos sin trascendencia de mi infancia, se debe a mi absoluta incapacidad para el género autobiográfico; ya te lo he dicho; en esta época vibrante y tremenda, transida de inquietud y de cólera, en esta civilización del ala y de la llanta, en esta hora regida por la locura del fútbol y el enigma escalofriante

de la desintegración atómica, resultan de un delicioso sabor anacrónico estas páginas que traen a nuestros días tumultuosos la estampa en blanco y rosa de la vida pueblerina. Allá tú, que me haces escribir sobre abolidos temas y en primera persona.

Entre los sucesos que en las épocas de mi niñez conmovieron a mis contemporáneos, hay algunos que recuerdo con una nitidez exacta: Un temblor acaecido un 31 de enero, como a las once de la mañana; yo venía de donde la modista, estrenándome un flamante y revolucionario abrigo de paño rojo con aplicaciones de terciopelo negro; por la carrera de la Esponsión regresaba feliz a mi casa con mi atuendo de fiesta, cuando se produjo el sismo; me quedé inmóvil porque la oscilación del suelo me impedía caminar; junto a mí caían algunas tejas y las gentes se arrodillaban aterrorizadas; se sentía el traquido de las maderas y a lo lejos en la antigua catedral sonaban solas las campanas. Largos días duró el temor de las gentes y no se veía por todas partes sino andamios para la reparación de las edificaciones averiadas y obreros sobre los tejados componiendo techos rotos y tejas corridas.

Una espectacular y colectiva fuga de presos de la vieja cárcel que estaba situada donde se halla el palacio de la Gobernación. Esa tarde me habían dejado ir con dos de mis hermanos y en compañía de una criada de confianza a dar un paseo por los lados de Campohermoso; ya regresábamos de nuestra correría; íbamos subiendo la cuadra empinada que del Colegio de las Hermanas ascendía hacia la carrera 21 nivelada un poco en la reconstrucción cuando oímos gritos y vimos correr de

gentes y unos hombres armados de cachiporras que parecían llevar alas en los pies y a cuya loca huida nuestro inconsciente grupo infantil ponía un transitorio obstáculo; como no nos dábamos cuenta de lo que sucedía ni del peligro que afrontábamos, nos quedamos parados en la mitad de la calle por donde los fugitivos corrían su desesperado maratón; en medio de aquel horror, oíamos lejanos y cortados por la angustia los gritos de la muchacha que nos acompañaba; parece increíble, pero aquellos hombres enloquecidos por el vértigo de la fuga hacían un esguince para no arrollarnos en su carrera; por encima de nosotros silbaban las balas y pasaban como clarinazos las voces de alto; quizás, nuestro grupo absorto y quieto en medio de la calle, que obligó a los presos a torcer el rumbo de su marcha loca, desvió la puntería de los agentes y evitó que todos cayeran fulminados por la espalda; cerca a mí cayó un hombre alto, moreno, con los cabellos revueltos y una maldición satánica en la boca crispada; es todo lo que recuerdo; no supe más; pero aún tengo en la memoria la cara angustiada de mi padre que nos buscaba ansioso entre la multitud y que nos llevó a la casa aquella tarde trágica.

Otro suceso importante fue la lluvia de pájaros muertos sobre la ciudad en los días anteriores a la aparición del cometa Halley para cuyo arribo a nuestro cielo, se hacían toda clase de pronósticos pavorosos y se anunciaban tremendos cataclismos; nada de aquello ocurrió; la maravillosa estrella con su caudal de fulgor fue tan solo como un transitorio broche de fantasía prendido al hondo terciopelo de la noche; parecía como una con-

decoración nueva en el cofre estelar. Nos levantábamos a altas horas a admirarlo en toda su plenitud; aparecía por el oriente y por entre la torre en construcción del templo de la Inmaculada lo veíamos como un penacho de claridad que en el espejismo de la distancia colgara de las crucetas de los andamios, como una gasa áurea que se hubiera quedado enredada en los tablones. Ninguna calamidad nos trajo la visita del maravilloso viajero celeste. Noche a noche lo veíamos alejarse, perderse, por las rutas del cosmos, volverse más pequeño en la inmensidad de los caminos planetarios, ser solo como un leve y huidizo fulgor en la polvareda solar de la vía láctea. Las únicas consecuencias desastrosas de su aparición, fueron los numerosos resfriados que el frío cortante de los amaneceres trajo a los curiosos observadores desprevenidos que veían llegar el alba suspensos en la maravilla de su contemplación.

La extraordinaria lluvia de pájaros sobre la ciudad no ha sido aún explicada satisfactoriamente; en torno a ella se hicieron disquisiciones científicas y pintorescas pero sin ninguna afirmación convincente; todo aquello no pasó de meras suposiciones; que el cometa había envenenado las capas superiores de la atmósfera y había matado a las aves; infantil la solución del enigma; ni los pájaros estaban en las nubes, ni el gas maléfico podía afectarlos solo a ellos ni había por qué escogieran la ciudad para venir a morir a ella; que un huracán los había desplazado de sus nidos y atraídos por la luz habían llegado a las calles; absurdo también; un huracán de esa magnitud, que sacara los pájaros de su refugio

sin tumbar sin un solo árbol en ninguna de las veredas campesinas no ha podido ocurrir sino en una imaginación ceñida con la lógica; que una racha loca los trajó a la ciudad, pero ¿de dónde?, ¿en qué sitio pudo iniciarse aquel vendaval del cual nadie tuvo noticias?

En la Gobernación, que estaba situada dos cuadras al norte del edificio actual de la Licorera, sobre una mesa vi los pájaros muertos; fui con mi padre a comprobar personalmente el fenómeno; eran como seiscientos; los había de todas clases y de todos los colores; precioso aquello; aves de todos los climas y de las más diversas especies; azulejos, mirlas, siggas, toches de fuego y de azabache, humildes cucaracheros, proletarios cantores sin apelativos. Esto, quizás, es lo más curioso, lo más inexplicable que ha ocurrido en la ciudad. Fueron tantos, que en el solo patio en claustro de mi casa cayeron cuatro. La noche del suceso fue serena, clara, sin lluvia, sin ráfagas de invierno. Algunos de aquellos pájaros muertos fueron llevados a Bogotá para su estudio, para indagar las causas que los arrancaron de sus nidos y los hicieron caer como una insólita lluvia sobre la ciudad; nada pudo saberse en concreto; ninguna solución lógica se le dio al enigma, ni se le dará nunca porque la naturaleza juega a veces al hombre bromas pesadas y gusta de asombrarnos con sus caprichos y de echar por tierra las engreídas cúpulas de la sabiduría.

Ya verás, Aida, cómo por tu insistencia aún podré sacar de las canteras del recuerdo mármoles nuevos para labrar en ellos simples relieves, con algo de encanto pueblerino y algo de suave nostalgia otoñal.

La muerte de las cosas



Existen extrañas similitudes entre la muerte de las personas y la muerte de algunas cosas y de algunos sitios; a veces es una muerte súbita, impresionante, fatal; otras, es la desintegración lenta, progresiva, inexorable; la agonía despaciosa e ignorada que acaba ya por no conmover a nadie. Son muerte rápida, imprevista, el incendio, el motín, el terremoto; este es como el infarto o el derrame cerebral; como las personas, las casas caen fulminadas, reciben el impacto de la tragedia; por las comarcas de la patria por donde han pasado fatídicos los violentos, estas muertes han sido un diario suceso obsesionante; quedan solo los paredones mútilos, las ruinas calcinadas, los cultivos deshechos bajo el vendaval del crimen; se marchitan las flores y se quedan sin alas los palomares. En el invierno se presentan también estas muertes súbitas; bajo el aguacero terco se deslizan las casuchas de los arrabales, se cuarteán los pilares de guadua que eran las uñas que las aferraban a las vertientes y se van talud abajo las humildes moradas que solo han sabido del hambre y de la angustia.

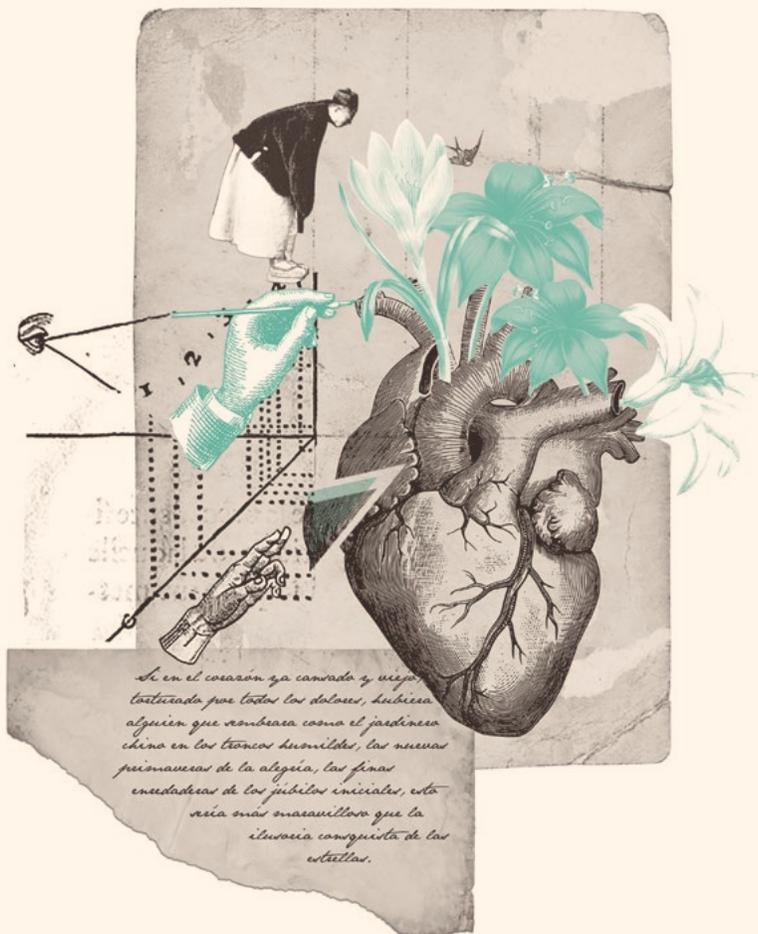
Pero hay otras muertes pausadas, dolorosas, largas e implacables; así en olvido y sin prisa se ha ido muriendo esta estación de Villamaría frente a la cual paso cada

semana; era uno de los sitios más alegres y más concurridos; durante varios años fue estación terminal del ferrocarril y registró tan animado movimiento cosmopolita que resultaba excesivo para sus modestas proporciones; mientras en brava lucha con la montaña agresiva se tendían los rieles que llegarían trayendo el progreso a la capital del departamento, la estación que ha muerto ante la indiferencia colectiva era el sitio de reunión de los viajeros. Como cualquier ser humano tuvo una infancia alegre y desprevenida; el edificio de simples líneas arquitecturales conoció el ajetreo de los andamios, la música de los martillos, el maquillaje de la pintura, la progresiva invasión del cemento; luego tuvo su juventud; sus pequeñas terrazas se florecieron de geranios; estampadas cortinillas de cretona velaron sus ventanas; filas de escaños se alinearon en sus corredores; desde ellos las gentes escuchaban al río que parecía conversar solo entre sus hileras de sauces que aún no habían sido abatidos por el hacha inconsciente.

Y tuvo su madurez confiada; allí a todas horas se oían las voces de los vendedores de viandas típicas, de los gamines que ofrecían sus cestillos de naranjas, de las mujeres del pueblo que tenían su comercio de hortalizas recién cogidas de los huertos familiares; zanahorias, remolachas, habichuelas, lechugas de un verde niño, repollos de apretada entraña, alverjas y yerbas olorosas; pero lo mejor de este comercio eran los claveles; esa tierra ha sido espléndida para su cultivo; en épocas pasadas de un solo jardín llegaron a cogerse cuatro mil claveles de un solo tono lacre; todos los viajeros que iban hacia el

occidente compraban allí sus haces de claveles; los llevaban hasta Cali y hasta Popayán; no traer claveles de Villamaría cuando se regresaba de un viaje era una imperdonable falta de buen gusto. Los vagones se volvían como un jardín; el aire se tornaba fragante; las sedas vegetales rosadas, blancas, escarlata ponían una cenefa de color que disimulaba la vejez de los carros; aquel era como un camino mullido para el pie descalzo de la mañana; las hortalizas, las naranjas y los claveles eran un motivo de adorno para el tren y un descanso para los ojos; mercancía de perfumes y de matices que alcanzaba una cotización más en colorido que en dinero.

Pero un día fueron levantados los rieles y la estación se fue muriendo poco a poco; ya no florecieron los geranios ni se oyeron las voces de los vendedores; desaparecieron los escaños que quizás fueron a ser lumbre en algún fogón campesino; se destiñeron las paredes pintadas de un fresco color crema; se deshicieron las cortinillas de las ventanas; por todas partes se entró la tristeza; ya no más volvieron a sonar las campanillas jubilosas que anunciaban el arribo de los trenes; el mismo río menguó su caudal y no volvieron a verse en sus orillas los buscadores de oro que movían la batea con un vaivén de esperanza. Frente a la estación en ruinas se extienden aún las paralelas de los rieles desoladas e inútiles como el cadáver de un tren. Y cada semana, cuando paso por ese sitio pienso en la agonía de las cosas, en el dolor de lo que se va muriendo lentamente, en olvido, en desamparo, en prolongada angustia.



Si en el corazón ya caminado y mejor,
torturado por todos los dolores, hubiera
alguien que sembrara como el jardinero
chino en los troncos humedales, las nuevas
pulsaciones de la alegría, las finas
enredaderas de los jubilos iniciales, esto
sería más maravilloso que la
ilusión conseguida de las
estrellas.

Una hermosa labor



Al pasar las hojas de esta revista “CHINA” editada a todo lujo, me encuentro el más noble y hermoso de los oficios ejecutado por el profesor Chen Tauinyu, un viejo horticultor que enseña a sus alumnos la ciencia maravillosa de los injertos; él se ha dedicado, con una paciencia y un arte exquisito, a cubrir de corolas nuevas los troncos rugosos, ancianos, deformes de los árboles caídos; es como si los vistiera con crespos satines florales; en el árbol inútil revientan las flores en una espléndida policromía; hasta ahora no ha logrado hacer prosperar los injertos de las rosas; estas son más esquivas y no se rebajan a cubrir con sus sedas fragantes los árboles inútiles; pero hay unas flores sencillas, simples, de seis pétalos como labrados en ámbar pálido que viven muy a gusto prendidas de las cortezas musgosas. Lo milagroso es que esos viejos troncos aún tengan sabia para nutrir esa primavera de arteificio. Es como si enastaran mínimas banderas en los brazos rígidos. Si estos árboles pudieran pensar darían las gracias al floricultor que les trae recuerdos de la pasada juventud cuando el verano doraba sus follajes y en ellos había pájaros y músicas y colores de amanecer.

Yo encuentro este oficio del viejo profesor muy de acuerdo con la labor de los poetas; ellos también traen un poco de armonía y de belleza a la época mecanizada y llena de angustia de los olvidados, de los miserables que en vano buscan entre la sombra el fugitivo resplandor de una esperanza; también los artistas, pero los artistas de verdad, pueden hacer florecer un poco de ilusión sobre el desencanto, pueden cubrir de inasibles rosas de ensueño la agobiadora realidad. Si en el corazón ya cansado y viejo, torturado por todos los dolores, hubiera alguien que sembrara como el jardinero chino en los troncos humildes, las nuevas primaveras de la alegría, las finas enredaderas de los júbilos iniciales, esto sería más maravilloso que la ilusoria conquista de las estrellas.

Qué distinto este oficio del jardinero chino de los demás oficios de los humanos; este es quizás el más hermoso y el más paciente y el más ignorado. Existe el oficio audaz de los técnicos en cohetes estelares, en soberbias máquinas que cuestan millones con los cuales se podría redimir a todos los infelices de la tierra, en aparatos que si al paso de los años realizan su ambición de llegar a mundos distantes hallarán solo cráteres pavorosos, desiertos alucinantes, abismos cósmicos perfectamente inútiles para el bienestar de la humanidad. Existen los salvadores oficios de los sabios que en sus laboratorios indagan los misterios de la vida y luchan con vigilante empeño por alejar del hombre las enfermedades; existen los oficios manuales de los obreros que levantan el orgullo de esta civilización de fábricas y de rascacielos; los oficios de los intelectuales que quieren hallar formas

nuevas para decir las mismas cosas antiguas; los oficios de los agricultores que transforman en trigales las tierras áridas; los oficios cotidianos de todas las gentes; pero este oficio del jardinero chino parece inventado por San Francisco; eso de vestir de flores los troncos viejos es una especie de misericordia, es una obra de piedad, es algo tan finamente bondadoso como ese oficio de las bellas cosas inútiles que no sirven sino para eso; para no ser prácticas ni técnicas, sino simplemente hermosas.

No hay duda de que este floricultor oriental ha escogido la mejor parte; me imagino su alegría cuando en la corteza arrugada del árbol ya muerto empieza a apuntar la promesa de los retoños; cuando se abren al sol las primeras flores, cuando todo el tronco queda vestido de satines florales, de muselinas estampadas, de sutiles boleros de gasa; y cuando a él llegan como en la olvidada adolescencia las mariposas y las abejas y algún gorrión inicia su nido entre los nuevos ramajes artificiales, el profesor ha de sentir lo mismo que el poeta cuando entre esta profusa literatura de fútbol, de deportes, de ciclismo, de competencias olímpicas, de boxeo, de toros y de carreras de caballos, se encuentra por casualidad una estrofa perfecta, un poema que le llega al corazón, una frase que aún tenga algo de belleza y de dulzura.

El prestigio del idioma



En sus eruditos volúmenes, en sus notas de prensa y en los programas de televisión, la Academia vela por la pureza, la integridad y el prestigio del idioma; esa es su labor y debiera ampliarla más llevando a los colegios y a las universidades la inquietud hacia esa manía que tenemos de volver una colcha de retazos el idioma castellano. En esta campaña cultural debe también tomar parte el Ministerio de Educación; hay que restaurar el prestigio de la lengua, combatir esa ingenua costumbre que tenemos los colombianos de bautizar todo, almacenes, fincas, cafés, productos alimenticios y hasta las diversiones y las dolencias con rimbombantes nombres extranjeros.

Nosotros lo hemos dicho muchas veces desde las emisoras y los periódicos: no tenemos el orgullo de lo que es nuestro, de los vocablos de abolengo ilustre que se ajustan a nuestro modo de ser; no conocemos sino superficialmente esta lengua hispana tan sonora, tan rica, tan dúctil, tan maravillosa de expresión y gracia. Armonizado de giros criollos, de americanismos felices, de voces nuevas aceptadas por la Academia, el idioma castellano tiene una elasticidad y una amplitud de insospe-

chadas perspectivas. Pero nuestra erudición de revistas deshidratadas, de catálogo de librería, nos lleva siempre a extremos ridículos; dejamos lo que es autóctono, lo que está ligado a nuestra historia, a nuestras glorias y a nuestras desventuras para irnos a espigar pobres haces de espigas modernistas en los campos de la literatura ultramarina en donde todos entramos a saco con comillas o sin ellas.

En mantener vivo el sentimiento de patria nos dan ejemplo los extranjeros; ellos llevan a su tierra en el alma por todos los caminos del mundo; si se les ocurre dar un nombre a sus propiedades recuerdan los sitios que están ligados a su corazón: El Danubio, El Rhin, El Volga, El Támesis, El Tíber; casi siempre los apelativos de los ríos familiares. Pero no como nosotros que todo lo copiamos venga o no al caso. Quedan sencillamente cómicos estos apellidos nuestros tan castizos: Restrepo, López, Jaramillo, González acompañando nombres importados, William, Henry, Ketty, Richard, Jacques, en fin, todo lo que nos deslumbra y nos parece el colmo de la elegancia.

Recuerdo a propósito una anécdota del doctor Ricardo Jaramillo Arango, un médico sabio, bondadoso y sencillo, quien en medio de esta civilización del ala y de la llanta, por entre los “cádillac” de ocho cilindros y los camiones ruidosos iba a visitar a sus enfermos en su caballo que lo esperaba con filosófica paciencia y que parecía tener entre sus ascendientes a Rocinante o a Babiaca. Un día llegó a su consultorio una dama con su sobrino enfermo. Vea, doctor, yo no sé qué tendrá este muchachito Alexander; ya no toma su jugueto de zanahoria, ni

su Corn Flakes, ni su puré de papás, ni su colada de avena. El médico miró unos instantes al chico, sonrió y dijo a la angustiada dama: –No se preocupe, mi señora, denle a este muchachito arepa, frísoles, mazamorra y llámenlo Alejandro; con eso tiene.

Si queremos nombres raros para denominar, por ejemplo, los sitios de diversión o los cafés o los almacenes o los teatros, allí tenemos la riqueza fastuosa de los apelativos indígenas, de una novedad y de un poder evocador magníficos. Que nos diga alguien si hay un nombre más sonoro y musical que ese con que los antepasados denominaron nuestra montaña de platino: El Cunday. Preferimos mezclar en la coctelera estilizada de nuestra simpleza el calambur francés, el áspero vocablo germano, el estandarizado adjetivo norteamericano, la fulgurante interjección pampera y todo lo que nos llegue a la despierta imaginación tropical para hacer del habla castellana un coctel de idiomas, una bebida de sabor ambiguo, en lugar de acendrar en el anáfora de arcilla indígena la pureza intacta del vino hispano destilado de los racimos que maduraron al mismo sol que quemó las sienes de don Quijote.

Alta labor colombianista realizarían la Academia y el Ministerio de Educación intensificando la campaña contra los nombres extranjeros y formando en los estudiantes una severa conciencia nacional, una orgullosa independencia, un nuevo sentido de lo que es nuestro, de lo que estamos obligados a defender de la creciente invasión de modismos y giros exóticos. Es mejor que nos maten el aburrimiento o el gualé doméstico a que nos ridiculicen el spleen importado o la ausencia de *sex-appel*.

Blanca...



Visión de la tierra nativa



He regresado de este breve viaje a la tierra nativa como quien regresa de un sueño; fueron días vividos en la emoción del recuerdo, en la añoranza de las horas diáfanas de la niñez, en peregrinación por los sitios que crucé de niña tras el vuelo de colores de las mariposas y la música elemental de los arroyuelos y el miraje dorado de las estrellas y la gracia infantil de las espigas nuevas. Traigo en los ojos la visión de las colinas fáciles, de los valles por donde corren en fuga de cristal los claros ríos nativos, de las torres góticas del templo, de los jardines que encienden los geranios y las camelias, de los pinares que hacen genuflexiones bajo el viento, de las palomas en vuelo como sueltos eslabones de una cadena de azahares, del azul intenso de ese cielo por donde el verano echa a bogar los veleros de plata de sus nubes viajeras; y traigo en el alma el sentimiento perenne de mi gratitud por el homenaje que me rindió generosamente la ciudad hidalga; fue una fiesta del cariño organizada por las mujeres de mi tierra, por esas mujeres que realizan en esta edad atómica, apresurada y loca, el ideal eterno de la mujer fuerte, exaltada en las páginas del Evangelio; mujeres inteligentes y hacendosas, cuyas vidas describen la parábola armoniosa que va desde el austero cumplimen-

to del deber hasta la elación de la plegaria, que saben de memoria el decálogo de la caridad, y decoran con su fina gracia los salones de las fiestas sociales y llevan el consuelo de su sonrisa y de su misericordia a los que se quedan a la vera del camino de la fortuna.

Es curioso el hecho pero es exacto; ninguna ciudad del país ha dado tantas figuras ilustres a la patria como Abejorral; en sus ciento cincuenta años de existencia ha sido pródiga en varones eminentes y en mujeres de cultivada inteligencia; altos jerarcas de la Iglesia, juriconsultos, estadistas, ministros del Estado, maestros de juventudes, rectores de universidades, escritores, artistas, académicos, hombres de pensamiento y de empresa, financistas, científicos, gobernantes, embajadores han nacido en ese lugar privilegiado de la República, en esa ciudad que ha celebrado con un severo programa su sesquicentenario. En el Liceo Manuel Canuto Restrepo hay una galería de personas insignes que tiene más de cien nombres célebres. Yo no sé si será esa luz, ese ambiente apacible, ese señorío de las costumbres, ese paisaje de colinas idílicas, pero en Abejorral todas las gentes son artistas; en las casas de las personas adineradas no falta el piano; en todas las paredes hay cuadros pintados por los mismos moradores de las casonas evocadoras; las bibliotecas nunca están solas; los colegios son numerosos; hay un afán de estudio, de superación espiritual que es tonificante; aquellos hombres hablan ante los micrófonos con una facilidad asombrosa; son unos improvisadores afortunados. Hasta las mismas gentes del pueblo que organizan danzas regionales y conjuntos folclóricos en las

festividades cívicas cuentan entre ellos con repentistas y troveros de auténtico valor.

Para su fiesta sesquicentenario, Abejorral hizo un llamamiento a todos sus hijos ausentes y casi todos acudimos a la cita con la tierra nativa; había allí senadores, representantes, delegaciones universitarias, figuras destacadas de la política, de las letras y de las artes. Concertistas de fama nacional como Rufino Duque Naranjo, cuyo nombre puede colocarse al lado del de Andrés Segovia; pintores como Jesús María Cardona y Luis Carlos Ramírez, deliberadamente apartados de los cánones arbitrarios de la pintura moderna y quienes realizan en discreto silencio una obra espléndida que algún día ha de ser revaluada por la crítica inteligente y justiciera; pianistas como el Padre Bernardo Londoño Martínez, un virtuoso de la armonía, tan sencillo como artista. Imposible citar en un breve comentario periodístico los nombres que dan claro prestigio a la tierra natal; podría caer en culpable e involuntarias omisiones. Lo que no puedo callar es la emoción recibida al visitar la casita modesta donde nació; es el mismo jardincillo, los mismos corredores de ladrillo, las mismas ventanas de rejas labradas; los poetas del futuro, si es que en el futuro quedan poetas, no podrán nunca hacer esta peregrinación emotiva que hecho yo, porque todos habrán nacido en la sala impersonal y aséptica de una clínica. Y no podré olvidar nunca los nombres de la espiritual doña Alba Mejía de Oliveros, quien viajó desde Bogotá, y de la notable educadora Rosa Julia Mesa, las cuales pronunciaron sentidas palabras en la colocación de la placa que

lleva mi nombre humilde grabado en el mármol con los cinceles puros del cariño. Cuando yo sea ya solo un recuerdo y una canción olvidada, al pasar frente a esa casita las gentes pensarán un instante en esta sentimental irreductible que pasó unos días de asombrada dulzura en su tierra nativa.

Julio – 1961.

El turpial inválido



Qué nimio y pintoresco este problema mío junto a los tremendos problemas de la época; solo mi sensibilidad vigilante de las cosas pequeñas logra medir su dimensión; este habría sido un tema precioso para Francis James; también Maeterlink hubiera analizado en brillantes metáforas la tragedia insignificante de este turpial inválido. El mundo está agobiado de progreso material y de inquietudes espirituales; filósofos, economistas, sociólogos, humanistas luchan por encontrar la fórmula mágica que resuelva los conflictos actuales; la humanidad sufre hambre física en su cuerpo y torturante angustia en su alma; existen múltiples problemas para los cuales nadie encuentra la solución; problemas económicos, educacionales, crisis de desempleo, conflictos de trabajo, desequilibrios sociales, soberbia de los de arriba y sote rrada cólera de los de abajo; bajo la amenaza nuclear, la humanidad marcha entre la sombra buscando un camino de esperanza que ha cerrado la maleza invasora de las filosofías negativas.

Pero no era de esas cosas dilucidadas donairosamente por los pensadores de lo que yo iba a hablar, sino de este dolor humilde e ignorado de mi turpial inválido. Pienso que no existe ninguno tan viejo como él; calcu-

lo su edad en quince años por lo menos; su historia es simple y amable; quién sabe escapado de qué parcela campesina o de qué jaula doméstica llegó un día como a su casa propia al teatro Yanuba de Armenia; Jorge Isaza, su administrador, lo cogió fácilmente y lo llevó a su hogar; quizás fueron el hambre y el vagabundaje sin objeto, la amenaza de la cauchera asesina o el cansancio de las alas inquietas los factores que lo determinaron a no oponer resistencia, a dejarse apresar en una entrega definitiva. En uno de sus paseos a la capital quindiana, mi madre se enamoró del turpial, se encantó con su belleza y la armonía de su garganta como hecha de cristal y de seda. Tímidamente manifestó el deseo de ser su propietaria; al cabo de algunas semanas, mi madre recibió el jubiloso anuncio: Jorge le regalaba el turpial costeño, se lo mandaba en su jaula, se desprendía con gusto de él, que era todo música y oro vívido y azabache integral. No he olvidado la alegría de su llegada ni el entusiasmo de mi madre que compró para él una jaula flamante y lo instaló frente a su alcoba y le compró finos recipientes para la comida y mínima tina de porcelana para el baño.

Era un cantor insigne; anunciaba el alba con los clarines de plata de sus trinos; interrumpía las conversaciones con sus endechas líricas; su garganta era como un milagro de tonalidades que iban desde el golpe isócrono del tambor hasta el arrullo asordinado de los caramillos campesinos; era una parábola armoniosa del somatén al madrigal. Muchas veces, cuando en la casa había tertulia nocturna con mucha luz y mucha risa, el turpial se engañaba bajo su tolda de cretona floreada, creía que había

llegado el amanecer y cantaba entre su jaula resguardada del frío. Para su regalo mi madre no escatimaba ninguna cosa; lo mimaba como a un nieto, lo mostraba con orgullo a sus amistades y no lo hubiera cambiado por el más valioso objeto de arte; lo cotizaba a un imposible precio de cariño; no tenía ningún inconveniente en distraerme de mis tareas hogareñas para enviarme hasta la plaza de mercado a comprar mandarinas y guayabas para su pupilo consentido.

En la mañana dolorosa de su muerte, mientras la que cifró mis ternuras y fue razón y norte de este noble ejercicio de escribir, dormía serenamente entre su caja de caoba, cruzadas sobre el pecho las manos que supieron bendecir y perdonar, el turpial no cesó de cantar un instante; a mí me parecía que aquel canto era diferente, que tenía algo de queja, que era como un responso lírico; corazón adentro se me iba esa música como un dardo. Manos piadosas me lo trajeron en la tarde como si fuera una herencia pintoresca. Hace de ello ya más de cinco años.

Durante este largo tiempo lo he querido como a un ser humano; pero hace más de dos años que se me ha convertido en un pequeño y constante motivo de pesar; como a cualquier anciano reumático, las paticas empezaron a doblársele; al principio fue algo insignificante, una dolencia insidiosa cuyo paso no advertí; primero un dedo, luego el otro se fueron anquilosando; ya no era capaz de sostenerse sobre las varillas intermedias de la jaula; olvidó el canto; solo sabe chillar ásperamente; hace un sonido duro y seco; parece como si rayara con

un esmeril el vidrio claro de la mañana; su grito inarmónico se repite hasta la exasperación; su tragedia simple angustia mi corazón; he traído veterinarios para que le receten, pero todos sonrían y me dicen que eso es definitivo e incurable, que son achaques de vejez.

En el hogar a diario se protesta contra su desconsideración; es un despertador vivo; desde las cinco de la mañana grita terco como un chico mal educado; rompe con su chillido la molicie del sueño matinal; conserva el plumaje terso y fino; el pico de acero aún es agresivo; el ojo redondo e inquieto enciende con una luz de juventud la chaquira nimia de la pupila avizora. Ya no sabe volar y se pasa el día sobre el piso de su jaula; yo lo rodeo de todas las comodidades; es como si le pusiera un cerco de cariño a su indefensión, pero me apena su dolorosa invalidez. ¿Qué hacer con él? Matarlo sería algo tan cruel que el solo pensamiento me escalofría. ¿Dejarlo ir? ¿Pero a dónde? ¿Qué puede hacer en ese mundo tan lleno de acechanzas y de peligros el pobre turpial inválido? ¿Cómo exponerlo a la torpeza inconsciente de los gamines callejeros que no saben de estas cosas pueriles del corazón?

Que me resuelva alguien este conflicto, que piense alguno en este simple problema; yo he de dejar las cosas como están; que siga despertando a todos a la primera luz del día; a él no le importan las protestas; lo único que conserva íntegro es su mal genio; es despreciativo como un burgués; materialista insigne, lo único que le interesa es tener buena comida; hace mucho aprendió que en este mundo tan egoísta y loco lo de menos es el canto.



Blanca...



Por los caminos del pasado



Hoyeando una monografía de Manizales publicada hace algún tiempo en Medellín, me encuentro un nombre que hace correr por mi espalda un escalofrío de miedo; el de Miguel Perdomo, un curandero a quien las gentes atribuían poderes sobrenaturales, un aventurero que se las daba de taumaturgo, un “médico cirujano” graduado en la universidad de la ignorancia colectiva. Yo fui una chica simple y sana, alegre y desprevenida, sin fallas mentales o psíquicas, que no padeció de terrores nocturnos, ni de alucinaciones, ni tuvo temor a los fantasmas, ni creyó en leyendas de aparecidos; pero el nombre de Miguel Perdomo me producía siempre y me produce aún un malestar anímico. Parece que se destacara en mi memoria contra el fondo rojo de una pesadilla.

Fue en 1871 cuando empezó a circular la fama de este hombre que hacía milagros según el decir de las gentes, que suministraba a sus pacientes un polvo llamado “el toro” de efectos fulminantes y catastróficos; más tarde se supo que se trataba simplemente de una gran dosis de tártaro emético que ponía al enfermo a las puertas misma de la desesperación; los que tomaban el medicamento quedaban en un estado de debilidad alar-

mante; entonces acudían de nuevo donde el charlatán que les recetaba calmantes de su misma invención. Parece increíble pero Perdomo tuvo la audacia de abrir su consultorio en Bogotá, en donde ya existía una Escuela de Medicina, y de practicar allá operaciones que algunas veces tuvieron resultados satisfactorios; manejaba la cuchilla como un carnicero; lo mismo extraía un tumor a una persona que a un caballo o a una vaca. En varios pueblos de Caldas fue recibido por las autoridades y los ciudadanos en lujosas cabalgatas; las gentes gritaban a su paso: “Viva el benefactor de la humanidad”. En Manizales se hospedó en la casa de don Pablo Jaramillo, una amplia mansión señorial que vivía literalmente llena de enfermos que solicitaban los servicios del pintoresco aventurero.

Las leyendas en torno a las curaciones milagrosas que se atribuían a Miguel Perdomo llegaron a oídos de mi tío abuelo Elías Londoño, que vivía en Salamina; mi tío era un hombre inteligente, liberal, generoso, ciego desde los veinte años, que sufrió varias veces prisión por su rebeldía, que se hacía leer a los enciclopedistas del siglo XVIII y que por una curiosa mezcla de cristianismo y de teorías disolventes luchaba por convencer a su gran amigo el Padre Barco de las excelencias del radicalismo. No existían entonces los oftalmólogos y mi tío había buscado en vano remedio para sus ojos; las pobres pupilas tenían velada la luz como por unas leves cortinillas; aquello quizás no fuera sino una catarata de tipo corriente; pero la tragedia de su ceguera ensombrecía el horizonte de su vida; mi tío como un náufrago se asía

a la tabla salvadora de una esperanza; y fue entonces cuando escribió a Perdomo para que fuera a Salamina a aplicar a sus ojos el colirio milagroso que decía poseer el charlatán; qué de ilusiones y de proyectos hizo la familia; qué larga les pareció la espera del taumaturgo; con el pensamiento lo siguieron todos a lo largo del camino; se encendía su confianza como las luces votivas al pie de las imágenes tutelares.

Y qué alegría cuando llegó por fin el famoso trotamundos; con ejemplar paciencia mi tío escuchó sus disertaciones científicas, sus citas de eminencias médicas de Francia y de España con las cuales sostenía correspondencia el curandero, según lo afirmaba con una frescura inverosímil. El “médico” preparó todo minuciosamente; hizo conseguir gasas, algodones, esparadrapos, vendas de tafetán verde, las cosas más ilógicas y disímiles; se rodeó de un aire de misterio, destiló en sus cubetas unos líquidos de color indefinible, se proveyó de un gotero de apreciables proporciones, echó hacia atrás la cabeza de mi tío que estaba sentado en su sillón y aplicó sobre los indefensos ojos muertos el tremendo colirio; aquello fue como si hubiera tocado las córneas pálidas con un soplete eléctrico; el dolor se clavó hondo como un dardo y lo más trágico fue que casi inmediatamente, a lo largo de las mejillas de mi tío abuelo, en dos gotas de cristal rodaron licuadas las retinas. El charlatán tuvo un poco de miedo; se quedó absorto viendo cómo aquellos ojos se deshacían como tocados por un líquido corrosivo y sin despedirse de nadie salió con paso soslayado como un asesino.

Por eso, a lo único que tuve miedo en mi infancia fue a Miguel Perdomo; siempre cuando mi madre me contaba ese horror, me parecía verlo llegar junto a mi lecho con su colirio mortal.

Las mujeres que trabajan



No pude creer el hecho cuando me lo contaron por primera vez; era tan absurdo el que a estas horas del siglo XX, después de las espléndidas conquistas realizadas por la mujer, de su incorporación justa y eficiente a todas las actividades de la vida ciudadana, hubiera gentes que tuvieran para juzgarla tan pacato criterio colonial, que pensé que se trataba solo de una pasajera mentira sin trascendencia; luego, la probidad mental de mis informadores y la similitud y multiplicidad de los datos que se me dieron, me hicieron aceptar el hecho cumplido, por insólito que él parezca. Según los que me contaron el curioso caso, en una de las pláticas de los pasados ejercicios espirituales verificados como preparación para la Semana Santa, un modesto predicador tuvo frases acerbas, y comentarios injustos, y apreciaciones perfectamente equivocadas acerca de las mujeres que trabajan.

Según él, estas damas clarísimas disfrutaban de una libertad peligrosa, se acostumbran a gastar el dinero a manos llenas, se vuelven imperiosas y no dan garantías como mujeres de hogar. Es tan tonto y mezquino todo esto, que no mereciera refutación si no viniera de unos labios a los cuales el carácter eclesiástico da autoridad. Si eso lo dijera uno de esos moralistas a la violeta que

andan ahora pidiendo blusa de estameña para la Venus de Milo y pantalón kaki para el Apolo del Belvedere, el suceso sería perfectamente natural, pero lo dice quien tiene el deber de orientar las conciencias hacia el bien y es no solo injusto sino inaceptable.

Las mujeres que trabajan en las oficinas son tan dignas como las que trabajan en el recinto amable del hogar, y son más merecedoras del respeto y del cariño de todos, que las que se pasan las dos terceras partes de su vida en los salones de belleza, en las casas de modas y en los costureros donde con lamentable frecuencia se respuntan por parejo telas y reputaciones; las mujeres que trabajan se casan por amor; no se venden por trajes o por una dorada ociosidad: el dinero que ganan en comodidad para sus padres, apoyo para sus hermanos, educación para sus hijos, pan y drogas para muchos necesitados; es alegría y holgura hogareña porque no se queda jamás en las cantinas ni en los cafetines de los arrabales; ellas tienen más derecho a las cosas de lujo porque las adquieren con su consagración y con el ejercicio de su inteligencia y son más meritorias que aquellas que dejan exhausta la bolsa paterna en su incontrolable afán de lucir los últimos modelos de vestidos y sombreros y zapatos. Se toman la libertad de llevar dentro de la cabeza algo más que un poco de estopa y de volver al revés la afirmación del amargado filósofo germano. Si se quedan solteras, no son una carga estorbosa para su hogar ni para la sociedad; y si se casan, el marido encuentra en ellas no un maniquí tonto y costoso sino una compañera comprensiva, una colaboradora eficiente, una

mujer que conoce el valor del dinero porque le ha dado trabajo adquirirlo y que llegado el caso, si la suerte es adversa y sobre la casa soplan airados vientos de pobreza, tiene la mente lista y la voluntad pronta para hacer menos dura con su cooperación eficaz la lucha sin gloria del compañero.

Ellas, las mujeres que trabajan, han aristocratizado y embellecido el ambiente de las oficinas; su fresca gracia ha llevado a fábricas y talleres y empresas comerciales una nota de distinción y de cultura; ha creado un nuevo clima de respeto y de mesura para los jefes y compañeros; delante de ellas, los varones tienen forzosamente que olvidar sus charlas equívocas, sus chistes de mal gusto, sus palabras ásperas; ellas son las que han puesto sobre los escritorios la viva pincela fragante del gajo de rosas, las que han colgado en el muro severo la dulce imagen del Corazón de Jesús, las que han encendido al pie de la efigie del Crucificado la lamparilla perenne que cifra toda una tradición de la fe cristiana.

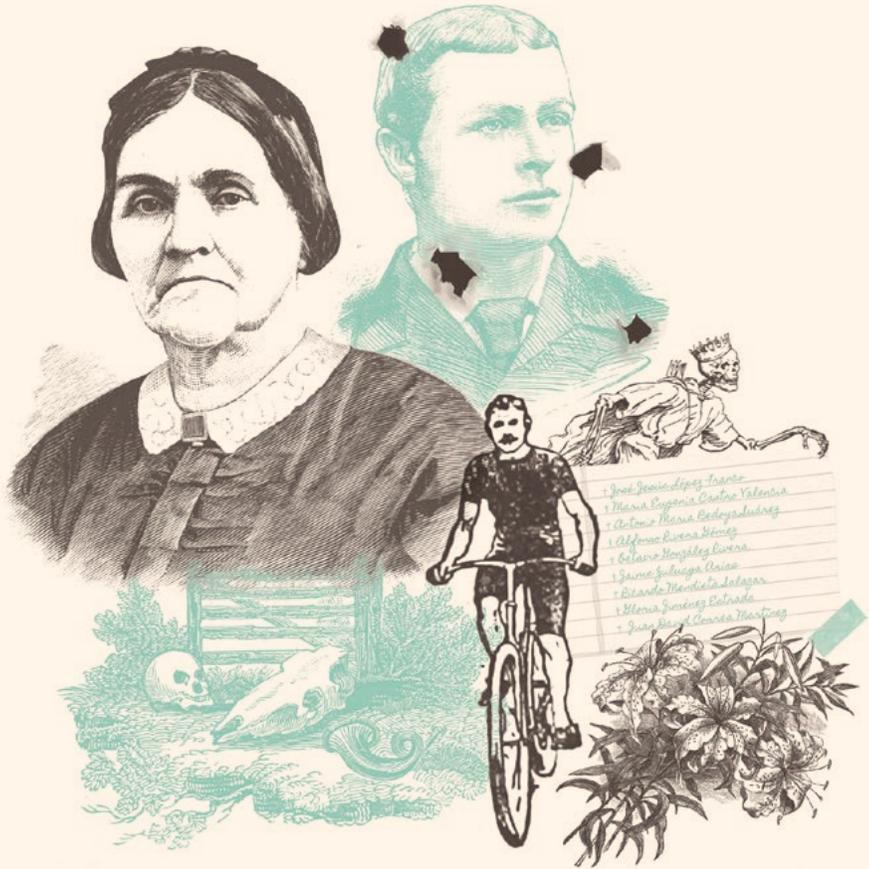
En mi reciente viaje a Bogotá, pude admirar la cantidad y la calidad de las mujeres que trabajan; allá se espiga por lo alto; en los Ministerios, en las oficinas públicas, en las empresas comerciales, en los periódicos, en las Bibliotecas, en los museos, en las industrias, prestan su colaboración damas de la más alta alcurnia mental y social; los solos apellidos son una lección de historia patria: las Valenzuela, las Holguín, las Carrizosa, las Brigard, las Silva, las Casas, toda una nómina de lujo; ellas sí tienen más derecho a cambiar el traje sastre de la oficina por el tul dorado del vestido de baile o por el

atuendo de jazmines de las sedas nupciales; se lo han ganado en meritoria lid, con su talento y con su constancia. Dos de las hijas de don José Joaquín Casas, la más pura gloria de las letras castellanas, el hidalgo más hidalgo y el cristiano más cristiano de la época, hermanas de varones preclaros como Manuel José Casas Manrique, que es el primer políglota de América, continuadoras de una tradición ilustre, son mujeres que trabajan, mujeres de estas, tratadas despectivamente en una conferencia de escaso vuelo literario.

Me imagino cómo iré a ser de irónica y de piadosa la sonrisa del Padre Félix, rector de la Universidad Javeriana, cuando por casualidad se entere de estas pequeñeces; con él tuve oportunidad de hablar en la capital, y comprobar cómo admira a las mujeres que en sus aulas se preparan para la lucha por la vida, cómo se enorgullece de sus discípulas y augura para ellas un claro porvenir en todas las actividades que antes eran consideradas solo como patrimonio exclusivo de los varones. Esas futuras doctoras que serán timbre de honor del foro, de la medicina, de las artes, de la filosofía y de las letras ingresarán a la legión espléndida de las mujeres que trabajan, tratadas ahora con tan poco respeto en una plática cuaresmal. No hay que olvidar que también Madame Curie fue una mujer de trabajo... ¿A qué seguir? El tema me daría para escribir un libro por cuyas páginas desfilarían en fastuoso cortejo nombres signados por la fama. Que las mujeres que trabajan se tomen ahora este otro trabajo de olvidar las necias apreciaciones que dejo comentadas a la ligera.



Blanca...



El desolado rostro de la violencia



Las trágicas informaciones de la violencia que avanza como una marea de angustia sobre ricas parcelas de la patria, llegan hasta nosotros en todos los periódicos, con ese laconismo frío y conciso de los números; pasamos nuestros ojos por las listas de los muertos casi con una culpable despreocupación; seguimos tranquilamente leyendo los detalles de la vuelta a Colombia en bicicleta y los engolados sueltos de la vida social; corremos el riesgo de connaturalizarnos con el delito; casi que nos importan más los concursos de belleza, los desfiles de modas o el tono de los últimos lápices labiales; nuestra superficialidad no se detiene a pensar sino breves instantes en aquello tan sombrío, tan absurdo, tan criminal que socava los cimientos orgullosos de esta civilización egoísta y ruidosa, llena de máquinas y de horror, transida de inquietud y empecinada en la conquista de las estrellas.

Nuestra ciudad ha sido como una privilegiada isla de paz entre este oleaje de pavor; solo casos aislados de crímenes hemos registrado pero nunca ese martirio de ver caer sobre el surco a los campesinos inocentes que abonan la tierra con su fatiga y su esperanza. Quizás, por eso, cuando vemos la cara desolada de la tragedia sentimos pasar un escalofrío de angustia sobre nuestra

sensibilidad; nos detenemos al borde mismo del llanto cuando escuchamos narrar un dolor con esa simplicidad resignada y trágica con que oíamos ayer a Delia de Puerta contarnos su desventura, el fracaso de sus ilusiones, el derrumbamiento doloroso de sus esperanzas.

Delia es una mujer pobre, humilde, sencilla; nunca sale de sus labios una queja; heroicamente soporta en su hogar todas las estrecheces; ella ignora el tono mendicante; trabaja en pequeños menesteres y recibe parca ayuda semanal de una persona generosa; aquello es bien poco; el pan escasea a diario en el cristiano hogar; viuda desde hace varios años, esta mujer ha sido capaz de educar a sus hijos en las escuelas públicas, de enseñarles la bondad, de hacerlos gente de bien, honrada y cumplidora de sus deberes. Toda su fe, toda la promesa de un porvenir sin hambre las cifraba en su hijo mayor Manuel, un gallardo mozo de 23 años; aquel muchacho todo lo que conseguía era para su madre; hasta cuando en Manizales hacía mandados a los graneros o a los almacenes de los misérrimos estipendios daba para su hogar la mayor parte. En busca de más amplios horizontes Manuel se fue para el Tolima; trabajaba en las intermediaciones del Fresno, cerca a Casabianca; venía con regularidad a ver a su madre y le traía buena parte de sus jornales y los víveres que lograba conseguir.

Desde el 15 de febrero Delia no tenía noticias suyas; lo esperaba todos los días; a cada amanecer el nombre del hijo era en sus labios una plegaria; hace unas dos semanas tuvo una noticia vaga; su muchacho había sido herido y estaba en un hospital lejano; cuando trabajaba

en la siembra los bandoleros que asaltaron la finca al no hallar al patrón se entretuvieron disparando sobre los indefensos peones; Manuel había recibido cuatro balazos. Delia de Puerta sintió que el cielo se derrumbaba sobre su cabeza; fue como si pasara por su alma uno de esos ciclones del Caribe de pintorescos nombres femeninos. No pensó sino en irse de cualquier modo, en llegar hasta el lecho de su hijo, para compartir con él su amargura y su dolor. Vecinos caritativos le proporcionaron unos cuantos pesos y Delia fue hasta Padua; allí la dejó el bus; vagó por todos aquellos sitios con una angustia que le horadaba el alma como un dardo. Todo lo que logró saber tras prolijas averiguaciones fue que Manuel había muerto en cualquier hospital improvisado, que la había llamado en las alucinaciones de la fiebre con una voz quebrada de niño desamparado; no pudieron decirle siquiera en qué sitio había quedado enterrado; ni supo de sus pequeños haberes, ni halló más que la perspectiva desoladora de su tremenda tragedia. Y Delia de Puerta regresó humilde y triste y más silenciosa que nunca.

Así están cayendo a diario los campesinos colombianos; así, por nada, están siendo sacrificados a las oscuras deidades del rencor; los surcos son abonados con sangre; las espigas tendrán un sabor amargo y al paso de los bandidos crueles temblarán de espanto las labranzas. Manuel Puerta ha sido un nombre más que hemos leído de prisa en las informaciones de los periódicos. Pero así como la tragedia es esta mujer buena y sufrida que se ha quedado hoy en más vasto desamparo, es la tragedia de todas las madres colombianas cuyos hijos han sido

frágiles juncos abatidos por la tempestad del plomo homicida.

Solo que cuando vemos de cerca un dolor como este nos damos cuenta de lo que está padeciendo la patria, de la necesidad inaplazable de aislar a los violentos, de todo el espanto y la congoja que se ocultan tras esas listas de campesinos muertos por las cuales pasamos los ojos a la ligera para seguir buscando las frivolidades de las notas de sociedad.

Los viajes de antaño



Quienes viajan ahora en estas lindas máquinas voladoras, bizarramente acomodados en los asientos resortados, con dos tapones de algodón en los oídos, mascando chicles y llevando por allá escondido su poquitín de miedo ante el azar de dominar el espacio, no deben de haber olvidado lo que eran esos viajes de días y días por los caminos de Antioquia y de Caldas, que para eso de barrizales y de trochas absurdas sí han marchado paralelas, con una fraternidad ejemplar, las dos ricas secciones de la patria; ni puede dejar de evocar esas jornadas el ciudadano que va en tren bien peripuesto y cómodo, comprando fruslerías en todas las estaciones, iniciando fugaces idilios con las lindas compañeras ocasionales, leyendo las últimas noticias frívolas de Hollywood o dejando vagar el pensamiento tras de la anillada muselina azul del humo del cigarrillo americano. No logramos desterrar de la memoria esas ocho o nueve leguas diarias sobre el lomo de la mula parsimoniosa que antes de aventurar el precavido casco herrado, oteaba el pantano acechante moviendo dubitativamente las finas orejas, cuando vamos a ochenta kilómetros por estas imprevistas rampas andinas recostados con orgulloso desdén sobre los cojines futuristas del automóvil, que pare-

ce una bobina desenvolviendo la cinta de la carretera o un animal mitológico que va aplastando gallinas bajo la llanta déspota y llenando de música bárbara el paisaje con la estridencia de sus bocinas.

Yo no he podido explicarme nunca por qué los fundadores de pueblos, los que sometieron la selva brava, trazaron siempre los caminos de filo a filo de una manera tan arbitraria y tan ilógica; en lugar de orillar las montañas, bordear los desfiladeros, buscar las depresiones suaves del terreno, se iban en línea recta a la cima y ya en ella, sin más preámbulo, descendían verticales el cañón ardiente por donde corren vociferantes los ríos maternos; quizás los guiaba su afán de conquista y les interesaba subir a una punta de montaña para abarcar con la mirada, en osado gesto de posesión, el paisaje circundante; pero como de cada altura divisaban otra igual, pues adelante, nada de rodeos, derecho, por un camino de tirabuzón hacia el abismo para ascender por la pared opuesta a humillar bajo la planta aventurera el picacho arropado en roto pañolón de nieblas.

Esos encajonamientos profundos de la cordillera por donde corren El Arma y El Buey, entre Aguadas y Santa Bárbara, me dan a mí la idea de un fabuloso cofre abierto, un cofre donde la montaña guarda sus trajes de fiesta, los pañuelos de cretona estampada de los tabacales, de los cañamelares y los cafetales, la cinta color de plata oxidada de los ríos, la juguetería de los ranchos pintorescos y la golosina fragante de los trapiches.

Un viaje de Manizales a Medellín por la ruta del Norte, cruzando Neira, Aranzazu, Salamina, Pácora,

Aguadas, Santa Bárbara, Caldas, para llegar al fin a la remota capital antioqueña, con chicos y en invierno, era empresa seria que gastaba sus seis días bien trajinados y sufridos; los pequeños, en sus silletas abullonadas de cobertores y almohadas para suavizar el filo agresivo de la varilla de guadua o la superficie martirizante de la tabla de pino, cubiertos con el toldo de la sábana, tenían un aspecto resignado y tonto de pájaro recién enjaulado; se dormían a ratos; levantaban el extremo de la cortina blanca para mirar indiferentes el paisaje de montaña, se sublevaban en ocasiones y enderezándose entre la prisión de los cajones se entretenían en quitarle el sombrero o tirarle la greña rebelde a la sufrida cabalgadura que por 10 o 12 pesos se comprometía a llevar a la espalda el tesoro del hogar en tremendas jornadas agotadoras y en los entreactos de la comedia lloraban con obstinada inconformidad.

Por supuesto que los pobres chicos despertaban más de una vez de su sueño inocente, volcados aparatosamente sobre el barrizal o golpeados contra las barandas elementales de la silleta al resbalar en el canalón profundo el pie calzado con alpargatas del peón carguero, y como protesta, ejerciendo quizás el inconsciente derecho de huelga chillona, invariablemente al pasar por los pueblos pregonaban, sin un asomo de discreción, el hambre y el cansancio, cuando el jefe de la familia saludaba en la plaza del poblado a la primera autoridad municipal —relievada del resto de sus conciudadanos con el distintivo del bastón de ascendencia virreinal y que hacía exclamar a cierto paisa ingenuo que lo que más le había

llamado la atención en su paseo a Bogotá era ese mundo de alcaldes— o informaba de las peripecias del viaje a los antiguos conocidos.

No quedaba ni el recurso de hacer adelantar a los peones porque el primero de los pequeños que asomaba el ojo pícaro por un resquicio del toldillo, al notar la ausencia de los papás daba el chillido que alertaba a los demás y a poco era aquello una sinfonía en tonos agudos que hacía asomar a las puertas de las tiendas y a los balcones de las casas, las caras curiosas o compasivas del vecindario, entre los reniegos de los terciadores y el bamboleo de las silletas sobre la espaldas mercenarias y fatigadas.

Las posadas eran lo más pintoresco de aquellos viajes. No han sentido nunca los musulmanes que acuden a la ciudad sagrada que meció la cuna de Mahoma, cumpliendo el precepto que ordena a los creyente visitarla siquiera una vez en la vida, al divisar las cúpulas taraceadas de sus mezquitas, la emoción que se experimentaba al ver erguirse en el recodo del camino la casona de modesta arquitectura de San Pablo, La Margarita, Pito, Las Campanas, Corinto, etc. Cómo eran de agradables aquellas veladas, conversando de las cosechas y de los ganados y de las cosas humildes con los campesinos, en la cocina de piso de tierra o de ladrillo, al reflejo alegre de la candela que destacaba en la penumbra el perfil de los contertulios iluminado en tonos de cobre como en un cuadro de Goya, o trizaba el chisporroteo de los tizones en el cristal negro y blanco de los ojos de las chicas montañeras o en el marfil de agresiva blancura de sus

dientes parejos como los granos de las mazorcas, y el hervir ruidoso de las ollas suspendidas con alambre de la viga negra de hollín sobre el fogón de piedras calcinadas en cuyo rescoldo ardiente formaban pequeñas dunas las arepas de chócolo que se asaban enterradas, entre su envoltura de hojas de plátano.

Y cómo se quedaron para siempre en la memoria aquellas noches pasadas entre las sábanas de lienzo almidonadas con exceso, olorosas a yerbabuena, en la alcoba donde se encendía a veces el chispazo de un cocuyo trasnochador, oyendo la música infantil del viento en los árboles, el sonar discordante de las ranas, la unánime estridencia de los grillos o el monótono golpear asordinado del aguacero en los tejados.

Y ese despertar brusco cuando ya el amanecer taponaba las rendijas de la alcoba con el celuloide azul de la mañana lavada por la lluvia pertinaz de la noche, entre el barullo de los chicos y los reniegos de los arrieros que buscaban en vano por lomas y cañadas la mula rebelde, esa que aprovechando el portillo de la cerca quiso reconquistar la libertad y que quizá oía mientras gustaba la yerba jugosa la granizada de vocablos rotundos de los arrieros que hacían contra ella detonante juego verbal con los apelativos denigrantes que consagra para tales ocasiones el diccionario de la lengua, y el aparejar de las cabalgaduras en el patio remendando con cabuya las correas reventadas de los estribos, cosiendo las cinchas rotas con las agujas capoteras enhebradas en pita que llevaban previsivos los peones prendidas al arremangado de las gorras guerrilleras, costumbre que es a mi modo

personalísimo de ver, el único punto bien definido de contacto que tenemos con el pueblo mexicano, y el acomodar de los pequeños en sus literas primordiales, cuñados con termos y botellas y envoltorios, mientras la dueña de la posada servía el chocolate del desayuno en las tazas esmaltadas a las cuales montaban la guardia la arepa de mote y la tajada de queso, y a trajinar de nuevo por entre el barrizal, sufriendo el chapoteo de las bestias en el camino que parecía un tedioso río de pantano que nos salpicaba y nos enmugraba y nos hermanaba a los primeros kilómetros con los arrieros bajo el unánime vestido nivelador del barro.

A veces el asunto se volvía serio; el camino real se tornaba perfectamente intransitable y no había más remedio que abandonar las cabalgaduras y cruzar a cuatro pies bajo la cerca de alambre buscando el atajo, el sendero trazado por las pisadas de los viajeros en la manga, orillando los lodazales profundos por donde los peones luchaban apostrofando las bestias que sin el estorbo del jinete lograban salir victoriosas en su batalla con los canalones líquidos, pero reventadas las grupas de los avíos, zafados los estribos o ausente el freno.

Pero no todo era combate sin gloria con el agua y el lodo; estos viajes también tenían mucho de pintoresco y nos dieron mejor que los libros, nociones exactas de la patria, conocimientos geográficos, lecciones sobre la flora, la fauna, la climatología, las bellezas de la naturaleza, el asombro ante los paisajes de la montaña, el amor a la tierra materna que no se aprende en las páginas de los textos escolares; las familias antioqueñas que cruza-

ron durante años estas rutas fueron las iniciadoras de las instituciones de *boyscouts*.

Cómo escuchábamos alelados los mayorcitos las disertaciones de los papás sobre los cultivos de las diversas zonas; cómo era esa emoción ante las cascadas de El Cardal que vuelcan su cristalería sonora sobre la desnudez negra de la roca cortada verticalmente, y esa admiración ante la formación geológica de las montañas cuyo esplendor velaban los telones de la niebla viajera y a cuyas testas ponía a veces el arco iris una balaca infantil.

Y esa reverberación del calor en los cañones del Arma y del Buey, esa atmósfera de horno que embota la sensibilidad en la marcha fatigante y concentra todos los resortes de la voluntad en el anhelo trivial de hallar pronto el vaso de guarapo, la pulpa fresca de la papaya o el ambarino milagro de la cerveza que nos redime de la guillotina de la sed. El aire de aquellas hondonadas cálidas en un día solar tiene el acerado fulgor de una piedra fina rayada como con un punzón por la obsesionante estridencia de las cigarras; el camino plano se desenvuelve entre una doble hilera de ciruelos frutecidos cuyos gajos de oro pintados de rojo se alcanzan desde la cabalgadura con solo levantar el brazo; las casas de las haciendas con sus corredores que tienen marquesinas de bellísimas veraneras, que convidan al descanso sobre las sillas de tijera provocadoras como una invitación a la ociosidad; los totumos agobiados de balones de esmeralda, la vegetación descontrolada, de tonos violentos, los písamos empenachados de púrpura, los gualandayes que se visten de seda cardenalicia, los ríos estrepitosos que escupen

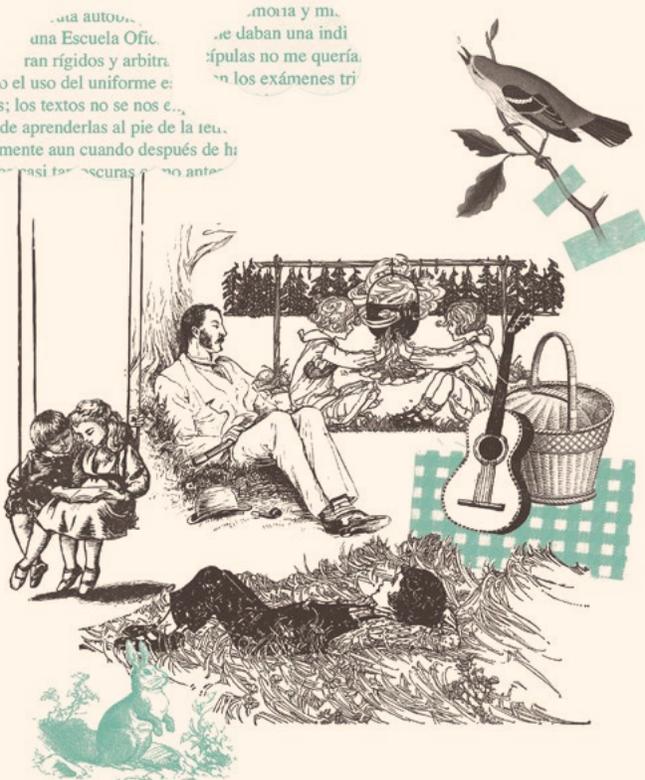
su soberbia contra los puentes con que el hombre burla su poderío, los ganados que emergen dentro del edredón mullido de los potreros, todo ese conjunto inolvidable se nos queda grabado en la retina con una perfección nimia de detalles y coloridos y es a través de la vida renovado motivo de inspiración.

Más tarde olvidamos ese cuadrado sofocante de la silleta cuya sábana había que empapar en los ríos para evitar una insolación a los chicos, ese alzar de sus manitas suplicantes que nos recordaba esas estampas del purgatorio donde las ánimas de los fieles ni se despeinan ni se chamuscan entre las llamas de bermellón, y evocamos con placer esas noches de las posadas, a la luz de la vela de sebo, escuchando esas leyendas de espantos y de tesoros enterrados que narraban los peones, ante el paisaje oloroso a molienda, noches espolvoreadas de cocuyos como artistas de cine ceñidas en mantones castizos puntuados de lentejuelas.

Y es bueno ahora cuando vamos de Santágueda a Medellín en 30 minutos, vestidos de etiqueta, entre la caja níquelada del avión, dedicar estas páginas a los viajes de antaño por los caminos en espiral que desde la nave aérea son como las cicatrices de la montaña.



...una auto...
...una Escuela Ofic...
...ran rígidos y arbitra...
...o el uso del uniforme e...
...as; los textos no se nos e...
...mos de aprenderlas al pie de la letu...
...stonamente aun cuando después de hi...
...asi tan oscuras como antea...



Los paseos al campo



Haré por el camino del recuerdo el recorrido emocionado que nos lleve hasta aquellos paseos de antaño, tan comentados y charlados y musicalizados por el tiple bohemio y la guitarra torera que adornaba sus caderas sonoras con calcomanías de flores y pajaritos. En el hogar se conversaba desde ocho días antes lo del paseo que casi siempre era a las Minitas, a Malabar o a Morrogacho; se convidaban las amigas y amigos de más confianza y teniendo en cuenta que no se fuera a deslizar entre las invitaciones verbales que eran más cordiales y menos costosas que estas de ahora en papel de algodón y con linda letra gótica, el nombre de algún insigne lagarto, porque esa sí ha sido planta que se extiende como verdolaga en playa bajo todos los climas y latitudes, lo mismo en la inclemencia solar de las llanuras tórridas que en las mesetas andinas que espolvorea el vidrio molido de la escarcha, y se fijaba amistosamente la calidad y cuantía del aporte en comestibles con que cada cual había de contribuir para hacer del almuerzo bajo la paz eglógica de los árboles, frente al paisaje de tarjeta postal, una reminiscencia de las bodas de Camacho; se llevaban todos los niños, hasta el chiquitín de brazos, pelón y rosado como la carne de los duraznos y al cual acostaban a

dormir sobre crujiente lecho de hojas secas bajo la carpa exigua del paraguas, bien envuelto en el cobertor de listas a manera de un gran cigarro y entregado indefenso al asalto de los cucarrones y a la invasión de las hormigas que le puntuaban de negro la cara regordeta creyendo quizás que caminaban sobre una rosa; pero así y todo, el pequeñín se dormía como con cloroformo, rendido de pasar de brazo en brazo durante los 6 o 7 kilómetros de recorrido, fuera de haber sufrido más de una aparatosa caída sin más consecuencia que el chillido cuando el vehículo de transporte era uno de los hermanos pequeños, en estas bíblicas familias antioqueñas, que cuando se reúnen, se asemejan a un mitin o a una procesión.

Las señoras y las muchachas iban ataviadas con vestidos sencillos, de olandes claros, primaverales y alegres; no había en ese entonces necesidad de que los zapatos y el sombrero armonizaran con el traje, no se vivía pendiente de los tonos, de las medias tintas, ni el matiz café se llamaba beige ni el rojo marrón; había menos literatura pero más ingenua alegría; sobre las cabezas onduladas por la naturaleza y oxigenadas por el sol, las jóvenes llevaban capelinas triviales de infantil hechura y las matronas cubrían los hombros airosos con el chal de jersey de largos flecos decorativos, tan manolesco y castizo.

Qué fiesta del ingenio eran aquellos paseos; el humorismo desbordaba del vaso de las frase como un vermouth picante; en muchos de ellos, se iniciaron cantares de idilio, se trazaron entre el chiste fino y el piropo versallesco los planos de nuevos hogares, se abrieron al amor de la

candelada, atizada por manos suaves y por manos viriles, caminos de ilusión hacia el porvenir.

Los chicos íbamos descalzos; no había riesgo de que nos dejaran exponer a los azares del paseo los zapatos domingueros; contra cuántas de esas piedras que desmenuzó la trituradora y niveló el cemento se trizaron nuestras pobres uñas indefensas. Francamente, que a los pequeños en aquellas caminatas se nos aplicaba la ley del embudo; en ese entonces, felices ante la perspectiva luminosa del día sin colegio, frente al campo de jugoso esplendor, no notábamos la injusticia, pero nosotros teníamos que cargar al chiquito y entretenerlo si lloraba, llevar las innumerables cestas con el fiambre, acarrear el agua de la quebrada para hacer el chocolate, recoger las chamizas para prender candela, ensayar el columpio para probar lo fuerte del nudo; por supuesto que, en la demostración, a veces el lazo se corría y fue nuestro centro de gravedad el que confirmó plenamente las teorías de Newton, y lo peor de todo era que a la hora del reparo nos daban invariablemente un ala: aquellas gallinas parecían tener más alas que un coro de arcángeles.

Y cómo era de tardo para hervir aquel chocolate en el fogón elemental de tres piedras donde la chocolatera se erguía entre un erizamiento de tizones humeantes como un artefacto guerrero sobre un nido de bayonetas; grandes y chicos hundían las miradas indagadoras escrutando la superficie tornasolada en espera del borbotón alegre que reventaba como marea impetuosa que, si no se acudía a prisa, desbordaba sobre los chamizos encendidos, apagando entre un chirrido áspero la candela que

era cifra de tanto esfuerzo y tanta pupila llorosa y tanto soplar a ras de tierra.

Las más de las veces aquel chocolate quedaba sabiendo a humo, pero para los paseantes, en esa luminosa cordialidad, tenía un gusto que buscamos hoy en vano en los más exquisitos cocteles. Sobre la ruana de paño tendida bajo los árboles que filtraban por entre el encaje de las ramas áureas monedas solares, los viejos jugaban tresillo, ese juego aristocrático que tiene su argot especial, su lenguaje cabalístico para los profanos y que requiere una admirable discreción y un claro talento; yo creo que una de las más refinadas satisfacciones que tiene la vida es llevarse un CHIPOLO de esos de difícil carteo, con una VIUDA rica y un PLATO grande, sor-tear la escollera de una CONTRABOLA o ganarse un SOLO por endoso.

La gente joven jugaba de penas, aquellas de mi guitarrita, mi guitarrón y de La Habana ha venido un barco. Las penas eran a veces algo tan ilógico y absurdo como darle un beso a la suegra, tirarle las narices a la novia, hacer de espejo para que alguno de los jugadores se plantara delante a sacar la lengua, a torcer los ojos o hacer visajes como los payasos de circo; cuando se trataba de aquello de un favor y de un desfavor el asunto se prestaba para decir agrias verdades con sonrisa inocente y una perfecta irresponsabilidad: —Me gusta porque tiene plata, pero me choca por fea. —Me gusta porque es muy simpático pero me choca por maquetas. Casi siempre la rosa ocultaba entre sus sedas el alfiler como si fuera una mínima banderilla.

Aquel almuerzo servido en hojas de congo, con sus yucas algodónadas y sus papas doradas, con sus presas de gallina enmarcadas en la nieve crespada del arroz y adornadas con los estilizados margaritones de los huevos duros partidos en rodajas, con la rosada frescura del salmón o la plata cromada de las sardinas, era mil veces superior a los estirados banquetes suntuosos de hoy en donde abunda el instrumental niquelado cuyo empleo a veces ignoramos y se piensa al ver el colorido de las viandas contagiadas del afán de pintura que nos caracteriza, que en lugar de manjares se ha servido en los platos raspadura de arco iris.

En ocasiones, en lo más interesante del festival campesino, desataban las nubes sus collares líquidos y era de verse la desbandada ruidosa en busca del cobertizo protector o del macizo de árboles que defendiera a las muchachas del aguacero truhan y artista, empeñado en modelar esbeltos con la complicidad de los olanes empapados. El regreso se hacía al son de los cantares románticos entonados a coro, izando al extremo de las sombrillas las cestas vacías, prendiendo a los cabellos y a las solapas las flores humildes de los senderos, buscando con las pupilas deslumbradas por la pirotecnia del ocaso la luciérnaga azul de la primera estrella.

Hoy los paseos solo están al alcance de las familias ricas; son reuniones ceremoniosas y artificiales; hay que ir en carro porque a pie resulta muy democrático y campesino; el traje, el sombrero, los zapatos, las medias, las sombrillas, el barniz de la uñas, todo tiene que estar muy ajustado a los severos cánones de la moda; el equipo que

una chica requiere para no ir de parche a un paseo actual cuesta casi tanto como un ajuar de novia, las viandas se sirven con una parca elegancia, pero en cambio el whisky, el ron y los vinos se reparten con prodigalidad; a las primeras de cambio los más correctos caballeros pierden el control y el chiste atrevido y el piropo insulso cabrillean con fulgor de piedra falsa. Los chicos se dejan en casa para que no estorben y dejen a la mamá bailar tranquila esos bailes modernos que parecen pisando sobre puntas de vidrio o sacándole el cuerpo a las hormigas bravas. No importa que la niñera los deje llorar a grito prolongado mientras se maquilla en el tocador de la señora o le clava miradas a lo Greta al policía de turno, sacando apenas el tiempo indispensable para entrar a encimarles un pellizco torcido.

Se busca una casa donde haya modo de instalar cantina y de fabricar un andamio para trepar la orquesta a COMETER tangos y rumbas; hay que estar bajo techo huyéndole al sol que enciende rosas en la cara y da toques morenos al marfil de los brazos; se juega al bridge que es un cosa que no entienden los mirones ni tampoco los jugadores; los que no bailan se entretienen recostados a los barandales o en el claro de las puertas criticando a cuanto bailarín pasa a su lado o haciendo gracejos crueles a costa de las obesas matronas que se asfixian entre la faja de caucho en un afán irrealizable por recuperar la línea, y se regresa temprano porque ya hay muchos de los paseantes con síntomas del diario ataque de neurastenia, muchos enfermos de SPLEEN que a la postre resulta apenas un guayabo mediocre.

Y a pasar la semana entera hablando del hambre que se aguantó, de lo mal vestidas de algunas, de la pelea que se quedó casada en más de un hogar, de lo confianzudo de algún aprendiz de Casanova y de que eso de los paseos de antaño era una simpleza y una insigne montañerada; que no hay nada como este progreso y esta dicha y esto tan distinguido.

Las navidades de antaño



Es más brillante ahora la fiesta de Navidad; la hemos llenado de complicaciones y de lujo; hemos mezclado lo místico y lo profano con una alegre despreocupación; no tenemos ningún inconveniente en acompañar los villancicos con el son de las canciones modernas de una estrepitosa mediocridad. Antiguamente todos creíamos con una inocencia conmovedora que de verdad era el Niño Dios el que en la dulce noche tradicional se entraba por la ventana y sigilosamente nos ponía bajo la almohada unos regalos tan parcos y tan simples que el solo recordarlos ahora nos trae a los labios la sonrisa y a los ojos una humedad de lágrimas; nuestros padres no hacían mayores recortes al presupuesto hogareño para comprarnos costosas fruslerías; en cambio, en los manjares de nochebuena sí no economizaban las mamás; la natilla era legítima, de puro maíz blanco cuya molida ocupaba a toda la familia; la pasaban y la repasaban hasta la exageración; se empleaban coladores de totuma y cedazos de fina crin fabricados en Pasto; era de rigor secar al sol las bandejas y los platos de gruesa loza floreada antes de echar en ellos la natilla fragante y temblorosa que era una incitación a la gula; nadie se mortificaba porque en la cocina, en las mesas, en los

aparadores se hicieran regueros y todo quedara como después de una nevada. Los buñuelos se apilaban como doradas esferas cuya fragancia llenaba toda la casa; en ese entonces no se desnataban los quesos ni la harina se compraba por libras; el maíz capio se molía varias veces hasta pulverizarlo como un polvo de tocador; primero se pasaba por el cedazo y luego por un lienzo fino; aquello quedaba tan sutil, tan puro, tan aéreo que se volvía como un poco de niebla entre las manos; las hojuelas tenían una transparencia de porcelana dorada al fuego; aquellos viejos arcones del comedor eran la realización de un sueño para la chiquillería; la gota isócrona de la tinaja del filtro de barro era como una música elemental que acompasaba aquellas comidas exquisitas, con aromas de azahar, de canela, de clavos de especia, de miel de trapiche traída en tarros de guadua y que conservaba toda la frescura y la alegría y el ajetreo de las moliendas.

Aún no se había dado carta de colombianismo a la costumbre forastera del árbol de Navidad; en ningún hogar se levantaba el pino artificial lleno de bombas de colores, de lindas flores de cristal, de cromados frutos de baquelita. Lo que sí se hacía en todas las casas era el pesebre; por demás modesto y sencillo este pueblo que fabricábamos de manera ilógica y arbitraria; lo llenábamos de helechos y laguitos de espejos en cuya onda quieta poníamos a navegar unos patos de celuloide más grandes que los árboles de las orillas; hacíamos unas cascadas de algodón que tenían que salir de la propia puerta del rancho de paja en donde el Niño Dios era como un lirio caído de la cesta del alba; las casitas las manufacturábamos con

cartón y les poníamos de entejado los papeles acanalados que traían los frascos de la emulsión de Scott; no llegamos a soñar en estas casas de ahora hechas en serie con ventanales de vidrio y cercas de plástico y jardines con una florescencia de nylon y de argento.

Nuestro pesebre era pobre y quizás más ceñido a la verdad histórica que estos de ahora mecanizados y florecidos de luz eléctrica; nosotros los alumbrábamos con baratas velas de esperma pegadas en tablas o habilitando de candelabros los frascos vacíos y los pocillos desportillados; muchas veces se presentaron incendios en nuestras aldeítas elementales hechas de papel y de paja. Recordar todo aquello tan simple y tan lleno de poesía nos trae al alma una dulzura de nostalgia. Y los aguinaldos de antaño eran toda una fiesta que ha sido proscrita por esta civilización del átomo y de los cohetes interestelares; en aquellos tiempos los novios se disfrazaban, se escondían, saltaban tapias, sobornaban al servicio doméstico, buscaban la complicidad de los parientes, trajinaban por zarzos y sótanos, para sorprender con el grito gozoso y súbito de: Aguinaldo, Aguinaldo, a la novia desprevénida que se quedaba suspensa por el asombro, con la boca abierta y sin acertar a decir palabra; aquellas dulces tonterías del hablar y no contestar, de pajita en boca, del sí y el no y de otras simplezas por el estilo se han olvidado y perdido en esta marea de lujo, de derroche y de compromisos que se ha vuelto la Navidad. Por eso es bueno recordar brevemente aquellas nochebuenas de antaño que se van desdibujando en la memoria como los retratos en sepia de los abuelos.

Blanca...



Jorge Eliecer Gaitán



Conocí a Jorge Eliecer Gaitán en la última semana del año de 1931, en el Hotel Lusitania de Ibagué, en mi primera visita a Bogotá. Iniciaba una de sus giras políticas por el Occidente, y las informaciones que sobre los problemas y las modalidades del pueblo caldense le daba Jaramillo Meza, entregado en ese entonces al periodismo de combate, embargaron inmediatamente su atención. A lo largo de aquella charla de sobremesa, hablamos de muchas cosas; Gaitán estaba eufórico, confiado, seguro de realizar la plenitud de sus ideales de conquistista; su verbo socavaba como una piqueta los prestigios que empezaban a derrumbarse. Debí hacer un feliz contraste mi palabra tocada de romanticismo con su voz adiestrada para la tormenta. Su ancha risa daba la sensación del triunfo. A mí me parecía adivinar sobre sus sienes ardidas por los violentos soles llaneros, el trazo duro del laurel.

Más tarde me tocó conversar de nuevo con él en Manizales, cuando se verificaban las célebres audiencias de Belisario Rodríguez. Recuerdo que en torno a aquel oscuro crimen pasional, Gaitán hizo quizás las más bellas páginas de su carrera de penalista. Era tal el poder de su dialéctica, la fuerza avasalladora de su argumen-

tación, la brillantez de las metáforas, la estructura como de granito y de bronce de los periodos de la defensa, que se presentó un hecho insólito a la terminación de las audiencias: el auditorio –compuesto de graves señores, de matronas puritanas, de muchachas de exquisita sensibilidad, de austeros padres de familia que pedían antes indignados la cabeza del acusado, embrujados por la magia de aquellas palabras, arrebatados por la onda sonora de aquella elocuencia– gritó abajos al Jurado cuando dio su veredicto condenatorio, a pesar de que puso en él todos los atenuantes que permitió la ley.

Para las mujeres que asistían al desarrollo del proceso, Rodríguez se volvió un personaje de leyenda, un héroe romántico que desde la cárcel enviaba flores a la tumba de la dulce muchacha sacrificada, que tenía junto a su cama el retrato de la novia de grandes ojos tristes, que pasaba las largas noches en vela montando guardia de dolor ante su recuerdo.

La palabra de Gaitán magnificaba la figura mediocre del acusado. Nos estábamos sin sentir cansancio ni incomodidad en el Teatro Manizales, convertido en sala de audiencias, desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde. A la salida de una de las sesiones le dije al defensor:

– Doctor Gaitán, esconda usted a Belisario; se lo van a condenar; mientras usted hace tan altas frases en torno a su congoja, él, despreocupadamente fuma cigarrillo, hace carrizo, se cree un conquistador y coquetea con todas las muchachas. Le hizo mucha gracia mi observación y ya no volvimos a ver en el escenario a Rodríguez.

Había en la oratoria de Gaitán algo extraño y definitivo; la frase podía ser trivial, común, desprovista de ropajes retóricos, pero hasta los hombres más cultos, los escritores, los poetas, sufrían la fascinación de sus palabras, y en las plazas públicas o frente a los radios que por todos los ámbitos de la patria difundían sus cláusulas candentes, se quedaban suspensos de su voz, inmóviles y sobrecogidos de emoción como cuando se presiente la llegada de las cuadrigas de la tempestad. Esa voz prendía escarapelas revolucionarias al raso augusto de las banderas. Esa voz era como un juego de metales. Unas veces el golpe estaba asordinado como si se diera sobre un acero forrado en seda; otras, era seco y ardiente como una clarinada en el tope del alba guerrera. Aquel acento tenía la vibración escalofriante de las campanas que tocan a rebato bajo la noche cruzada de alucinaciones; era como un chocar de espadas o como un galope de potros conquistadores por las escalinatas de piedra de la historia.

En su boca, sellada por el designio oscuro de la fatalidad, esa voz magnífica se apagó como una llama que ardiera en el propio corazón de la patria; en su garganta de tribuno popular se fundían como en un caldero todos los metales de la emoción; desde el bronce áspero de la arenga hasta el oro puro de la confidencia; desde el hierro que bien sirviera para forjar la lanza beligerante hasta la plata que repujara de encajes la severidad del friso helénico. Esa voz troquelada en el troquel del patriotismo, era el dique de acero que frenaba la cólera ciega de la multitud; estructurada en un alto concepto

colombianista, su palabra se alzaba como un acantilado contra el cual se rompía sumisa la onda oscura de la inquietud popular; pastor de tempestades él solo podía manejar a su antojo la tormenta.

Su muerte pareció por un momento desquiciar las bases mismas de la nacionalidad; fue como si un huracán de tragedia pasara sobre el orgullo santo de las banderas, como si en la mitad del día llegara de súbito la noche aciaga de la locura.

El nombre de Jorge Eliécer Gaitán quedará siempre como un motivo en bronce y dolor sobre el escudo de la patria.

El fin del mundo



Aunque es de celebrar el que no se hubiera cumplido el pronóstico de los astrólogos y profetas hindúes sobre el fin del mundo, me ha dado pesar de estos santones que perdieron su prestigio y tuvieron que huir para librarse de la cólera de las multitudes que habían pasado horas y horas en oración ante sus dioses penates, que se habían sumergido en las heladas aguas del Ganges y habían quemado resinas balsámicas en los pebeteros como ofrenda a sus divinidades enigmáticas, de gesto duro y expresión hostil; en los noticieros televisados los vimos agrupados alrededor del fuego simbólico entonando plegarias monótonas; por toda la India desataron las cuadrigas del miedo; la conjunción de los planetas fue considerada como una conspiración cósmica contra nuestro mundo desprevenido y convulsionado. Cuando nada pasó el 5 de febrero, cuando las tremendas advertencias se diluyeron ante la sonrisa incrédula de la humanidad que no puso ninguna atención al suceso que se verificaba a millones de kilómetros de distancia, los actuales profetas hindúes dijeron tranquilamente que por sus plegarias y sus sacrificios podíamos continuar viviendo algunos años más en este mundo que aparece apenas como un punto insignificante en la inmensidad

alucinante de los mapas celestiales. Según ellos debemos estarles muy agradecidos; la quiebra de su fama científica ha sido un beneficio para todos.

Y estos pronósticos sobre el fin del mundo me han traído a la memoria el nombre de un personaje original que no conocí pero del cual oí contar a mi padre deliciosas anécdotas; era un lejano pariente suyo; vivía en Aguadas y se llamaba don Juancho Isaza; era un hombre fuerte y sencillo; tenía de sus antepasados vascos la tenacidad y la franqueza; como diplomático hubiera sido un fracaso; él no conocía los tonos medios, los esguinces idiomáticos, la curva del protocolo. Afrontaba los problemas sentimentales de sus hijos de una manera directa, pintoresca, sin eufemismos ni contemporizaciones. Sus muchachas eran lindas, suaves, de corazón iluminado por la bondad. Un día llegó un pretendiente a pedirle al viejo la mano de una de sus hijas; lo oyó pacientemente, meditó un poco y luego de dijo con absoluta determinación: –Mira, esa muchachita no te la doy; ella es la que me lleva las cuentas del “Higuerón”; yo no sé de números y esa me hace mucha falta en la casa; escoge cualquiera de las otras y así no me perjudicas.

Lo original del caso fue que el novio hizo lo que el viejo le decía y se casó con otra de las chicas.

En otra ocasión fue más drástico aún; una de sus hijas menores tenía un pretendiente que no se decidía al matrimonio; aquel noviazgo llevaba ya como cuatro años; como en ese entonces eran tan simples las costumbres hogareñas en todas las casas se servía la comida a más tardar a las cinco de la tarde y ya por la noche se

ofrecía lo que se llamaba “la merienda”; chocolate con su acompañamiento de bizcochos o de buñuelos; el novio de la chica era definitivamente puntual para las visitas nocturnas; no faltaba nunca. Don Juancho se aburría de verdad con la asiduidad del visitante; ni una palabra de matrimonio, pero una constancia para ir a ver la novia que ya tenía al viejo como sobre ascuas; hasta que llegó un día en que le hizo una cita formal al pretendiente; cuando lo tuvo delante, ansioso de lo que el presunto suegro tenía que decirle a esa hora exacta de la entrevista que le había solicitado, oyó lo que nunca él se imaginara: –Bueno, mi amigo, lo he llamado para decirle que esto se tiene que aclarar; usted resuelva: o se casa con la muchacha o me paga los chocolates; me debe los de cuatro años. No sé qué haría el galán ente el estupendo desplante.

Así como ahora en la India, al llegar el año mil se hicieron toda clase de pronósticos sobre el fin del mundo. Hasta Aguadas llegaban las noticias. No había casi periódicos pero sin saberse por qué conductos se sabía que el final del siglo traería la extinción de la humanidad; no se hablaba de otra cosa; se afirmaba que en Europa las gentes habían visto cruzar bolas de fuego por el cielo, que abundaban los terremotos y las catástrofes, que era el cumplimiento de las profecías; las gentes legaban sus bienes a las Iglesias; todos se preparaban para la final rendición de cuentas ante el Creador; los eruditos en asuntos bíblicos se afanaban por interpretar los tremendos capítulos del Apocalipsis. En la casa de don Juancho también el miedo entró en vigencia; las lamparillas de

aceite eran una súplica perenne ante los santos familiares; las hijas enmudecían de angustia ante la inminencia del desastre; se rezaba en voz alta el rosario y se escrutaba ansiosamente el firmamento. Hasta que un día el viejo encontró la solución y dijo olímpicamente sereno a las muchachas atemorizadas: –No sean bobas, hijas, no recen más que si se acaba el mundo nos vamos pal Higuerón...





Sonora.
 Juan Baez
 de 1818, é
 1820.
 1825.
 por Ylora
 laborador
 vietas del
 dirigido
 Barco, de p.
 columbres.
 SAN SELVA P.
 ROS DE LA M.
 CLON, poeta y rec.
 LIMA DEL LLANO
 DIO DE INVIERNO.
 las 1901. ENTINERAR.
 de. list. Tiene para public.
 BREVES, siete volúmenes de cr.
 AL MARGEN DE LAS HORAS, poemas.
 TOS, CUÁDROS DEL COMUMINAR, Y C.
 SEXUAL y DIVINO por las - del
 El 22 de julio de 1901, en el departamento
 de Abasco, su ciudad nativa, fue cobrado
 de una grieta de un árbol en la casa donde
 nació. Es un poeta de los conductores, por el
 siderio de Edmundo Manzanil con la novela
 "Francisco de Paula González", por el
 del Gobierno, breves, finando por el Preside
 te de la República, doctor Abasco. Libro Ca
 marzo. En septiembre del mismo año, recibió
 de la Asociación de Periodistas de Manzanil,
 la "Medalla del Periodismo".
 Manzanil é finó el 22 de julio de 1901, en
 el departamento de Abasco, con su esposa,
 en una brillante brillante durante las fiestas cen
 tenarias.
 Varios de sus poemas han sido traducidos al
 italiano.

La cruzada de la sonrisa



Una linda y joven amiguita que tiene por costumbre la sonrisa y a flor de labios la palabra amable, me escribe un carta y me manda en ella un recorte de una revista norteamericana en la cual se inicia una campaña contra los modales rudos de las gentes. –Escribe sobre eso, me dice, en estas grandes ciudades ya no se soporta la vida a empujones y el gesto agrio de las personas amarga la existencia. Mi amiga es ingenua; ella piensa que a los que tratamos estos temas se nos hace caso, que alguien va a oírnos y a desarrugar el ceño por nuestra insinuación; no hay tal; ya muchas veces hemos hablado de estos asuntos de la rudeza y de la mala educación de los que más obligados están a ser amables: los conductores de vehículo de servicio público, los empleados de las oficinas, muchos vendedores de los almacenes y buena parte del personal de clínicas y hospitales. No sé por qué el mal genio se ha generalizado; todo el mundo tiene sus problemas y sus preocupaciones pero los demás no son responsables de ello; es tan fácil sonreír, es tan simple decir: gracias, perdone usted, por favor, disculpe; son vocablos triviales pero que muchas veces producen un efecto sedante en los nervios alterados de las gentes.

Si en Nueva York en donde la vida es un vértigo, una loca carrera hacia el éxito o hacia la muerte, en donde hasta los minutos se cotizan en dólares, en todo el rodaje comercial, humano, social, se presenta en los guarismos de las estadísticas y todo esta ceñido a un ascendente ritmo fabril, hay quien se preocupe ya por estos temas tan bellamente inútiles, con mayor razón debe hacerse en nuestras ciudades; si copiamos todo lo que nos viene de afuera, las modas, los peinados, los bailes, los símbolos navideños, la costumbre de mascar chicle, los vocablos en inglés, ¿por qué no damos también carta de colombianismo, pasaporte de inmigración a una campaña por las buenas maneras? Qué maravilloso sería que al subirnos a un bus el conductor no nos viera como a un enemigo y nos diera tiempo para subir o bajar del aparato sin tener que sufrir, fuera de los inevitables empellones, su gesto amargo. Y qué bien quedaría que algunos de ellos tuvieran no solo amabilidad sino hasta un fino sentido del humor; poner una sonrisa sobre la seriedad estudiada o habitual de algunos rostros puede llegar a ser hasta una obra de misericordia.

Yo no podré olvidar nunca la mirada colérica que me dirigió el conductor de un bus cuando una vez me permití hacerle un sutil comentario humorístico; pero no solo la mirada sino las palabras que afortunadamente se quedaron sin salir de su boca sellada por el enojo; era cuando se pagaba al salir; me había tocado hacer todo el recorrido casi sentada sobre un pobre señor indefenso a quien debió hacerle poca gracia el tener que soportar mi pesada humanidad como una cruz insólita sobre sus hombros; cuando me bajé dije al conductor: -Voy a pa-

garle el pasaje a ese sufrido caballero que fue quien me trajo. En lugar de la sonrisa que yo esperaba sus ojos me amenazaron como las bocas de dos fusiles.

Es de justicia confesar que en las ciudades pequeñas se usan aún las buenas maneras que se han perdido por completo en las urbes congestionadas y ruidosas; por estas colinas todavía hay caballeros que ceden el puesto a una dama que no lleva en sus ojos el fuego alegre de la juventud; eso hace doblemente apreciada su galantería; nos quedamos mirando a ese ciudadano como a un espécimen raro condenado a la desaparición entre la marea creciente de la rudeza. Y hay que ver en algunas casas de salud el gesto hostil y la suficiencia de muchos empleados de menor cuantía y de tantas enfermeras que no saben que la sonrisa y la bondad no deben ser solo para los pacientes que están a su cargo sino para sus familiares que se consumen de ansiedad y de congoja en las salas de espera; pasan por nuestro lado sin dignarse mirarnos como si el uniforme les diera una superioridad que está solo a un paso del ridículo. Mientras más humilde sea una persona que tiene que acudir a una oficina pública en solicitud de un dato o en desempeño de alguna diligencia oficial, con mayor atención debe recibírsele; pero hay que convenir en que son una honrosa excepción las gentes amables; los buenos modales tienden a desaparecer; y es triste que a los problemas actuales y a la inquietud del porvenir y a la angustia del instante le sumemos la arruga vertical de la frente. Ya ves, amiga lejana, que te secundo con toda voluntad y a sabiendas de que es inútil en tu amable cruzada por la sonrisa.

Psicología del llanto



No hay cosa que tenga más infinitas variedades y más sutiles matices que el llanto; como la risa, el llanto es lo que más nos diferencia de los animales, lo que nos da una indiscutible superioridad sobre las criaturas inferiores. Hay el llanto frívolo, coqueto, fotogénico de las reinas de belleza; es de buen tono llorar un poco en estas justas de la galantería; las lágrimas que resbalan como gotas de lluvia sobre las mejillas de rosa, son fácil camino para el madrigal, fina esencia del piropo, breve concreción de amorosa inquietud; los ojos quedan más lindos cuando pasa la transitoria angustia que los humedece y los abri-llanta; se llora furtivamente antes de salir al escenario y se llora ya con algo de orgullo cuando se lleva la corona de la gracia y de la belleza sobre las sienas candidas. De todas maneras este llanto es la feliz oportunidad de los fotógrafos, la gloria de las cámaras que lo captan al detalle, el hito que demarca la fugacidad del triunfo o el fracaso dulce de las ilusiones.

Y hay llantos viriles, llantos súbitos, llantos que dejan en las mejillas como una marca de fuego; incontrollables llantos que siguen orgullosamente la respiración de una injusticia o la culminación de un ideal que ennobleció la vida. Hay llantos silenciosos y tremendos; llantos que

hieren como un dardo; llanto de los chiquillos sin madre; llanto de los rapazuelos que ven en las vitrinas de los almacenes los juguetes inalcanzables para su miseria; ese es un llanto precozmente amargo; no el llanto ruidoso y consentido de los niños ricos, sino el llanto de los días sin pan y de las noches cribadas por las cuchillas del frío; el llanto de los desamparos, de los interrogantes, de las comparaciones inexorables, de la incipiente congoja.

Qué panoramas de ansiedad se ven a través de las lágrimas de las despedidas; hay en ellas la incertidumbre del regreso, el temor a lo desconocido, la inquietante intuición de la muerte o del olvido. Y hay otros llantos que nos laceran el alma; cuando los que amamos se van a su país de luceros; cuando ya la palabra se ha roto en sus labios; cuando la mirada amorosa que nos guiaba se cierra contra el muro de sombra de la noche sin término, cuando sentimos que con ellos se va también nuestro corazón y se va la alegría de la infancia y el ensueño de la juventud y la serenidad aún iluminada del otoño. Este es el llanto más hondo y perdurable; el llanto que se queda en el espíritu y gotea siempre como una clepsidra de amargura y fluye como una clara onda de recuerdo.

Y no solo el llanto; hay lágrimas que nunca podremos olvidar, instantes que se quedan fijos en la memoria como tallados a cincel. Yo tengo siempre presente una lágrima que valió más para mi sensibilidad que una violeta de juegos florales. Fue en el presidio, en una fiesta de Nuestra Señora de las Mercedes; cuando hablaba a los reclusos esas cosas sencillas y familiares que no tenían mérito literario sino una total sinceridad, un hombre con una

tremenda cicatriz en la cara, un preso hosco, de huidiza mirada, un jayán moreno se contagió de mi emoción y bruscamente de un puñetazo se enjugó una lágrima; no sé si lo hizo con cólera o con pena, pero a través de esa lágrima yo adiviné la tragedia de aquella vida y vi la parcela campesina abandonada y miserable y el rancho humilde y la perspectiva sombría de los días unánimes de soledad y de remordimiento.

Y recuerdo también quizás la única lágrima de Anita LA NEGRA, una mujerona que parecía hecha de cera, tallada en un bloque de obsidiana, una mujer a quien todos los manizaleños conocieron y que según su propia confesión no lloró nunca; ella no sabía sino reír, mostrar a toda hora el último colmillo sobreviviente, pasar los días sin preocuparse de nada como los gorriones, comiendo en todas las casas donde la queríamos, humilde y servicial; reía hasta cuando me contaba cómo había muerto su negro en las minas de Marmato, en una explosión de grisú y cómo había quedado “hecho una cucaracha” bajo las piedras; y Anita solo dejó correr por su cara de azabache charolada y tersa una lágrima cuando asesinaron a Jorge Eliécer Gaitán; con sus medallas guardaba el retrato del líder popular, lo llevaba al pecho como una condecoración; fue ese el único día en que se olvidó de reír.

Y esta pequeña divagación sobre el llanto se debe a que las hijas se encontraron anoche en los estantes secretos de la biblioteca, el legajo de cartas de amor que nos escribimos en la juventud y pasaron por ellas sus ojos curiosos y sintieron una pura emoción. Entonces consideré que debía llorar un poco como cualquier reina de belleza.

Blanca...



Silver



Lo vi por vez primera dormido pacíficamente bajo la cama donde descansaba su dueño, en la enfermería de la Casa de Menores que en ese entonces estaba bajo la dirección de Jaramillo Meza; al sentirme, gruñó hostil y paró las finas orejas como antenas para captar el más leve indicio de peligro; por entre el hocico húmedo me mostró la fila de los dientes como si fueran mínimas bayonetas de marfil; todo él se dispuso a la defensa; le temblaron los nervios tensos como un cordaje bajo la lustrosa piel de peluche; a aquel viviente cojín de raso lo cruzó como un escalofrío de electricidad; los ojos me apuntaban como dos bocas de revólver; al incorporarse, apoyó las manazas en el suelo, de un solo golpe, como sellando la agresión; me quedé inmóvil y le hice un signo amistoso con la mano que estilizaban el miedo y la cortesía. Mi gesto amable y mi inofensivo aspecto lo tranquilizaron; mi sonrisa tímida cayó como un agua salvadora sobre la llama incipiente de su cólera; los músculos se aflojaron; la oreja de felpa se dobló como un apagaluces; sobre las bayonetas de los dientes se corrieron las bambalinas oscuras del hocico; dejó resbalar las manos sobre el pavimento y metió entre ellas la cabeza

imperiosa; sobre la luz negra de los ojos, los párpados cayeron y SILVER volvió a dormirse confiadamente.

Desde aquel día fuimos amigos; se estableció entre mi espíritu franciscano y el hermoso y valiente animal una camaradería que aún se prolonga en estas páginas. Su dueño, el practicante del correccional, sentía por él un cariño sin claudicaciones, un afecto que tocaba en los linderos de la fraternidad, un amor que estaba hecho de gratitud y de orgullo; con ese guardaespaldas él no temía echarse de lleno por caminos de aventura en la acechanza de la noche campesina, ni en las encrucijadas de las fondas domingueras, sesgadas de relámpagos de machetes, y aromadas con el aroma bravo del aguardiente, y cruzadas de coplas picantes y melancólicas de tangos porteños en las guitarras arrabaleras. SILVER era la abnegación, era la constancia, era el sometimiento incondicional al capricho del amo. Oído vigilante, ojo avizor, mandíbulas poderosas, finos remos, eufórica cola, amplios lomos de seda cálida, húmeda nariz intuitiva, despierta inteligencia, maravillosa memoria, todo aquello lo mantenía SILVER al servicio de un cariño, todo lo daba con gusto a cambio de una palabra, de un palmeteo amistoso, de la satisfacción de echarse a dormir junto a su dueño o acompañarlo en sus andanzas.

El practicante era un muchacho silencioso, abstraído, como ausente; tenía una sonrisa triste y una mirada enigmática; parecía estar siempre bajo el maleficio de un alcaloide; por sus ojos claros, de una profundidad extraña, como hechos de una aleación de acero y flores de lino, bien podían cruzar a velas desplegadas los veleros

alucinantes de la morfina; hasta cuando la llama alegre del licor le quemaba el hastío, le encendía como una luz loca las florestas del silencio, aquel hombre continuaba solo, retraído, reacio a la confianza, indiferente a la risa y al bullicio. Con SILVER era distinto; a él sí le hablaba con mimosa voz; con él cruzaba en diálogo cordial por los senderos de la granja bordeados de maizales de espigas áureas y de espinadas pencas. Entre ellos existía una hermandad conmovedora.

Cuando en los primeros días de su ingreso a la enfermería del Correccional, SILVER se quedó en su casa de La Virginia, aquello fue una tragedia; la separación del compañero amargó definitivamente la vida del practicante; consagrado a su trabajo, desvelado en el cumplimiento del deber, incansable en la labor, su tristeza huraña alarmó a sus superiores; parecía estar siempre buscando algo; su mano hacía involuntariamente el ademán de la caricia; vagaba por los jardines como un autómatas y se detenía largo rato frente a la imagen blanca y suave de la Virgen del Carmen, erguida sobre su plinto de azucenas, como si rezara en fervorosa mudez. Se llegó a creer que aquel muchacho estaba ya sin redención bajo el hechizo del nembutal o la cocaína usados subrepticamente. Indagada la causa de aquel desequilibrio nervioso, de aquel silencio cargado de protestas, de aquella atonía desolada, se supo que era la separación de SILVER, la ausencia del compañero, el alejamiento de aquel perrazo noble y leal lo que le ensombrecía las horas. Entonces se le dejó ir a La Virginia a traerlo y se le permitió que compartiera con él su habitación.

Todo cambió entonces; SILVER llegó a ser como un alumno más de aquella Escuela de Trabajo, como un chico más dócil y más inteligente que los chicos del reformatorio; detrás de su dueño él visitaba las camas de los enfermos y gruñía como quejándose cuando la aguja de la jeringuilla de inyecciones hundía en la carne febril su agujón de avispa; echado al pie del mostrador de la botica contemplaba con ojos indagadores al practicante que mezclaba polvos y jarabes; en sus ojos de un negro metálico, el reflejo de la llama del alcohol de los calentadores abría un móvil boquete azul; junto a la mesa del comedor se estaba tan correctamente sentado sobre las patas traseras, que era como si hubiera aprendido de memoria todas las estiradas reglas del protocolo; nunca robó nada, ni se permitió ninguna truhanería que pudiera dar lugar a dudas sobre su educación esmerada.

Su ladrido alegre rebotaba como una pelota contra los muros festonados de veraneras; llegó a hacerse querer de todos y a ser el más eficiente guardián de la Casa de Menores; si su dueño le daba permiso, con una palabra imperiosa y dura como una orden militar, colaboraba con empeño en la labor de los vigilantes que buscaban a veces por laderas y cañadas al chico prófugo, rebelde a la disciplina, reacio a la enmienda, que lograba en la noche salvar el muro y hundirse en el azar de la fuga. Yo le vi ejecutar pequeños actos admirables; le vi encontrar entre una pila de sombreros el de su dueño, rápidamente, sin vacilaciones; le vi hallar entre un centenar de cajas de fósforos, todas iguales, la caja marcada que el amo había tenido breve rato entre sus manos; le vi nadar

en el estanque circular del patio todo el tiempo que él ordenara; le vi lanzarse agresivo y terrible contra el que intentara, por darle bromas, golpear al practicante; le vi, cuando se extravió una vez entre el tumulto de la ciudad, conocer la camioneta del Correccional y subirse a ella por invitación nuestra, alegre y agradecido para volver donde su dueño lo esperaba completamente desolado por su ausencia.

Yo que reconozco todas las virtudes de abnegación y de inteligencia de los perros, tengo que confesar que no soy adicta a ellos; es una injusticia pero quiero más a los gatos; les encuentro más gracias a estos perezosos profesionales que se estilizan en hieráticas actitudes de esfinge junto a mis libros; me gustan sus ojos de enigma, topacios hendidos por la obsidiana vertical de las pupilas, y sus garras crueles enguantadas en terciopelos tibios, y sus lomos elásticos que la molicie curva, y su sibaritismo lunático, y ese sutil sistema de radar que tienen en los bigotes pícaros y conquistadores. Pero con SILVER fue distinto; a ese animal fuerte y noble le tuve un especial aprecio. Quizás me recordaba a TOM, un mastín negro como un delito, de pelambre crespa y brillante, de vigorosas mandíbulas y hermosa estampa, que me regalaron recién salida del colegio. TOM fue mi compañero sumiso y bueno durante varios iluminados años de juventud; era tan chico cuando me lo dieron, que se me perdía entre el armario de los juguetes ya inútiles como si fuera un juguete más, un diminuto abrigo de piel de la muñeca más dada al lujo; muchas veces lo confundí con el manguito de astracán que se usaba entonces, y aún recuerdo

su atrevimiento cuando sobre mi cama se abandonaba al sueño y se metía como un gran gusano cerdudo bajo los almohadones de golos bordadas de ojaletes, aquellos confidenciales almohadones caídos hoy en desuso. Algún día escribiré la historia simple y trágica de TOM; toda la vida me ha preocupado su instinto asesino, su oscura tara bandida; porque TOM era feliz cuando lograba entrar al corral de las gallinas a perpetrar a sangre fría su delito; las mataba por refinamiento, por ancestro sibarita, por el placer sádico de matar; como el más hábil cocinero, TOM retorció el pescuezo a sus víctimas con absoluta maestría; no les dejaba dar ni el más pequeño cacareo; no les hacía brotar sangre, no daba tiempo a que corriera la alarma por el corral; todo aquel crimen era rápido, exacto, cronométricamente perfecto, realizado con escalofriante sencillez. Al recuerdo de TOM debo una página que habrá de ser luminosa y negra como su vida, cándida y cruzada de rojo como su historia.

Hasta que un día llegó para SILVER el drama; fue un drama absurdo, ilógico, incomprensible para su sencilla alma de perro fiel. Era noche de Reyes y había parranda en la fonda del camino; él acompañaba al amo que distraía en la taberna su inseparable hastío; había cálido ambiente de anís y de tabaco barato; la discusión brotó súbita como una llamarada espontánea; las palabras hirientes cruzaron como lanzazos la noche campesina; la fatalidad hizo una entrada imprevista a la tenducha; la locura del licor obnubiló las mentes; por primera vez, el practicante callado y huraño, estaba eufórico y bromista; y fue una de esas bromas sin ingenio

y sin maldad, ligeros fuegos fatuos en la floresta de la borrachera, la que armó la mano del asesino y fulgió como una llama maldita en la punta del puñal que se hundió en un relámpago de acero en el pecho indefenso del pobre muchacho silencioso. Todo fue tan rápido y tan brutal que nadie se dio cuenta de la magnitud de la tragedia, del sangriento epílogo de la charla, nadie, ni siquiera SILVER que en ese mismo instante definitivo en que su intervención hubiera sido salvadora, se entretenía en el corredor empedrado de la fonda con los caballos de los ocasionales viajeros que arribaban a la taberna atraídos por el rasgueo de las guitarras trasnochadoras. El practicante, herido de muerte, dio algunos pasos y se desplomó sobre el piso de piedra; fue entonces cuando SILVER midió toda la hondura de su desgracia; enloquecido, llameantes de furor los ojos, erizada la sedosa pelambre, erguidas las orejas, babeantes las mandíbulas poderosas, montó guardia agresiva junto al cadáver de su dueño; se apoderó del sombrero del muerto y empezó a girar en torno al cuerpo yacente, terrible y amenazante como un lobo; dispuesto al ataque, en la sombra fulgían sus dientes como puñaletas.

Cuando los agentes de la autoridad llegaron a practicar el levantamiento del cadáver, SILVER hizo imposible el cumplimiento de las formalidades legales; hubiera destrozado al que se atreviera a poner mano sobre su dueño tendido en la paz de la muerte; dos horas duró la lucha; cuando ya el inspector desesperaba de someter al animal enfurecido y se consideraba que sería necesario matarlo para poder recoger el cadáver, un compañero

del practicante, valerosamente desafió la cólera de SILVER y logró sujetarlo con un lazo para salvarle la vida y separarlo del lugar de la tragedia; no fue empresa pequeña alejarlo de ahí; las manos del conductor sufrieron crueles desgarraduras, soportaron estoicas la agresión de aquellos dientes que la crueldad afilaba, que el deseo de venganza hacía más blancos y más fuertes. Encerrado en una pieza de la Casa de Menores pasó largas horas. Su aullido se elevaba agorero y pálido como una queja humana; su dolor llenó de angustia todos los salones y los jardines y la noche.

Cuando en aquel amanecer de pesadilla SILVER llegó a mi casa, yo tuve miedo, miedo intenso de su cólera; no esquivó mi mano amistosa, pero se negó a recibir ni siquiera un sorbo de agua; parecía interrogarnos a todos por el paradero del amo; nos miraba con una mirada de tristeza y de rabia, de desolación y de coraje, de humildad y de rencor. Ya al regreso del hospital, cuando venía junto a su dueño, tirado como un cojín de felpa entre las azucenas con que cubrimos la caja de cedro pulido, estaba agresivo y furioso; atacaba a todo el que intentaba acercársele y fue temeridad mía el llegarme hasta el carro a despedirlo. Por entre las mandíbulas abiertas, la lengua era como un disparo de púrpura; un imperativo de venganza se le clavaba como una espina roja en la pupila; las patas aferraban con desesperación el cristal del parabrisas; todo él estaba estremecido y desolado y aullante. Sin embargo, dejó que mi mano compasiva, escudada solo por el cariño, tocara su cabeza vencida y

me miró con una ternura casi humana, como si adivinara la sinceridad con que compartía su dolor.

Pobre SILVER que solo tuvo un instante de descuido en su maravillosa historia de perro guardián, un instante no más pero que fue suficiente para amargarle toda la parábola simple de su vida.

Blanca...

La gloria de Barba-Jacob



Hemos sonreído escépticamente ante el despliegue de gloria póstuma que se ha hecho en torno a los despojos mortales de Barba-Jacob, trasladados de México a su tranquila tierra nativa por una pomposa comisión nombrada y financiada por el gobierno de Antioquia; continúa en todo su vigor la costumbre de cortar los laureles para las tumbas, de agrupar los mirtos y las rosas sobre las lápidas, de erigir vanidosamente el monumento de la admiración en la misma parcela en donde para los artistas vivos sembró retamas ásperas y cardos punzantes el indiferentismo colectivo o la mezquina emulación literaria.

Cuán fácilmente se olvida el destino trágico que signa la vida de los grandes poetas como Barba-Jacob. Becquer, muerto de hambre y de miseria tiene hoy en Sevilla un monumento fastuoso, un mármol que labraron los cinceles del remordimiento; ninguna mano amiga se tendió al desamparo de Herrera y Reissig, a quien impunemente sus contemporáneos dejaron agonizar en la sala común de un Hospital de Montevideo, víctima de una enfermedad contraída por la precaria alimentación, según el pavoroso dictamen de los médicos oficiales que constataron su muerte; Poe, borracho de alcohol y de

angustia, vagó como un mendigo por las calles de Baltimore, aterido bajo la helada inmisericorde que le llegó, blanca y letal, hasta el alma; para lograr una efímera llama piadosa, quemó en una noche de honda desesperación muchos de sus manuscritos; cómo olvidar esa pobreza ascética de José Enrique Rodó, esa pobreza ignorada que hacía un contraste amargo con la soberbia imperial de la ciudad de los Césares, por entre cuyas ruinas gloriosas él paseaba también la ruina de todas sus ilusiones, en el más vasto de los olvidos. Rubén Darío, explotado por sus editores, enfermo y envejecido, envuelto en una torpe red de intrigas y de chismografía literaria, sufría tremendas cóleras ante la incomprensión y la ingratitud de aquellos que habían recibido favores de sus manos pródigas, de esas manos morenas que alineaban estrofas inmortales como si engarzaran turquesas y amatistas en el hilo de oro de la melodía. ¿Para qué seguir el recuento desolador? Es vieja historia esta que nos trae a la memoria el reintegro de los restos de Barba-Jacob a la tierra natal, antigua y trágica historia que nos gusta repasar a veces cuando hacemos el balance de nuestras positivas glorias artísticas.

Se ha dicho que estos grandes incomprendidos se buscan su destino adverso; es una disculpa colectiva, tonta y pueril; es el ambiente hostil que los rodea, los obstáculos de todo orden que la vida común les alza en la aridez de todos los caminos, la valla de indiferencia que la envidia opone ante su aspiración, lo que los enruta por sendas torcidas, lo que los hace perderse en la manigua tenebrosa de su propio dolor o en el bosque maléfico

de los paraísos artificiales. Es el contraste absurdo entre su ambición iluminada y la oscura realidad cotidiana.

¿Qué halló Barba-Jacob en su tierra? Bien poco por cierto; pasó por las ciudades de su patria casi desconocido; varios críticos, graduados de tales por su propia vanidad, le llamaron versificador, con una irresponsabilidad conmovedora; no faltó entre nosotros quien se hiciera eco de la burda patraña de algún periódico mejicano que afirmó que el poeta gustaba de agonizar por negocio, que cotizaba en dólares su amargura. Muchos de los que hablan hoy de las excentricidades, de la vida, de los vicios y de las glorias de Barba-Jacob, no le conocieron nunca; empiezan apenas a descubrir su alma —ese luminoso continente de dolor— a través de sus cantos; su arbitraria manera de apreciar las cosas, su permanente inconformidad intelectual, su espíritu combativo, su misma mefistofélica sonrisa, lo hicieron un hombre de pocos amigos, una sensibilidad hermética, un carácter reservado que rehuía la entrega confidencial, que esquivaba orgullosamente el análisis psicológico. En el fondo, Barba-Jacob era solo un niño terrible. Él mismo, como Baudelaire, gustaba de exagerar sus pecados, de ensombrecer el cuadro de su existencia, con las pinceladas negras de los delitos que acaso no existieran sino en su propia imaginación. Pero había que ver cómo aquel hombre, que se creía poseedor de todas las claves del vicio, se volvía un ser comunicativo, amable, sencillo, cuando encontraba un afecto verdadero, un hogar como el nuestro, donde se le quería y se le admiraba sin interés, y se le daba una clara sensación de fraternidad y se le entendían sus es-

trofas magníficas, y se le salvaba por días y por semanas de la prisión deprimente de los hoteluchos de mala muerte a donde inexorablemente lo confinaban sus precarias finanzas. Si Barba-Jacob hubiera tenido en su patria un lugar más destacado socialmente, como él lo merecía por sus apellidos, por su inteligencia y por su voluntad de trabajo, no tuviera ahora tan punzante relieve de arrepentimiento colectivo este homenaje que se le rinde a sus despojos.

Si pudiera hacerlo desde su país de sombra y de silencio, este Mefistófeles lírico, cuán anchamente se riera de los discursos, y de las delegaciones, y de los críticos, y de los decretos de honores y sobre todo de esa cantidad de amigos póstumos que le han resultado ahora, precisamente cuando no los necesita, cuando ya para su gloria no se requieren ni el mármol ni el elogio, ni las marchas triunfales, ni los parágrafos conceptuosos, sino la firme arquitectura musical de sus poemas traspasados, en dualismo genial, de una eufórica claridad espontánea y de un sesgo de sombra desolada.

Pero así seguirá pasando; siempre será tardío el homenaje; siempre se esperará a que el artista no haga sombra para reconocerle sus méritos; no importa que en vida se le haya perseguido, ignorado, desconocido; después, su memoria servirá para hacer fiestas y gastar pródigamente los dineros del Estado; como motivo de inspiración, su vida tormentosa tendrá un valor extraordinario; en su desamparo, en su miseria, en su propio dolor se moldearán, como en una arcilla dúctil, los vasos para escanciar el vino barato de la hipérbole.

Si miramos un poco hacia atrás, qué amarga ironía tuvo aquella corona que ciñó las sienas de Julio Flórez cuando ya la dolencia mortal les había ceñido otra corona de rosas cárdenas; Flórez fue un poeta descuidado y caudaloso; su poesía adolece de un exaltado acento lírico, de un romanticismo enfermizo, pero su numen cifró toda una época; sus estrofas fueron la concreción del sentir y el pensar colectivos, y solo vino a reconocer su valía la admiración popular cuando ya la visión dolorosa de la muerte cercana alucinaba las pupilas del poeta y por su cara de un moreno color gitano avanzaba ominosa la mancha de púrpura del cáncer.

Don Rufino José Cuervo tuvo que trabajar personalmente en una modesta cervecería en un ambiente de indiferencia, durante los últimos años de su vida; y, mientras tanto, gozaban de prebendas y gajes embajadores decorativos y cónsules al pormenor. A Aurelio Martínez Mutis, aquel eximio poeta que ha llevado el nombre de la patria, entre el coro de clarines de sus estrofas marciales, hasta las más remotas fronteras del habla hispana, cantor épico de sostenida inspiración, artista en la acepción total del vocablo, le fue ofrecida en una época difícil de su vida una plaza de vigilante de un parque en Bogotá, con una asignación mensual de veinte pesos; mezquina limosna que ponía la república en la noble mano generosa del poeta que había cruzado con un laurel nuevo el escudo nacional; y tuvo que viajar hasta Valparaíso en tercera clase, en la cubierta de un buque mercante, en mediocre promiscuidad con aventureros y vampiresas de arrabal, huraño y desamparado, solo, con su fracaso y

con su rebeldía frente a la soberbia desolación amarga del pacífico.

Fuera tarea interminable seguir en la accidentada trayectoria de sus vidas a tantos de aquellos que hoy vemos eternizados, con gesto severo en la fría gratitud del mármol, o a los que solo en el ocaso angustioso de sus existencias atormentadas han encontrado, como una misericordia inútil, el reconocimiento de sus contemporáneos; muchas veces la rosa no alcanza a cubrir el desgarrón de la espina; la fiesta no es capaz de ahogar con su música frívola el grito lancinante de la queja. Ningún pueblo, ni ninguna raza está exenta de este pecado de desvío hacia sus valores positivos; lo vemos a diario; lo anotamos sin cólera, pero con amargura; aquí mismo, en este medio amplio y acogedor de nuestra ciudad sin puertas, abierta a todos los vientos del espíritu, considerada como un noble conglomerado intelectual, no se ha sabido valorar lo propio con orgullo y con valor; tenemos que esperar a que caiga la sombra del silencio sobre el cuadrado exiguo de una lápida para decir sin miedo lo que valía el artista. A Bernardo Arias Trujillo se le cerraron hostiles los caminos de la liberación económica, se le cercenaron todas sus modestas aspiraciones y se le encerró en un estrecho círculo de pequeñas intrigas; a Aquilino Villegas, por transitorios incidentes políticos, se le hizo la conspiración del silencio en páginas periódicas que hoy capitalizan su gloria y que hacen de su fama una bandera de triunfo, en columnas que muchas veces llevan hoy orgullosamente el membrete de su nombre y en las cuales nos fue imposible a nosotros, en vida

del maestro, publicar un sencillo elogio a su prosa empenachada y espléndida, ni siquiera ofreciendo pagar a la tarifa corriente la pulgada lineal.

Por esto, esta fiesta rumbosa a los restos de Barba-Jacob, con todo y sus delegaciones y su profusa literatura insincera, nos trae un poco de amargura y nos hace pensar que nunca le hemos hallado perspectiva gloriosa a esas pobres colinas de laurel que es de usanza levantar sobre las tumbas.

Blanca...



La ilusión del oro



¿Cuándo le comenzó a mi hijo aquella fiebre del oro? ¿Por qué despertó en él aquel ancestro minero? ¿Desde qué momento la dorada ilusión le invadió la mente, le trazó un camino áureo hacia el porvenir y le hizo ver mediocre, simple, aburrida y monótona la vida hogareña y la vida de oficina? ¿De dónde aquel atavismo? Indagué en vano entre los antepasados; moví con manos curiosas las ramas del árbol genealógico, me fui por los senderos ya en sombra del pasado buscando la causa remota de aquella obsesión de minería; nada, los abuelos estuvieron libres del morbo fatal; los unos, poetas, aventureros en la guerra o en el amor, dados a la fácil oratoria de la plaza pública en épocas de revueltas civiles, apegados a los pergaminos, manirroto y amigos de jugarse el dinero o la vida con igual desenfado; los otros, sencillos, de patriarcal estampa, de un cristianismo beligerante, de hidalga franqueza, estoicos y buenos, con esa bondad pura y simple y maravillosa del agua que corre llevando entre su entraña traslúcida el resplandor de los luceros o el recuerdo de colores de los jardines campesinos. Nada. De allí no vino por sutiles rutas de herencia la ambición del oro, la fiebre de los socavones, la literatura de los taladros y de los pistones, y de las máquinas perforado-

ras y de la asechanza asesina del grisú, y de las negras galerías en cuyas paredes el metal codiciado tiene una radiación inmóvil llena de promesas, un fulgor extático que abre a la imaginación todos los caminos azules de la esperanza, todos los horizontes claros del triunfo.

Aquello comenzó de una manera discreta, casi imperceptible; primero fue el hablar de esa vida inútil, sin emoción, polarizada entre la casa y la oficina, con solo los paréntesis gratos de las tertulias con los amigos frente a las mesillas de los cafés o la alegría transitoria que se vuelve espuma dorada en el color rubio de la cerveza; después las historias magníficas de los que de la noche a la mañana se encontraron millonarios con solo unas acciones en las empresas mineras, los cuentos de Aladino de los que en la montaña tropezaron con el filón aurífero, como con una ventana de luz de la fortuna, los relatos en los cuales la mentira y la hipérbole fueron arandelas brillantes que camuflaron la parca realidad, las fábulas de los buscadores de oro que aunque vean precipitarse su vida y su comodidad hogareña y su estabilidad económica por los taludes insidiosos de las aventuras de minería, persisten en su empeño y mueren de pobres y de viejos con los ojos alucinados en la quimera radiante de las vetas doradas. Más tarde, mi hijo, este mismo que ahora está clavado con garfios de angustia a su lecho de enfermo, que está anclado a su puerto de dolor como una barca de velas rebeldes que añoraran la libertad salvaje del viento marino lleno de sal y de música y de velos blancos de gaviotas, empezó a llenar mi modesto escritorio con cuarzos auríferos, con piedras veteadas de azul y

de verde, con maderas petríficas, puntos intermedios entre la hulla y el metal imposible, y desafiando mi sonrisa incrédula y mi inofensiva ironía fue trazando ante mi simplicidad la amplia senda de la liberación económica.

Al principio yo no le hice caso a su entusiasmo minero, pero cuando vi que la cosa iba en serio resolví no oponerme a su ensueño, presté oídos pacientes a sus disertaciones, me volví crédula y sencilla ante aquellos cuentos extraordinarios que me recordaban esa prosa empenachada de La reina Calafia, el famoso libro de Blasco Ibáñez en cuyas páginas la vida de Juan Augusto Sutter tiene todo el dolor y la gloria y la alegría de una leyenda trágica. Ya no hubo remedio; la infección avanzaba a marchas rápidas; aquel hijo me había resultado minero, su destino estaba en la montaña de entrañas áureas, en la cordillera magnífica que tiene venas de oro y sienes de nieve perenne. Yo fui interlocutora resignada de él y de su compañero de empresa. Confieso francamente que me desengañaba el porte humilde y mal trajeado de aquel amigo experto en minas y por cuyas manos duras y fuertes había pasado, según mi hijo, el oro como un torrente vívido; pasaría, es cierto, pero sin dejar huella, porque a mí me parecía un ser tan ingenuo, tan poquita cosa, tan insignificante, que por más que el hijo con palabra entusiasta le formara un halo de prestigio a su figura campesina, para mí seguía siendo sólo un labriego iluso, víctima del azar, permanente buscador de un metal que nunca alegró con su brillo sus pobres ojos alucinados.

El asunto fue rápido; la determinación irrevocable. Menos mal que este minero mío me hizo caso y no renun-

ció del todo a su empleo; pidió una licencia y organizó su expedición conquistadora con mi modesta ayuda. Su alcoba se volvió un depósito de equipos de montaña: botas altas, frazadas del país, abrigos pesados, linternas, lámparas de sombrero para la ilusoria penetración entre los socavones, utensilios de mesa, piquetas y cuantas cosas arbitrarias y disímiles le pasaron por la deslumbrada imaginación. La casa se me llenó de paquetes, de cajones zunchados, de maletas y de encerados; había que preverlo todo; era preciso llevar colchones, objetos de cocina, drogas, armas y cuanto pudiera necesitarse en aquellas soledades llenas de peligro de la montaña donde el oro lo esperaba. Qué promesas me fueron hechas; muy pronto iría yo a ver realizadas todas mis ambiciones; él me editaría los libros en ediciones espléndidas ilustradas por artistas insignes, me compraría un automóvil flamante, me encargaría un abrigo de pieles auténticas y me pondría en la humilde mano laboriosa la gota de luz de un diamante.

Me quedé triste, hondamente triste cuando lo vi partir en una mañana lluviosa camino de la cordillera. Esperé con ansiedad sus primeras cartas. Aquellas misivas estaban llenas de términos de minería; se hablaba en ellas de molinos californianos, de plantas de cianuración, de aluviones, de mesas para clasificar el oro, de un montón de cosas que yo no entendía. Después de dos meses de luchar en vano con el motor, este apenas había alcanzado a levantar difícilmente uno de los pisones; aquello era el fracaso; entonces llevaron un técnico; el tal motor estaba desnivelado; lo pusieron al fin, tras brava

lucha, en posición normal; entonces resultó que tenía tanta fuerza o estaba tan mal graduada, que como un terremoto desbarató la ramada, derrumbó el piso y puso en fuga a aquellos dos soñadores que desafiaban el frío y el hambre y la soledad y el desastre en pos de esa bella mentira rubia del oro; me decía que la jagua era riquísima, que el oro estaba allí y que él lo encontraría; cuán pintorescas aquellas cartas que yo leía a través de mis lágrimas; me llenaba de intranquilidad aquel hijo minero que se obstinaba en su idea y abandonaba la grata paz hogareña por vivir esa existencia llena de sobresaltos, incomodidades y desilusiones.

Un día vino en busca de unas baterías y de otros elementos que hacían falta en la incipiente mina; orgulloso, no quiso confesarme que empezaba a dudar de la existencia de aquel oro que cada día se alejaba más de sus manos ansiosas; trajo un poco de mineral y me llamó feliz para que lo laváramos en una batea y yo me convenciera de que allí estaba el oro; vano empeño el suyo; ni su voz confiada ni mi imaginación soñadora lograron que en el fondo de aquella batea la chispa brillante alegrara mis ojos; qué tan poco oro habría allí cuando yo no fui capaz de verlo; y eso que yo lo encuentro en todas partes, en el enigma dorado de las estrellas, en el corazón fragante de las azucenas, en las alas de cristal de las libélulas, en la garganta de ámbar de los canarios, en los ojos hipnotizados de los gatos, en los filetes de las nubes de ocaso, en la espuma frívola de la champaña, en las esferas frescas de las naranjas, en el candor de los azahares, en la virtud luminosa del fuego, en el estampado futurista de

las mariposas y hasta en la humildad de los escarabajos que tienen una coraza charolada donde el sol saca chispas fugaces y en la pobreza ascética de la charca a cuyo espejo de obsidiana se asoma de tarde en tarde el fulgor de un lucero. Declaro hoy con la misma firmeza con que lo hice entonces, que en aquella batea no había oro, que por más que mi hijo se empeñara en que yo lo viera, mis pobres ojos no lograron apresar en sus retinas ni el más pequeño y fugitivo resplandor.

Qué delicioso es este episodio de minería que evoco ahora para alegrar con su recuerdo las tremendas horas de insomnio de mi hijo. Al cabo de tres meses regresó de su aventura; no traía nada; su gran corazón humanitario legó todo el equipo a su compañero y a los campesinos de los alrededores; allá quedaron los colchones, las frazadas, las altas botas de montaña, el sombrero de corcho, las camisas kaky y toda la indumentaria de minería.

Cuando llegó, me dijo triunfante: Allá sí hay oro, mamá, pero está muy trabajoso para encontrarlo; aquí te traigo un frasco de manteca de cusumbo para el reumatismo...

Lo malo para él es que todavía no he podido probar la eficacia del remedio; afortunadamente este otoño mío no ha traído la inexorable dolencia reumática. La manteca de cusumbo conserva intactas sus virtudes curativas en un rincón de mi armario.

La ilusión de viajar



En estas tardes de invierno, mientras la lluvia toca con sus manos de dedos claros y musicales a los cristales de la ventana, gusto de hablar contigo de cosas sutiles, de devanar el ovillo de los ensueños, de echar a volar la imaginación por los caminos de lo imposible; convaleces de tu enfermedad y tienes el espíritu más diáfano y más asombrado ante la hermosura de las cosas pequeñas; el dolor nos hace apreciar mejor aquellas mínimas satisfacciones que cuando estamos sanos nos pasan desapercibidas y no sabemos agradecer; hay como una emoción nueva en lo que antes nos pareció trivial; el poder otra vez llegarnos junto a la máquina de escribir y ver cómo somos capaces de reiniciar nuestra correspondencia nos da una franca alegría; el hecho simple de encender un cigarrillo adquiere solemnidad de rito; el abandonar el lecho por nuestros propios pies, sin la ayuda del brazo fraterno, nos da la sensación exquisita de haber realizado un acto heroico.

No hace mucho regresaste de tu paseo a la Costa Atlántica; pareces tener aún en los ojos el deslumbramiento de maravilla del mar Caribe; es como si se materializara en tu mirada la perspectiva en azul de la llanura armoniosa florecida de lotos áureos en la hechi-

cería del crepúsculo; me hablas de tu entusiasmo frente al mar, con una voz cálida y alegre; fue como si te hubieras encontrado tras larga ausencia con un viejo amigo poeta y sentimental; cuando te detuviste ante su júbilo de espumas y de nácares fue como si cumplieras tu cita con el ensueño; tras el vuelo de azahar de las gaviotas echaste también a volar tu contento como un globo de colores. Me dices que te levantabas al alba para no perder ni un instante su visión; buscabas quizá la huella del carro de la aurora sobre la pista de cobalto líquido; que en la noche te asomabas a las ventanas para mirar cómo el mar se prendía broches de estrellas y condecoraciones de luna nueva; que junto a él te sentiste más cerca de Dios y en la asordinada voz de su oleaje hallaste el eco de la palabra creadora.

Y hablamos de viajes en esta tarde que ha prendido neblinas viajeras a las puntas de las montañas, como si las engalanara para una fiesta; ha cesado la lluvia y el cielo tiene una limpidez de piedra preciosa; el paisaje de las colinas lejanas parece pintado por un niño en azules elementales y blancos de acuarela. Viajar; he ahí la dorada ilusión que no realicé nunca; de niña, frente a los mapas de la escuela de primeras letras, pasaba con delectación mis manos sobre los sitios ignorados y los mares de extraños nombres; mi precocidad para la geografía desconcertaba a mis profesoras; no adivinaban ellas que yo viajaba ya con la imaginación por aquellos países ignotos, que me importaban más los nombres misteriosos de las ciudades que soñaba, que la gramática y la ortografía; en la juventud, fui lectora incansable de los

libros de viajes; con Julio Verne recorrí los océanos y conocí todos los paisajes submarinos; con Gómez Carrillo viajé por el Japón, levanté en la mente la arquitectura de sus templos decorados en oro y marfil, vagué en su compañía bajo la sombra de los cerezos tocados de rosa y me perdí por los senderos de sus jardines; con Pierre Loti estuve también en las enigmáticas tierras del Oriente, supe de sus leyendas y de sus ídolos, de sus historias que llegan a las fronteras del mito, de sus tragedias y su heroísmo; con Blasco Ibáñez di la vuelta al mundo, me detuve absorta frente a la maravilla del acuario de Nápoles, estuve en la China llena de poesía y de miseria, transida de hambre y de orgullo, arrogante de su cultura antigua y sometida al capricho de sus mandarines ambiciosos. Todo el que ha escrito un buen libro de viajes me ha tenido de lectora atenta.

Y ya ves; llegué a la serenidad dorada del otoño sin haber realizado mi anhelo; fácilmente me he conformado a ello; he seguido viajando frente a la pantalla del cine y ante el espejo brujo del televisor; no he tenido que soportar ni las incomodidades ni los cansancios, ni las desilusiones de los viajes; quizá así haya sido mejor; muchas veces el contacto con la realidad derrumba dolorosamente los castillos que ha levantado la imaginación; a través del anhelo que no se realiza las cosas se ven más bellas y más altas por la misma razón de ser inalcanzables. Recluida a mi hogar, circunscrita a mi paisaje de montañas, frente a los pinos fraternales, mi vida ha sido un largo viaje por los países del ensueño.

Ahora mismo, en esta tarde que tiene un fino ambiente confidencial, despliego ante tu paciencia sonriente la alfombra mágica de mi fantasía. Recuerdo que leí una vez una conferencia admirable de Monseñor Carrasquilla sobre el Cielo; decía el noble apóstol de Cristo que en el Cielo Dios nos daría lo que, dentro de las inmutables normas morales, hubiéramos deseado más en la vida; y tienes que reír cuando te digo que Dios me pondrá a la disposición un carro claveteado de luceros para que vaya en él con todos los que amo en fantástico viaje por las carreteras de la vía láctea, por los países del amanecer, por los territorios áureos de las constelaciones.





Cuentos



El relato de Enrique Fernández



Me encontré con él en un carro de servicio urbano. Hacía muchos años no lo veía, desde que era un adolescente y pasaba todos los días frente a mi casa con sus libros de estudio y su aire tímido y sus ojos gitanos donde mi alma adivinaba una tristeza irremediable. Ahora era todo un hombre; tenía una estampa de deportista y una ancha sonrisa confiada; pero allá en lo hondo de sus pupilas seguía ardiendo, como una lámpara frente a una urna funeraria, una luz desolada; noté que un surco de preocupación le cruzaba la frente y que tras la sonrisa trataba de asomarse una pena; de aquella sonrisa al llanto no había sino el breve espacio de una palabra, la pequeña distancia de un recuerdo, el mínimo camino de una evocación.

Antes de preguntárselo adiviné de donde venía.

– Cuánto me alegro de verlo de nuevo, señor Fernández. ¿Cómo está su padre? ¿Ha mejorado algo? ¿Qué ha sido de su vida?

– Precisamente vengo de allá, del manicomio; el pobre viejo se dementiza más cada día, pero vive una vida tranquila; ha perdido ya la tremenda facultad de recordar; es un ser inocente, sin deseos y sin amarguras; ayuda a decir la misa, desyerba el jardín, conver-

sa cosas incoherentes y dulces con las flores y cuando encuentra un lápiz o un pedazo de tiza hace sumas y sumas interminables en las paredes de su cuarto o en los muros del huerto. Yo evito ir a verlo porque no puedo resignarme a ver ese luchador, ese hombre alegre y bueno y generoso convertido en eso, en un inofensivo animal doméstico, en un ente silencioso, que hasta ha olvidado los nombres de sus hijos.

– Y si es así, si es tan calmado y tan humilde, ¿por qué no lo lleva a vivir con alguno de ustedes?

– Varias veces lo hemos intentado pero es imposible; es totalmente refractario al medio hogareño y al trajín ciudadano; lo ofusca el ruido, los automóviles, el radio, los espejos, las alfombras, los niños; dice que fuera del manicomio, se zafa, se le va la chispa, se descentra, que él no está hecho para esa vida tan complicada, que hay muchos visitantes y no saben sumar y de pronto lo encuentran a él; que lo lleven allá, que las azucenas lo están llamando, que las rosas lo esperan para abrir, que las violetas se esconden porque no está él, que hay una veranera que está obstinada en no florecer, que los locos le van a robar sus tabacos, que la misa la están diciendo muy mal porque él es el único que sabe contestar: Ora pro nobis.

– ¿Y hace mucho que está allá, amigo Fernández?

– Sí, la primera temporada, cuando sucedió aquello, fue una temporada trágica; con ducha fría y camisa de fuerza y ligaduras para las manos que tenían una furia incontenible, un ansia de destrozar, de eliminar, de pulverizar con las tenazas de los dedos vengadores los estilógrafos, los lápices, los libros de cuentas y la cabeza del visitante. Después, las

inyecciones, los bromuros, los tratamientos modernos, los choques de cardiazol, y, sobre todo, la acción sedante del tiempo apaciguaron el torrente y lo encauzaron por cauces de bondad, de renunciamiento, de piadoso olvido. Y así seguirá hasta que lo encuentren muerto por allí entre los rosales o al pie del altar de la capilla, con el último tabaco en la pobre mano vencida y quizás algunas violetas enredadas como abejas azules en los cabellos blancos.

Y fue aquel día cuando mi amigo Enrique Fernández me contó su historia. Lo hizo de una manera sencilla y concisa, sin adjetivos superfluos, ni lamentaciones inútiles; ni siquiera se borró de sus labios la sonrisa que nunca ha sido capaz de cubrir con su telón frívolo el desolado paisaje interior; solo el surco de la frente se volvió más hondo y más grave mientras hacía la evocación de su infancia obsesionante y dolorosa como una pesadilla.

– Vivíamos en un pintoresco pueblecito antioqueño; mi madre era una mujer suave, inteligente, de excepcional belleza; sin maquillaje, sin artificio, sin supercherías de tocador, mi madre tenía unos ojos como de terciopelo y una boca fresca, madura para el amor y la sonrisa; la repetida maternidad no había deformado su cuerpo de línea esbelta, y sabía reír y contar pueriles historias y hacernos la vida una fiesta; éramos muchos hermanos; asistíamos a la escuela pública, teníamos una infancia pueblerina llena de alegría y de sencillez; apenas nos calzábamos los domingos cuando para ir a la misa nos poníamos el uniforme de cuello marinero y un ancla de seda bordada en la manga izquierda; nuestra niñez no conoció el radio, ni la civilización de la llanta, ni el em-

brujo del cine; pero reíamos estrepitosamente con las picardías de los títeres de nuestro conterráneo el maestro Manuelucho y realizábamos grandes excursiones dominicales a los riachuelos cercanos para pescar corronchos y barbudos, negros y repugnantes. Hasta a alguno de nosotros le cupo el honor de ser ángel en la fiesta de Corpus y estar en el altar lleno de flores y de luces, muy serio y quietecito para no echar a perder la blanca ilusión de las alas de papel rizado.

Mi padre era tesorero municipal en aquel pueblo; hombre honrado, de una honradez de piedra fina, o de oro de veta, de una honradez dura y clara y transparente como el diamante; toda su inteligencia la tenía concentrada en esos libros de cuentas donde con la más bella letra que he conocido anotaba partidas y sacaba saldos y asentaba los diversos ingresos de impuestos con una minuciosidad desesperante por su misma perfección; todos los días cuadraba sus libros escrupulosamente; llevaba una contabilidad sencilla, escueta, axiomática, de esa que no se aprende en los institutos comerciales sino en la propia conciencia de la honorabilidad personal. Muchas veces llegó tarde a la casa y con dolor en el cerebro porque en una partida se había presentado un error de dos centavos y él no podía irse a dormir hasta que aquello no quedara aclarado y exacto; como es natural, para posesionarse de ese puesto de manejo tuvo que dar fianza; un amigo se prestó a hacerlo hipotecándole en garantía nuestra casita; esa casita alegre y modesta y llena de geranios florecidos que nunca volví a ver y que llevo en la memoria como una estampa en blanco y rosa.

Así pasó el tiempo sereno y sin complicaciones, hasta que un día llegó el visitador; lo enviaban de la capital a practicar visita a las tesorerías de los pueblos; se posesionó de la oficina de mi padre; empezó a revisar libros y comprobantes, a hacer planillas, a glosar partidas y a llevar a cabo un minucioso arqueo de caja; mi padre resolvió todas sus consultas y presentaba exactos todos sus apuntes; el modesto archivo se volcó sobre el escritorio. El visitador, serio y grave, lo escrutaba todo con sus ojos vivaces tras de los lentes decorativos; sumó y sumó con terca insistencia, desparramó todos los libros, puso una cara adusta y con voz acusadora dijo a mi padre:

– Aquí hay un desfalco.

El pobre se quedó helado.

– Imposible, yo no he gastado ni un solo centavo; yo vivo una vida demasiado sencilla; yo soy un hombre honrado.

– Puede ser, pero entonces le han robado porque hay un descuadre; los números no mienten; esto no tiene vuelta.

– ¿Cuánto? Inquirió mi padre con un acento quebrado en angustia.

– Ochocientos pesos. Mire, aquí está la prueba. Esta suma es una cabeza de proceso; esto es gravísimo, tendrá que afrontar toda la responsabilidad penal.

Imposible sería para mí pintar la tragedia de aquellos días; cuando después de aquella noche pasada en la oficina en compañía del visitador, mi padre llegó a la casa, nos quedamos atónitos ante el estrago que el sufrimiento había hecho en su cara; los ojos hundidos tenían una ex-

traña fijeza, una completa atonía; nos pareció que era un ser ausente, solo, indefenso, como perdido en una selva de incertidumbre, como cercado por una alambrada de guarismos. Y empezó la obsesión: no se atrevía a salir a la calle porque decía que todos lo señalaban con el dedo porque era un ladrón; que nosotros estábamos ya deshonorados para siempre porque él se había alzado con los caudales públicos, que era un malversador de los dineros del estado; frente a sus ojos alucinados estaba ampliamente abierta la puerta de la cárcel. ¿Cómo no había notado mi madre que él estaba robando en la tesorería? ¿Por qué no lo había atajado en el camino del delito? ¿Por qué lo había dejado hundir en el pozo negro de la delincuencia?

Aquello no tuvo remedio; el diagnóstico fue breve y certero; tan certero y súbito como un disparo por la espalda; no fue la puerta de la cárcel, fue la puerta del manicomio la que se abrió para mi padre. En el ambiente pequeñito y chismoso de mi pueblo hubo alboroto de calumnias, marea de suspicacias, pesado y negro oleaje de infamia que se llevó en su onda lenta, como si fuera un frágil canastillo de rosas, la razón y la vida de mi madre. Es el recuerdo de ella el que más amarga mis horas; yo la vi pálida y loca, llena de espuma sangrienta la boca crispada, ardientes de fiebre los ojos, prestas al asalto felino las manos que se espinaron en los cardales de la locura, amarrada a un pilar de la casa paterna; sus gritos llenaban de miedo nuestras noches inocentes; la lividez de su rostro ardía como un fuego de azucena entre la fiesta lila de los geranios.

Luego no supe más; nos repartieron entre las casas de los amigos; quedamos solos, desamparados; el fiador se pagó con nuestra casita y nuestro modesto mobiliario. Nos dispersamos por la vida. Yo hice a pie, con un mezuquino maletero a la espalda, largas jornadas hasta dar con unos parientes de mi padre que vivían en la capital y que me dieron su cariño y su apoyo y me ayudaron a triunfar en la vida y a olvidar el dolor de mi infancia.

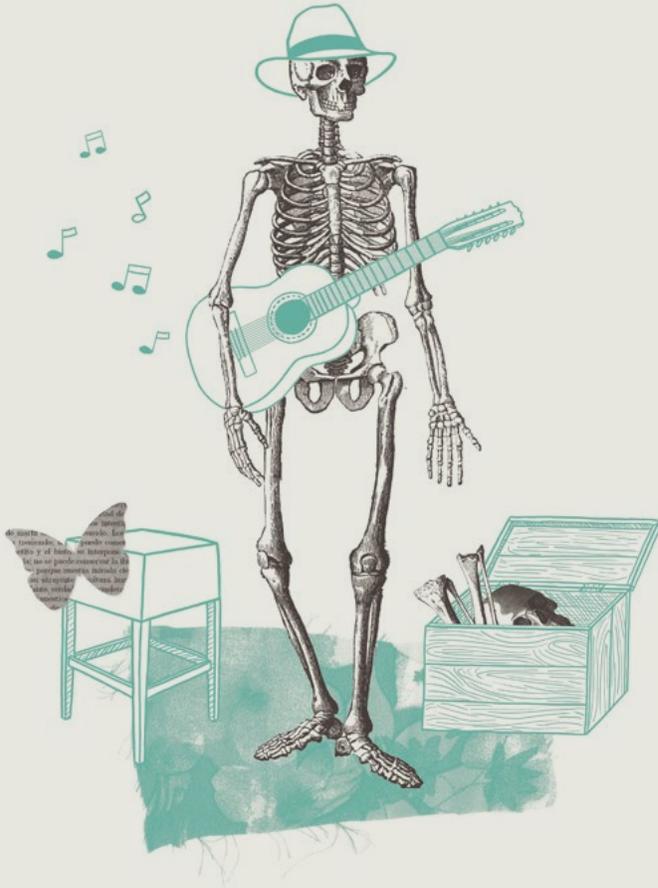
Enrique Fernández hizo una pausa; yo no encontré la palabra que fuera lo bastante suave para restañar la sangre que brotaba de aquella herida abierta de nuevo por mi curiosidad.

– Más tarde se aclaró todo; no había ningún alcance en los libros de mi padre; el visitador se equivocó en una suma; donde tenía que escribir un 9 escribió un 1 y aquella curva nimia que no se cerró sobre el signo de la unidad, desbarató mi hogar, arrasó como un ciclón la parcela en flor de los cariños, fue como una guadaña de espanto que segó el trigo áureo del contento. Un pequeño error de números...

Uno de mis hermanos, el más chico, el que nació en aquellos días, también está en el manicomio; tenía demasiada herencia; nació vigilado por los ojos metálicos de la locura.

– ¿Y al visitador lo conoce usted? ¿Lo ha visto alguna vez en su vida?

– No; un día al salir de un teatro alguien me lo señaló; no quise mirarlo. Hubiera tenido que enseñarle a sumar con una bala, de una vez para siempre.



El miedo



¿ De manera, doctor, que usted no puede darme una definición exacta, científica, terminante, de lo que es el miedo?

– No, el miedo es como una paralización súbita de todas las facultades, como una incapacidad de raciocinio, como una obnubilación momentánea del sentido común, como una fuerza sorpresiva que nos saca del camino de la costumbre y nos precipita por el talud de lo desconocido.

– ¿Y usted ha sentido miedo alguna vez en su vida?

– Sí, cuando era estudiante tuve dos miedos, pero dos miedos tremendos cuyo recuerdo aún me hace correr un escalofrío de angustia por la espalda; en la primera ocasión mi espíritu pavorizado tocó las fronteras de lo sobrenatural; todavía hoy no acierto a dilucidar de una manera satisfactoria lo que me pasó aquella noche; allí hubo algo ultraterreno, algo que vino a mí desde el país helado del enigma; mi segundo miedo fue quizás más intenso pero de más corta duración; a ese sí le hallé rápido el origen trivial, el desenvolvimiento de una simplicidad elemental.

– Ah, el miedo debe ser una sensación exquisita, un sacudimiento tonificante de todas las células, como

cuando nos pasa por el cuerpo una corriente eléctrica controlada por el especialista que nos cura de nuestras dolencias nerviosas.

– No lo crea usted, aquello no tonifica; por el contrario, nos deja una laxitud en el organismo y una vaguedad en el espíritu, de las cuales tenemos que convalecer lentamente como de una enfermedad del trópico; el miedo es como una mano bárbara que desorganizara los anaqueles del cerebro en donde tenemos bien ordenadas la memoria, la voluntad, el pensamiento, la palabra, el tacto, el raciocinio; cuando salimos de él, hemos de volver a acomodar todo aquello que el miedo echó a volar como un viento loco.

– Ya ve usted, yo, que soy un haz de nervios, una gavilla de sensibilidad, que vivo detenida al borde mismo de las lágrimas, no he sentido nunca el miedo; he tenido temor, incertidumbre, zozobra, inquietud, pero nunca ese deslumbramiento súbito del miedo, esa atonía angustiosa de lo incomprensible, esa parálisis fría del espanto; lo he buscado en los relatos alucinados de Poe, en las narraciones escalofriantes de Maupassant, en la prosa dura de Dostoiewski, pero no lo he sentido en carne viva, no ha pasado en su carro de sombras por la pradera en calma de mi espíritu. Ante los cuentos de aparecidos, ante las leyendas trágicas de fantasmas, ante la adjetivación hiperbólica de los habituales narradores de cosas extraordinarias, yo he llegado a sentir un poco de miedo, pero es un miedo cerebralizado, académico, un miedo reflejo que cruza por mi alma sin dejar allí el estigma de su garra. Cuénteme usted, doctor, la historia de sus

miedos; yo lo creía a usted la persona más serena, más equilibrada, menos propicia para captar las sensaciones confusas del miedo.

Y aquel profesor de medicina, severo y discreto, acostumbrado a la presencia de la muerte, observador calmado de la angustia, espectador de todo humano dolor y toda humana ansiedad; aquel cirujano eminente que ha trasegado por entre vísceras y arterias y miembros doloridos con una precisión y un dominio de sí mismo sencillamente ejemplares; que ha intuido frente al lecho del paciente la presencia casi tangible de la muerte y ha adivinado en el horizonte de la pena la leve iniciación del amanecer de la salud; que ha llevado al extremo del bisturí salvador, prendida como una rosa, su confianza en el éxito; que ha puesto a las pinzas y a las tenacillas quirúrgicas, como si fueran algodones cordiales, sus frases de consuelo, me contó la historia de sus miedos en aquella penumbra tibia y aromada de claveles de la alcaoba donde mi enfermo convalecía gracias a sus cuidados y a su ciencia.

— Cursaba yo los últimos años de medicina en la Universidad de Antioquia; tenía un apartamento confortable, en una casa de pensión, que compartía con algunos compañeros de estudio; lo compartía, por supuesto, en el comedor y en la sala de recibo porque cada uno tenía su cuarto separado; sólo en ocasiones nos juntábamos para dilucidar entre todos algún problema, o plantear una tesis, o analizar los últimos descubrimientos de la medicina, o simplemente a conversar de nuestras aventuras juveniles y de nuestros proyectos para el porvenir. Mu-

chos de estos compañeros se han destacado luego como cirujanos de prestigio nacional y especialistas famosos. La costumbre de las disecciones en el anfiteatro, el roce diario con la materia doliente, el contacto habitual con los miembros desgarrados o tumefactos, el manejo de las arterias que gotean como clepsidras obsesionantes, lo connaturalizan a uno de tal manera con la miseria de la carne que ya no se siente ni asco, ni repulsión, ni temor ante una mano separada del brazo, ni ante un corazón que se abre bajo la cuchilla investigadora como un fruto cárdeno del jardín de la muerte, ni ante un abdomen que muestra a la curiosidad del estudiante la anillada y esponjosa masa de los intestinos, ni ante la lividez de marfil del hueso desnudo. Los primeros días aquello es tremendo; no se puede comer porque entre nuestro apetito y el bistec se interpone la visión de la carne lacerada; no se puede conservar la ilusión ante una mujer hermosa, porque nuestra mirada científica parece despojarla de su atrayente envoltura humana para ver sólo la horripilante verdad del esqueleto; el amor mismo aparece ante nuestros ojos como un exacto juego de hormonas, como un desequilibrio glandular, sin poesía y sin emoción. Pero aquello pasa y luego volvemos a creer en la dulce mentira de los besos y en la luz incitadora de unos ojos para cuya mirada buscamos con ansia el diploma consagradorio.

Un día fui al osario a buscar el material indispensable para mis estudios; me traje unos fémures estupendos, grandes y pulidos, un cráneo hermoso, unos húmeros espléndidos, un hueso ilíaco de intachable diseño, unas

vértebras magníficas; llegué a mi cuarto con mi paquete de huesos; los lavé cuidadosamente, los froté con un lienzo, los acomodé bien acomodados en un pequeño cajón de madera y los coloqué en un ángulo de la alcoba, en el suelo; recuerdo hasta el más nimio detalle; no he olvidado que era a fines de agosto y que hacía un calor molesto. Estudié mis lecciones, cerré con llave la puerta de mi cuarto, corrí todos los cristales de las ventanas, me metí en mi cama, apagué la luz y me dispuse a dormir; entonces sentí, allá, entre el cajón de los huesos, tres golpecitos isócronos; no puse atención al principio; una rata, pensé; una ilusión mía; un crujido de la madera producido por el calor; seguí escuchando; con intervalos regulares los tres golpes se sucedían en la caja; me senté en el lecho y encendí de nuevo la luz; no había duda, los golpes venían de allá; a plena luz seguía sintiéndolos cada vez más nítidos y más calculados; yo miraba con insistencia el cajón pero era incapaz de levantarme; me bebí de un sorbo el vaso de agua que había sobre la mesilla de noche, me reproché mi cobardía, lo sobrenatural no tenía nada que ver con mi perturbación auditiva; aquellos golpes debían tener una explicación normal; era ya muy tarde; había que dormir; llevé de nuevo la mano al suiche y quedé otra vez en la sombra que el ruido puntuaba de espanto; entonces sentí el miedo, ese miedo del que le he hablado. Mi cama estaba colocada en ángulo y por la esquina de la pared una mariposa de alas inmensas subía y bajaba casi hasta mi cara; sentía sobre la frente el viento frío de sus alas de sombra; la oía perfectamente; presentía la inminencia de su contacto absurdo; era un ruido de sedas

ajadas o de esmeriles frotados contra un vidrio; yo sentía alejarse hasta el techo su aleteo siniestro y descender hasta mi rostro con pausada ondulación; ya era inevitable el roce helado de sus alas agoreras; era un soplo isócrono, sibilino, ultraterreno; no supe qué hacer; en el cajón de los huesos los golpes continuaban; no sé cuánto tiempo duró aquello; pavorizado, loco, tembloroso me cubrí la cabeza con las mantas; recuerdo que el sudor me emparamaba el cuerpo; oía aún sobre mi cara el aleteo fatídico. Al fin me quedé dormido.

Cuando empezó a amanecer me dispuse a aclarar el enigma; no había nada, absolutamente nada extraño en mi cuarto; las ventanas y la puerta estaban cerradas; busqué en la caja de los huesos; continuaba hermética, tal y conforme yo la había colocado; ni uno solo de ellos se había movido; por detrás del armario, por debajo de la cama, por las paredes, por las rendijas, por todas partes busqué la mariposa; no hallé nada, ni un resquicio por donde hubiera podido huir, ni un solo hueco donde hubiera podido esconderse; nada. A través de los años, jamás he podido explicarme aquello. Aún me preocupa la solución de ese misterio. Ese fue mi primer miedo. Ese fue el que tocó las fronteras de lo desconocido.

Mi otro miedo tuvo origen perfectamente aceptable pero no por lo súbito fue menos intenso. Preparaba mi tesis y me había llevado para mi apartamento uno de los esqueletos de estudio de la Universidad; era un esqueleto francés, admirablemente reconstruido, perfecto en el juego de sus falanges y de sus complicados engranajes; tenía una espléndida calavera, un cráneo pulimentado

y fino, unos dientes parejos de agresiva blancura, unas manos estilizadas como si hubieran sido de pianista o de tocador de arpa; mis amigos y yo nos acostumbramos tanto a aquel compañero discreto y silencioso, que su presencia llegó a sernos familiar; lo tratábamos como a un camarada comprensivo y humilde, como a un colega en vacaciones. Cuando analizábamos su anatomía, gustábamos de disertar acerca de él; quizá habría sido un bohemio parisino, un poco poeta y romántico, muerto en olor de pobreza, o una griseta desprevenida y loca que tras hacer piruetas ágiles en un cabaret o recorrer en nocturnas aventuras amorosas las márgenes del Sena, hubiera muerto en una noche de luna, a la sombra de un almendro en flor, con una postrera ráfaga de cocaína en las pupilas agrandadas por la sombra violeta de las ojeras artificiales.

Le cogí tanta confianza al esqueleto, que acabé por sentarlo en un taburete en el centro del saloncito, como si fuera un amigo permanente.

Un día, uno de los compañeros resolvió acomodarle sobre la calva definitiva un sombrero que ya no usaba; así adquirió más presencia humana; otra vez, yo quise jugarle una broma; descolgué de la pared el tiple con que alguno de mis colegas gustaba de amenizar nuestras tertulias y se lo puse sobre las rodillas embisagradas; coloqué una de sus manos en posición de tocar y lo dejé así largos días; me hacía gracia verlo con ese instrumento musical que tenía al extremo una cinta roja que le sesgaba las costillas como un breve camino de púrpura. Mucho tiempo estuvo así sentado en el centro de mi cuarto

de estudio; no protestó de mi irreverencia, ni alteró el ritmo estabilizado de su ancha sonrisa.

Una noche, yo estudiaba de espaldas a él, en altas horas, en medio de un silencio absoluto, los puntos más áridos de mi tesis. Me había olvidado de su presencia, cuando de improviso, un largo alarido musical rompió la calma de mi alcoba; las notas se elevaron primero en un crescendo eufórico y luego se fueron desvaneciendo en un sostenido lamento armonioso; no sabría decirle qué sentí; el cabello se me erizó como despeinado por la racha de lo sobrenatural; una tenaza fría se hincó en mi cerebro; la voz se hizo angustia en mi garganta; abrí la puerta y eché a correr por el pasillo entre la oscuridad; aquellas notas parecieron vibrar largo rato; el pánico paralizó mis facultades psíquicas; perdí la capacidad de razonar; mis músculos se relajaron en la tortura del miedo, mi corazón quedó por un instante como suspenso en el vacío. Cuando, al fin, me decidí a penetrar al soloncito, me lo expliqué todo: la mano del esqueleto caía a lo largo de la caja sonora; quién sabe por qué, aquella diestra de resortadas falanges se zafó del seguro y se deslizó sobre las cuerdas produciendo aquella armonía insólita y macabra.

No me creerá usted, pero lleno de respeto y temblando aún, cogí el esqueleto, lo despojeé del sombrero y del tiple, lo llevé a mi cama, lo acomodé con todo cuidado como si se tratara de un enfermo, lo cubrí con las mantas porque me pareció que tenía frío, y hasta recuerdo que le dije suaves palabras de desagravio y le hice donación

transitoria de mi alcoba durante varias noches, para hacerme perdonar mi culpable indiferencia.

Ya ve usted, amiga, qué cosa más extraña y más ilógica es el miedo...

Blanca...



Paso de zarzuela



En la alcaldía de Florilandia la noticia cayó, no como una bomba común sino como una de esas de hidrógeno que los inquietantes sabios rusos y norteamericanos ensayan en Siberia y en Nevada poniendo en peligro la supervivencia de la humanidad y anticipándose a la tremenda profecía apocalíptica.

El señor gobernador, su señoría —pues no de otro modo convinieron en Florilandia que debería llamarse a tan encumbrado personaje—, el Mayor Recaredo Hines-troza, elevado por diario milagro de la política de simple Ordenanza del Capitán Ricaurte al puesto de primera autoridad administrativa y legislativa y ejecutiva del Departamento, anunciaba visita oficial a Florilandia. El telegrama era extenso; como se gozaba de franquicia no había razón para economizar nombres ni títulos. Los que se iban a pasear al lejano municipio eran bastantes; dos o tres de los Secretarios del Despacho, el Secretario privado, al cual las malas lenguas culpaban de los discursos largos y llenos de lugares comunes del Señor Gobernador, los secretarios de los Secretarios, algunos cronistas del diario palaciego, el imprescindible fotógrafo y otras personalidades de menor cuantía.

Había que visitar las escuelas de Florilandia, inaugurar los primeros muros de la cárcel, pasar revista a las diez o doce unidades de policía del municipio y ver por dónde debía de llevarse la carretera que incorporara a la capital del Departamento y a los mercados de la ciudad, las ubérrimas tierras y las pródigas cosechas de aquel suelo privilegiado según afirmaba la literatura estándar del telegrama oficial.

En la Alcaldía de Florilandia hubo revuelo; el Alcalde don Cristóbal, a quien todos llamaban familiarmente don Cristi; el Secretario, don Casimiro Rentería, que se las daba de letrado; el oficial mayor, Orteguita, lector asiduo de los novelones de Felipe Trigo, y los agentes del respetable cuerpo de guardadores del orden que estaban presentes, hablaban todos a la vez e insinuaban los números del programa para recibir a los ilustres huéspedes.

Si hubiese sido una persona, el parco presupuesto municipal habría temblado ante los sueños de aquellos derrochadores; los renglones de gastos varios, gastos diversos, gastos ocasionales, desfile de los niños de las escuelas con sus banderitas de papel, retretas por la banda del pueblo que tan primorosamente tocaba La Cucaracha y la Guabina Chiquinquireña, y sobre todo, discursos; el de los muros de la cárcel, el de la llegada de la comitiva, el del señor Cura que oficiaría una misa por las intenciones de su Señoría y de sus acompañantes, el de la maestra y cuantas improvisaciones en prosa y verso se fueran ocurriendo. Mentalmente, Orteguita, que en su primera juventud había cometido unos cuantos sonetos fusilables, repasaba los giros literarios de su mentor inte-

lectual, aquel don Felipe cuyo apellido le hacía recordar irreverentemente las tostadas del desayuno.

Bueno, faltaban veinte días para la anunciada visita; tiempo suficiente para que todo se organizara con esplendor; había que hablar con Toño Ospina para que proporcionara la mula retinta, la más segura y fina para el señor Gobernador; esto era lo importante; los otros miembros de la visita podían arribar a Florilandia en los semovientes comunes que prestaran los vecinos; y había que hablar con los habitantes de las veredas por donde debería pasar el cortejo; que hicieran arcos de flores, que pusieran banderolas en las ventanas de los ranchos, que organizaran masas corales de niños campesinos para que dieran en verso la bienvenida a su Señoría; ellos habían oído decir que el señor Gobernador era muy adicto a la poesía, que escribía en renglones cortos unas cosas incomprensibles pero que sonaban con mucho compás. En cuanto a los licores, no había que pensar; don Cristi escribiría a la capital y conseguiría que le enviaran unas cuantas docenas de ron, de aguardiente, de cerveza y hasta unos litros de whisky para alegrar el espíritu de los huéspedes.

Y empezó la faena; la maestra de escuela se mandó hacer una blusa sin mangas, vaporosa y sugestiva, ordenó a los niños que tuvieran bien limpio y aplanchado el uniforme, empezó a ensayar con ellos la revista de gimnasia y el saludo militar a la bandera para cuando fueran en el desfile; a todas horas se oía en el recinto el Oh, Gloria inmarcesible, Oh, júbilo inmortal!; don Cristi, dejando en olvido la solemnidad de sus tareas oficiales, se

afanaba haciendo minuciosas listas de comestibles para encargar a la capital: espárragos, aceitunas, antipasto, caviar, paprika y todas esas cosas que él no conocía pero que debían ser comida habitual de su Señoría; había que recibirlo con todos los honores porque a su olvidado municipio, limítrofe con la selva brava, no se le había ocurrido ir a ningún Gobernador; don Casimiro se desentendió por completo de las querellas municipales, de los pleitos de agua y de las aspiraciones higiénicas de sus paisanos, para consagrarse a la elaboración de los dos discursos; el suyo y el de don Cristi; naturalmente que para el de este último dejó los giros triviales: aquellos del partido del orden, de la tradición gloriosa de los fundadores de la nacionalidad, la amenaza del comunismo ateo, las virtudes de nuestros mayores, la doctrina que nos enseñaron Cristo y Bolívar, las cenizas de los héroes y otras cosas por el estilo; para el suyo buscó lo mejor; algo se le había pegado de la literatura grecolatina y pudo citar impunemente a Aristóteles y hablar del Partenón y poner a su Señoría superior a Aquiles porque ni siquiera tenía vulnerable el talón. Qué honda fruición intelectual y psíquica la de don Casimiro alineando sus metáforas en escuadrones de triunfo. En tanto, Orteguita preparaba su improvisación; en ella figurarían los ojos de fuego de las muchachas de Florilandia y las risas de sus bocas de coral y la armonía de sus cuerpos núbiles —aquí pensaba en la maestra y la describía inasible y alta como una nube, y eso por intuición, sin saber nada del estreno de la blusa de nylon— y remataría su perorata ocasional

en verso; aquello no tenía remedio; en la punta de su improvisación lírica clavaría la escarapela de una rima.

Y llegó el gran día; como si la naturaleza estuviera de acuerdo con el júbilo de Florilandia, hacía ya una semana que el cielo estaba despejado y un sol alegre pintaba en colores claros el paisaje; hasta las campanas de la Iglesia tenían una música nueva, un arrebatado vuelo armonioso; eran tres horas de camino las que tenía que recorrer la comitiva oficial hasta Florilandia; telegráficamente el señor Gobernador mantuvo enteradas de su itinerario a las autoridades; su llegada sería por ahí a las tres de la tarde; esa misma noche serían el baile y el banquete; todo era ajetreo fiestero en los hogares haciendo los preparativos para asistir al baile, y todo era trajín alegre en los salones de la Alcaldía acondicionados para la elegantísima cena, a la cual se tuvo en buen cuidado de no invitar a los pocos liberales sobrevivientes que se habían quedado en Florilandia, ya silenciosos y camuflados en azul. Todo el camino había sido adornado con arcos de palmas y bejucos prendidos de achiras y de ramos de nigüito; hubo hasta discusiones en torno al color revolucionario de algunas flores que no quedaban bien con el tono celeste de las hortensias; pero qué se iba a hacer; en las flores no podía haber política; ellas sí realizaban el ideal de la convivencia pacífica.

En varias cuadras, antes de la entrada del pueblo, estuvieron desde las primeras horas del mediodía filados los chicos de las escuelas, con sus banderitas de papel, su curiosidad infantil y el cansancio de la larga espera; allí estaba también la banda municipal, con sus instrumen-

tos de cobre brillantados por el uso tenaz de la pomada Brasso, y las altas autoridades de Florilandia en traje dominguero y con el discurso amenazante en el bolsillo. En el arco mayor y más hermoso colocado a la propia entrada del pueblo, se había colgado una gran canasta de rosas y de claveles, que al pasar su Señoría bajo ella, se inclinaría galantemente en genuflexión versallesca y lo cubriría de flores; el señor Gobernador, que no podía firmar con sus iniciales R. H. porque lo confundían con un diagnóstico médico, con la sigla del factor descubierto en la sangre, recibiría como una caricia la lluvia fragante y policroma de las macetas; este era el número cumbre de la recepción; bajo el arco de triunfo su figura marcial sería captada por el fotógrafo para enviarla a los diarios de la capital.

– Ya vienen –se oyó decir a la distancia; una pequeña nube de polvo señalaba el paso de la cabalgata; había emoción en todos los rostros–; ese es el Gobernador, véanlo; viene en la mula retina de Toño Ospina; la banda empezó a ejecutar una marcha estridente y guerrera; el encargado de halar la cuerda que derramaría las flores sobre la cabeza de su Señoría, se prestó a cumplir solemnemente su cometido... Pero, ¿qué sucedía? Algo le estaba pasando a la mula; había dejado su paso sosegado y mansurrón y empezaba a dar unos corcovos inquietantes; paraba las orejas y encendía peligrosamente la luz de los ojos; quizás, como era una mula discreta y campesina, no soportó el estrépito de los cohetes jubilosos; el señor Gobernador se aferraba a la cabeza de la silla; la vida burocrática le había hecho olvidar sus habilidades

de equitación; aquel condenado animal tenía perversas intenciones; la catástrofe era inminente; por el alma de todos pasó como un presentimiento; era lo inevitable, lo fatal; al pasar bajo el arco floral y al halar la canasta de la sorpresa, el aguacero de corolas cayó sobre la cabeza de la mula en lugar de caer sobre la de su Señoría; aquello exasperó, enloqueció, desequilibró al animal que dando un salto poderoso tiró al ilustre jinete a varios metros de distancia; en la tierra floja la pesada anatomía del Mayor Recaredo Hinestroza abrió un pequeño cráter; la placa fotográfica se veló temerosa de copiar la postura un poco ridícula del antiguo Ordenanza del Capitán Ricaurte que se quejaba dolorosamente y se llevaba las manos a la maltratada cintura; lejos volaron el sombrero de corcho y los guantes que decorativamente llevaba en el bolsillo del pecho su Señoría; aquello fue el caos; los músicos dieron una sorpresiva nota que tuvo algo de alarido; las banderolas se abatieron; en medio de la confusión los altos funcionarios acudieron solícitamente a recoger al Gobernador que había perdido toda su majestad en el aparatoso aterrizaje; alguien comentó perversamente:

– Natural; esa mula no servía; si Toño Ospina es liberal...

En la farmacia del pueblo se atendió a su Señoría que tuvo que ser trasladado en silla de manos; se le friccionaron con alcohol alcanforado las patricias espaldas y las posaderas doloridas; se le hicieron tomar cincuenta gotas de árnica y le aplicaron cruces de esparadrapo en los rasguños que al caer le hicieron en el perfil cesáreo

los ganchos de guadaña del arco triunfal. Imposible asistir aquel día al baile y al banquete; aquello se dejaría para el siguiente; pero lo que no podría transferirse era el discurso de recepción de don Cristi; su buen trabajo le había costado al cerebro de don Casimiro; muchas veces tuvo que consultar el diccionario para elaborar esa obra maestra; pero dioses burlones se metieron en la danza y como nadie contaba con el fracaso absurdo del arribo del Gobernador a Florilandia, apresuradamente el Alcalde modificó la introducción de su perorata; antes de entrar en materia ante el indefenso Gobernador, maltrecho por la tentativa de asesinato de la mula, quizás intuita de la literatura comunista de moda o de las ideas rebeldes de su propietario, don Cristi dijo con toda solemnidad:

Señor Gobernador: –que nunca vuestra lamentable caída que tanto nos angustia pueda ser un símbolo de la caída en el futuro del glorioso partido del orden y de la paz que vos representáis a pesar de vuestras magulladuras y de vuestros dolores actuales...

Y no pasaron muchas semanas sin que lo inevitable llegara: su Señoría pudo perdonarlo todo; los arcos, la lluvia de colores, los golpes, el árnic, los discursos y las cruces de esparadrapo pero no pudo perdonar lo del símbolo. Y lacónico e incomprensible llegó a Florilandia a manos del Alcalde don Cristi el despacho oficial: “Sírvase hacer entrega de la Alcaldía al señor Agustín Formosa quien ha sido designado para el cargo. El Gobierno agradece sus buenos servicios. Atentamente. Firmado, Recaredo Hinestroza, Gobernador...”.





Emociones infantiles



El mayor no contaba trece años. Éramos un grupo de chicuelos alegres que manteníamos en perpetua conmoción al vecindario: La Pesadilla, como nos llamaban por nuestras algarabías y travesuras incorregibles. Las muchachas imponíamos nuestra voluntad porque estábamos en abrumadora mayoría. Nadie nos aventajaba en astucia para robar claveles en el Parque de Caldas, cuya verja era un mezquino cerco de alambre, burlando la vigilancia de Rudesindo, hombre bueno y simpático que murió como había vivido, entre las flores. Para las plantas que cultivaba eran todos sus mimos y caricias como si fueran sus hijas.

Nadie como nosotros tan infatigable para aquellas marchas militares a paso de retirada, por el carretero polvoroso y soleado, al mando de Alberto, el capitán, que esgrimía siempre, a manera de sable, un grueso palo de escoba y al menor descuido, poco galante, las emprendía a garrotazo limpio con el regimiento.

A veces organizábamos conferencias en casa de Estela. En el cuarto de los trastos viejos, entre cajones de pinos llenos de basura, monturas que habían servido a cuatro generaciones, enjalmas, rejos, santos desteñidos y tarros de lata, el orador, subido sobre un canasto,

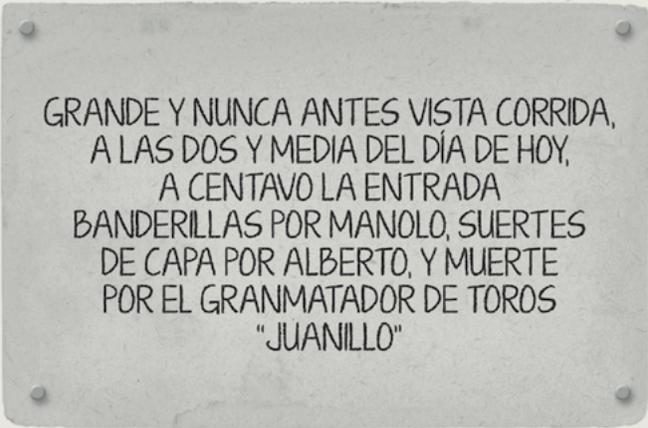
hablaba enérgicamente de la excelencia de los caramelos que vendían en la tienda del cojito Becerra, de la astucia que debía emplearse para robarle pasteles a la cocinera, de lo regañones de los maestros que por simples nonadas nos ponían uno en conducta, etc., etc. Cuando el conferencista no era del agrado de la mayoría, se le veía a poco rodar con canasto y todo y salir del recinto entre un chaparrón de pellizcos y correazos.

Otras veces, bajo el amplio duraznero que sombreaba el patio de mi casa, hacíamos grandes comilonas. Sobre tres piedras se colocaba la pequeña olla de barro que guardaba en su interior, no muy limpio por cierto, toda clase de carnes y legumbres, en la más extravagante y contradictoria mezcla imaginable. ¡Cómo se nos volvían los ojos de soplar, a ras de tierra, aquel fogón malhadado! Recuerdo que por aquel entonces me llevó mi padre, de cuelga, una vajillita primorosa, la misma que Manolo —en el guayabo de un desengaño amoroso sufrido en su noviazgo con Berta, cuya consejera me creía— volvió trizas con una piedra, sin hacer caso de mis desesperados chillidos ni de mis amenazas de grueso calibre.

Un día nos dio Juanillo una noticia extraordinaria. A su casa acababan de traer de la finca de sus padres, una vaca con un ternero bravo, admirable para una corrida. Ya lo habían ensayado y era una fiera, una cosa nunca vista. Nos refería aquello para que estuviésemos preparados: el domingo habría corrida en su casa, a centavo la entrada; sería presidida por Fanny, su novia, una morena de perfil griego y anillados cabellos.

¡Cómo hicimos de preparativos en el resto de la semana; cuántos comentarios; cuántos trabajos para transformar en capotes de lidia dos túnicas de Mariette y de Fanny, túnicas que les habían servido antes para representar el papel de revolucionarias en una comedia de la época de María Antonieta, en un acto público del colegio; para fabricar rosetas y banderillas con papeles de color, y cuánto esmero en el arreglo primoroso del palco de Fanny, con colgaduras de encaje, viejos cojines de raso crema, carpetas verdes punteadas de rojo y sillones de mimbre!

El domingo anhelado, desde muy temprano, se fijó con dos clavos en el portón de la casa de Juanillo, el siguiente programa:



GRANDE Y NUNCA ANTES VISTA CORRIDA,
A LAS DOS Y MEDIA DEL DÍA DE HOY,
A CENTAVO LA ENTRADA
BANDERILLAS POR MANOLO, SUERTES
DE CAPA POR ALBERTO, Y MUERTE
POR EL GRANMATADOR DE TOROS
"JUANILLO"

A la hora precisa y tras un destemplado, ensordecedor e inarmónico toque de corneta, principió la corrida. Fanny, orgullosa de su novio, sonreía a Juanillo. Este vestía pantalón rojo, medias rosadas, chaqueta azul, gorro de papel con flequillo dorado y zapatos blancos prestados por Mariette a escondidas de la mamá. Hasta una veintena de chicos formábamos el respetable público que aplaudía frenéticamente las banderillas de Manolo, que se clavaban las más de las veces en la pared que limitaba el patio, y las inimitables suertes de capa de Alberto. Este, al ver cerca de sí a la ponderada fiera, echaba a correr a cada instante, cayendo de bruces enredado en el capote, entre los cabezazos furibundos del arisco ternero y los silbidos del público.

Al fin llegó la hora de lucirse Juanillo. Iba a llevar a cabo la suerte suprema. Al animal se le había amarrado previamente una vejiga llena de agua de moras para simular la sangre. El espada se cuadró a pie firme en el redondel, se quitó el casquete color púrpura e inclinándolo la cabeza saludó a Fanny y brindó por ella, por sus hermosos ojos que no se parecían a los de gato de la pecosa Berta (un resentimiento del torero por un antiguo desaire). El estoque era el cuchillo de cocina de aguda punta, previamente amolado para el caso por el popular Felicito. Sonó un toque dado por Alberto sobre una caja de lata. Era el toque de muerte convenido y la emoción se apoderó del público.

— Que se deje venir —gritó el Espada con el cuchillo en alto. El pobre ternero, acosado por tanta bulla y tanto trapo rojo, arremetió contra Juanillo con imprevista

violencia. El muchacho no se inmutó, avanzó resueltamente y ¡zas! hundió el estoque hasta la empuñadura como todo un Belmonte. Entonces sucedió lo inaudito: una oleada escarlata, pero de un tono más vívido que el del agua de moras, manchó la piel lustrosa del animal; dio unos cuantos pasos tambaleantes; sus flancos se agitaron con un temblor agónico y se desplomó pesadamente lanzando un doloroso bramido de muerte...

La confusión de la chiquillería fue indescriptible. Juanillo, loco de pánico, salvó la puerta y echó a correr como un desesperado, solar abajo, sin hacer caso de los compañeros que trataban de poner al corriente de lo sucedido a doña Cecilia, la mamá de aquel prodigio taurino... Fanny, en la confusión de la huida, dejó esparcidas por el suelo las dalias conseguidas para premiar el valor sin ejemplo de su novio. Mairette lloraba desconsolada: el infame de Juanillo se había ido con sus zapatos y le iban a pegar en casa... Y Berta, feliz, a carcajadas exclamando:

– Muy bueno, muy bueno, para que aprenda a insultar a una porque no le corresponde... –y brillaban con vengativa alegría sus grandes ojos malignos.

¡Oh día de sol, de risa y de miedo! ¡Corrida inimitable! ¡Deliciosos recuerdos de infancia!

Blanca...



Don Luis de Aldana



Al pisar el pulido embaldosado del corredor de su mansión señorial, don Luis de Aldana intenta disimular la contrariedad reflejada en su semblante. Es un hombre alto, elegante, correctísimo; la cabeza imperiosa; la frente dominadora bajo la cual se acentúa el brillo de los ojos burlones; la boca gruesa, plegada en un gesto de desdén irónico; la irreprochable línea del vestido negro, las manos largas, aristócratas, de un fino color moreno, el conjunto de su persona infunde respeto y despierta a su alrededor admirativa simpatía.

– Valentín.

El criado acude presuroso.

– ¿Por qué no le llevaste el caballo a Andrés a la hora que te indiqué?

– Señor, cuando fui con él ya don Andrés se había ido. Yo no tengo la culpa.

– Sí, pero no debes olvidar que lo llevaste a las cuatro y yo te había ordenado que fueras a la una.

Valentín se turba, vacila, luego se decide:

– Fue, señor, que tuve que ir a buscar a Fifi, porque la señora estaba muy nerviosa sin saber de él.

El pliegue irónico de los labios de don Luis de Aldana se precisa más aún.

– Está bien. Había olvidado que en esta casa está primero el perrillo que el señor. Vete.

Ante su escritorio de estilo severo, don Luis de Aldana lee en un volumen de finas vitelas doradas. Se siente en el corredor el fru-frú sugestivo de un traje de seda, una risa semiacallada, un paso precipitado y menudito. Se abre con estrépito la puerta y penetra invasora en la estancia la gracia morena y regocijada de doña Luz.

– Ven, Fifi, a saludar al amito, a papá– dice la voz mimosa de la dama, y alzando al perrillo ataviado con primoroso collar de cascabeles de plata lo acerca al rostro de su marido. Don Luis hace un ademán de repulsión, casi brusco, al sentir en su cara el contacto frío de las naricillas chatas y el hocico negro de Fifi. La dama se desconsuela.

– ¿Por qué no quieres al animalito? ¿No ves que es la alegría de nuestra casa?

– Es que me da miedo, Luz, que acabes de volverte sencillamente ridícula con el apego exagerado a ese perro.

– Como no tenemos hijos... –dice la señora con timidez.

Don Luis se impacienta definitivamente.

– La misma respuesta de siempre. Y dime, ¿te parece muy digno eso de reemplazar a los hijos que nos niega el Cielo con ese perrito feo y repelente?

En los ojos ingenuos de doña Luz se agolpan las lágrimas. Su voz tiene un leve temblor de ira.

– Feo sí no es; es una raza pura y es, además, el único ser que en esta casa me quiere.

– Mira, Luz, no seas tonta, fíjate en lo que dices. Responde, atrévete a negar que olvidas tus cariños y tus deberes de esposa por el amor absurdo hacia ese animal.

La tormenta se disuelve en un llanto estrepitoso. Las frases se quiebran en sollozos.

– Lo dicho, lo dicho; en esta casa no me quiere sino Fifi; tú no tienes corazón; a ti te parezco muy cursi. ¡Ya se ve!, ¡como dizque es el señor un hombre superior!

Don Luis abroquela su indignación tras una sonrisa fría. La dama se serena poco a poco. El caballero se levanta, se inclina ceremonioso ante ella y dice irónico:

– Con tu permiso, Luz; me retiro, me espera un amigo. Fifi no te dejará sentir mi ausencia.

Al verle salir sin volver la cabeza, la señora inclina la frente sobre el brazo del sillón y llora de nuevo. El perrillo la mira con ojos curiosos de un color amatista. Doña Luz se inclina, lo levanta a la altura de su rostro, le mira con orgullo la cabeza achatada de pequeño monstruo y arrullándolo como al hijo tan locamente esperado sale del despacho de su marido:

– Duérmete, mi amor; duérmete, alegría de mi corazón...

Para don Luis de Aldana la vida se ha hecho intolerable; la manía de su mujer lo envuelve en una ola de ridículo que le hace perder la serenidad. En el Club los amigos le preguntan burlones por la salud del niño. Al verlo salir de paseo con doña Luz y Fifi, los vecinos que conocen su aversión hacia el perrito sienten un malsano placer al humillar su soberbia y dicen maliciosos:

– ¡Pero qué lindo machito les trajo la Virgen a los Aldana!

En su casa tiene que soportar mil contrariedades por no excitar la nerviosidad enfermiza de su mujer; disimular su asco al ver a la dama dar a Fifi trozos de carne con su mismo tenedor, y cuando a media noche llega a su alcoba, acogedora como unos blancos brazos abiertos, saturada de perfumes de rosas recién cortadas, tiene que hacer inauditos esfuerzos para no estrangular al perrillo dormido al lado de doña Luz, con la chata cabeza que destaca su negrura sobre la seda suntuosa de los almohadones. Es tonto, es ridículo lo que sucede. ¿Acaso siente celos de aquel pequeño animal? Ante la seriedad cómica de esa pregunta que se formula interiormente, el espíritu equilibrado y orgulloso de don Luis de Aldana se desconcierta.

Llega el Carnaval; llega poblando el ambiente de risas locas, de coplas que tienen como un cálido aroma de canela y vainilla. La alegría agita su tirso de rosas; las serpentinas desenvuelven sus relámpagos rosados y azules; la lluvia policroma de los confetis puntúa el aire

diáfano con millones de puntos de colores. Los días pasan coronados de pámpanos como los dioses de los mitos griegos. Doña Luz ha batido el record de la excentricidad disfrazando a Fifi. El pobre perrillo apenas si puede moverse dentro de su envoltura de terciopelo rojo bordado de canutillos brillantes. La dama está feliz; poco le importan las burlas crueles de don Luis. Decididamente, su señor marido es incapaz de valorar los tesoros de su corazón maternal defraudado en sus más caras esperanzas.

Es el mediodía. La algazara del Carnaval enloquece a la ciudad. Valentín, al salir ha dejado abierto el portón y Fifi imprudente se aventura a la calle. Doña Luz desde el balcón se desespera y grita:

– Fifi, Fifi, ven.

Un auto rebosante de blancos Pierrot de caras enharinadas se acerca a toda máquina. Doña Luz grita enloquecida: – Fifi, Fifi; pero en vano. El perrito, enredadas sus cortas patas en las borlas de seda de su disfraz, no puede moverse. El auto pasa haciendo trepidar la calle. Hay primero un seco crujido de huesos; luego las llantas posteriores resbalan sobre una masa blanda.

En la tierra tapizada de confetis, de serpentinas y de flores marchitas, queda el perrillo triturado, abiertos al espacio sus ojos muertos de color amatista. Y si no fuera porque el dolor entontece a doña Luz, vería en el auto que huye multiplicando su velocidad, bajo la máscara inexpresiva y enharinada del más elegante de los Pierrot, fulgurar de contento los ojos burlones de don Luis de Aldana.



El puñal de plata



A rededor de las mesitas de mármol del Gran Café, los inseparables amigos Jaime Espinel, Arturo Vidal y Felipe Blanchet charlaban animadamente.

– Pues yo declaro de un modo rotundo que no he visto nunca una mujer más bella que esa gitana.

– Tú dices eso de todas; tu entusiasmo, Vidal, te hace exagerar.

– Ya la verás, Espinel; por más exigente que seas, como buen artista, quedarás satisfecho.

– Estoy de acuerdo contigo –terció Blanchet–. Los ojos de esa mujer son de una hermosura inquietadora; para un cuadro tuyo, esa gitana sería un modelo ideal.

Don Anselmo, el dueño del Café, que escuchaba complacido el diálogo, se acercó al grupo.

– En esas gitanas se encuentran a veces mujeres bellísimas. Si ustedes hubieran conocido a Estrella, la asesinada.

Espinel se volvió hacia el viejo.

– ¿Usted vivía aquí cuando se cometió el crimen, don Anselmo?

– Cómo no, hombre. Recuerdo todo con precisión. Eso fue algo misterioso, novelesco, terrible.

– Cuente usted, cuente usted –dijeron a un mismo tiempo los tres jóvenes–. Nosotros solo conocemos detalles imprecisos.

Y don Anselmo, como infatigable conversador que era, no se hizo repetir la insinuación. Acercó una silla a la mesa y comenzó.

– Ese crimen se cometió hace mucho tiempo, tanto, que apenas tenía yo unos veintidós años. Estrella era una gitana muy joven y muy bella. Tenía una niñita pequeña, de un año, una muñeca preciosa. Era adivinadora. Los gitanos la guardaban y la mimaban como a una divinidad tutelar. Un día, amigos, un día apareció muerta, junto al río, bajo unos sauces. Tenía hundido en el pecho un fino puñal de plata. El asesino tuvo increíbles refinamientos de crueldad; le clavó en los ojos los alfileres áureos que sujetaban sus trenzas y a modo de brazaletes le hizo en los brazos profundas heridas circulares. ¡Cómo se indagó aquel crimen! Muchas personas sospechosas fueron encarceladas por algunos días, pero todas resultaron inocentes. Los esfuerzos de hábiles detectives venidos de la Capital se estrellaron contra el misterio de aquella muerte y...

Don Anselmo se interrumpió. A la mesilla del frente acababa de acercarse don Javier Piquet. Don Anselmo, levantándose fue a ordenar al mozo de servicio que trajera al aristócrata su taza de café.

Don Javier era un personaje enigmático, ya viejo, riquísimo, siempre silencioso. Descendiente de una familia de la más pura nobleza, vivía solo, aislado en el antiguo palacio que heredara de sus mayores, en medio de sus

cuadros valiosos, de sus muebles de lujo oriental, de sus estanterías colmadas de libros exóticos. En el pueblo se decía que era un neurasténico, que su silencio era orgullo de gran señor; pero la mayoría afirmaba que, a pesar de su aristocracia y su dinero, don Javier no era sino un pobre loco inofensivo.

Don Anselmo había continuado en su relato:

– Alrededor de ese asesinato se forjaron mil leyendas. Estrella fue enterrada allí mismo, bajo los sauces, y de tarde en tarde aparecían sobre su tumba rosas, muchas rosas, renovadas por mano invisible a favor de las sombras. Años después, el fino puñal de plata con que fue asesinada Estrella desapareció del Juzgado de un modo misterioso, inexplicable.

– Todo esto es muy interesante –dijo Vidal.

– Es un crimen raro, de caracteres impresionantes –concluyó Espinel. Y Blanchet agregó:

– Sí, un crimen aristocrático...

Don Anselmo había callado y miraba obstinadamente a don Javier, cuyo rostro se había cubierto de una palidez mate y cuyas manos temblaban al acercar a los labios la taza de café.

En la sala del Gran Café vibró de pronto la voz de Judith, la hermosa gitana adivinadora. Los tertulianos más jóvenes se acercaron a ella. La nueva sibila empezó sus vaticinios: riquezas para unos, triunfos artísticos para otros, próximas desgracias para unos cuantos.

Don Anselmo la interrogó:

Dime, muchacha, ¿es cierto lo que se dice, que tú eres hija de Estrella?

Los ojos de la joven se dilataron.

– Sí, señor. Mi madre murió hace mucho tiempo, yo no sé dónde, porque nunca han querido decírmelo.

– A ver –dijo Espinel–, deja ahora los recuerdos tristes y adivíname a mí la suerte, preciosa.

De improviso Vidal tuvo una idea.

– Venga, don Javier, venga, que Judith va a decirle la buenaventura.

– Yo no creo en eso, respondió el viejo lacónicamente –pero ya Vidal se había acercado a él y lo empujaba suavemente hacia el grupo.

– No, no quiero, no quiero, déjeme usted –decía el aristócrata con una voz que tenía un no sé qué de súplica.

La idea de Vidal había entusiasmado a los jóvenes.

– Ven, Judith, ven, dinos cuándo se casa este señor enigmático.

El viejo maquinalmente tendió a la gitana su mano pálida...

Ya no vibraba armoniosa, sino trágica, la voz de la adivinadora, extraña voz de sibila angustiada y escalofriante.

– ¡En esa mano veo sangre, una gran mancha de sangre!

En la sala del Gran Café hubo un silencio expectante. Una lividez intensa desfiguró el rostro severo de don

Javier. Entre las de la gitana, su mano tenía un estremecimiento delator. Súbito, Judith retrocedió espantada.

– Y es sangre de una mujer... ¡De una mujer de mi raza...!

Don Javier miró en torno. Todos los tertulianos callaban sorprendidos, y don Anselmo, que veía confirmarse su sospecha, lo miraba fijamente con una mirada acusadora y tenaz...

Desde aquel día nadie volvió a ver a don Javier Piquet, enterrado vivo entre los muertos de su palacio. Los criados contaban de él cosas absurdas. El pobre señor estaba loco. Se pasaba días enteros sin comer, sin hablar, mirándose las manos con ojos espantados. Otras veces bajaba al jardín y deshojaba todas las flores para arrojarse a llorar sobre ellas; hasta que un día los criados salieron despavoridos pidiendo socorro. Don Javier, en un tremendo acceso de locura, acababa de saltarse los ojos con un fino puñal de plata...

Blanca...



El desconocido



Síntese usted aquí –repetía la viejecita con su voz insinuante–. Va a llover y usted solito y ciego no puede marcharse. Aunque soy muy pobre, hay cena y techo para los dos.

Y el anciano, volviendo hacia ella sus pobres ojos muertos, como dos cisternas de melancolía, murmuraba:

– Dios se lo pague, buena amiga.

Se sentaron. Hubo un silencio. El viento agitaba con furia los árboles, arrancándoles miles de hojas que caían como lluvia de esmeraldas sobre el techo pajizo de la bañá. Un último rayo de sol bordaba fugitivos encajes de ámbar en el horizonte. En el telón oscuro de la montaña el caserío era como un manchón blanco.

– Sí, hacía muchos años no venía por aquí –decía el ciego–, muchos años... Cuando estuve la última vez, aún no había muerto don Pedro, mi antiguo patrón, el padre de mi novia, la moza más linda y también la más traidora. ¿Conoció usted a don Pedro? ¿La conoció a ella?

La viejecita acurrucada en el hueco de la puerta, temblaba al responder con una voz rota, dolorida, quejumbrosa:

– No, no recuerdo. Yo no hace mucho tiempo que vine aquí.

– Entonces no ha visto usted belleza si no conoció a Rosana. Era como de marfil y tenía un modo de reírse que daba gloria oírlo. En esta noche mía aún me parece ver sus ojos como dos estrellitas gemelas. Íbamos a casarnos. Yo había hecho mi casita, allá lejos, junto al río. Le había sembrado alrededor claveles y lirios. La había engalanado para recibir a Rosana, cuando estalló la guerra. No me valieron súplicas ni lágrimas. Me llevaron como recluta. Rosana se quedó triste, muy triste, pero prometió cuidar de nuestra casita y esperarme, esperarme confiada, rezándole mucho a la Virgen María para que no me mataran. La guerra duró algunos años. Yo ascendí. Fui un león en las batallas, porque su amor era la recompensa de mis fatigas. Al fin conseguí la baja y volví. ¡Cómo recuerdo aquel regreso en una tarde de diciembre! Lo primero que vi fue la casita, nuestra casita, abandonada, triste, dolorosa como un presentimiento. Temblando, lleno de angustia, llamé a la casa de Rosana. Me abrió una anciana sirvienta. En sus brazos sonreía una chiquilla blanca, vivaracha. Formulé mi pregunta ansiosamente.

– ¿La señora Rosana? Sí, esta es su casa, señor. Ahora está en el pueblo con su marido. Yo he quedado encargada de cuidar a su niña. Si necesita hablarle, puede esperarla aquí dentro, que pronto regresará.

¡Esperarla! ¡Desgraciado! ¡No quise preguntar más, no quise saber nada! Pretendí darle un beso a la chiquilla, pero la anciana, asustada por mi súbita palidez y mis ademanes de loco, se alejó apresuradamente cerrando con brusquedad la puerta.

Entonces volví a la guerra en busca de la muerte. Y nada. He vivido una vida solitaria y miserable. Ahora, viejo y mendigo, he querido recorrer por última vez estos lugares que conocieron mi esperanza y mi desventura.

El ciego calló. La viejecita lo miraba con ojos espantados. ¡Sí, era ÉL! ¡Antón! ¿Por qué no lo había reconocido antes? ¡Imposible! ¿Cómo reconocer en aquel pobre ciego al mozo garrido y noble que antaño le jurara amor bajo los pomares florecidos? ¿Cómo pensar que fuese el mismo a quien su padre, don Pedro, en una hora de crueldad, había hecho pasar por muerto para conseguir que ella, Rosana, se uniera sin amor a Luis, el burgués adinerado que alagaba sus pretensiones de avaro? ¡Imposible! Y ante los ojos de la viejecita desfiló en un instante todo el pasado...

El ciego, como respondiendo a sus pensamientos, exclamó de súbito:

– Si Rosana vive, ¡qué vieja debe estar!

Y ella, con una melancolía infinita, repitió como un eco:

– Sí, ¡muy vieja!

Poesía



Apóstrofe al siglo XX

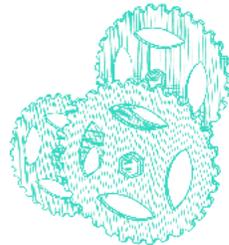


En esta edad del ruido y del cemento,
del radio y del fútbol, es osadía,
ilusionado intento
cultivar en jardines de armonía
rosas de sentimiento.
Es una edad de hierro estremecida
por el bárbaro coro
de los que corren en falange ciega
tras el triunfante pabellón del oro
que sobre el hampa triste se despliega
a manera de un reto; es la victoria
de Calibán, la fiebre del Progreso
que desgaja los lauros de la Gloria
para la sien de Crespo.
Época trepidante de motores,
sonora de jazz band, contorsionada
de rumbas estridentes;
no alcanzan a romper los resplandores
del ideal, el denso cortinaje
del humo de las fábricas que vela
la múltiple belleza del paisaje.
Siglo del maquinismo que pregona
el dominio absoluto del acero,

ese nuevo Monarca
que ríe de la angustia del obrero
en cuyo rostro marca
su estigma el hambre, al paso de las horas
sin luz en las bohardillas
infectas de las grandes capitales,
que elevan al azul las maravillas
de mármol de sus torres imperiales.
La máquina realiza
el triunfo de la industria en la locura
de las modernas urbes atediadas,
monstruo sin corazón que inutiliza
el esfuerzo del músculo y tritura
en sus ruedas dentadas
ese dolor del pueblo que fallece
en la inútil espera
de un porvenir mejor que no florece
para las muchedumbres desoladas.
Este es un siglo adverso
para que el árbol del ensueño brote
en los collados fúlgidos del verso;
es un siglo en que el Arte se improvisa
y que clava en el leño de su risa
el alma de cristal de don Quijote.
Siglo que se olvidó de las divinas
normas de la Belleza, en los ardores
de la batalla recia
y que colmó de libras esterlinas
la curva de las ánforas de Grecia.
Los clásicos contornos inmutables

de la Venus de Milo
los hombre desdeñaron
por las innumerables
Venus del Cine de moderno estilo.
Siglo de almas exiguas
que por calmar la sed torturadora
de civilización que las apremia,
profanaron las cráteras antiguas
con baratos cocteles de bohemia.
Edad de oro del avión, sonora
águila de metal bizarra y fuerte
que chafa los jardines de la aurora
y lleva sobre el ala vencedora
la incógnita inquietante de la Muerte.
Marchan siguiendo la ilusoria huella
del vuelo de Pegaso,
las hélices vibrantes
que cortan el crepúsculo de raso
y trizan los fulgores de la estrella.
Edad de bronce trepidante y loca
que la bella mentira
de la fraternidad lleva en la boca,
mientras atiza la insaciable pira
de las revoluciones
y traza las fronteras
con metálicas líneas de cañones.
Edad vertiginosa que la férrea
dictadura del dólar
ante la absorta muchedumbre grita,
que ríe del dolor de los que gimen,

que sacuden las ráfagas del crimen
y los estruendos de la dinamita.
Siglo de los deportes que consagra
la religión del automovilismo,
y en su inconsciencia marcha
hacia el vértigo loco del abismo
sobre su carro de enlantadas ruedas,
-tal como en una fiesta bizantina-
entre un alarde de marfil y sedas
borracho de champán y cocaína.



Añoranzas de navidad

A la memoria de Octavio Isaza



Se me iban perdiendo a la distancia
entre brumas de olvido
tus ojos y tus manos y tu risa,
el perfil de tu rostro,
el timbre de tu voz, y la ironía
de tu palabra que en metales claros
fuera en los moldes áticos fundida.
En pálidos azules de nostalgia
se perdían lejanas
tu juventud alegre,
tu varonil prestancia
y tu mano amorosa que cortara
lotos de muerte en la ladera trágica.
Casi no recordaba
ya tu desprevenida
confianza ante el azar de la fortuna,
ni tu bondad tranquila,
ni el galante desdén con que prendías
cual la orquídea en el frac, al desencanto
la flor de tu sonrisa.
Jugabas al amor o la baraja
con igual elegancia,

con ademán seguro
salvabas la escollera de la envidia,
y encendías el fuego de tu lámpara
cuando la noche del dolor caía
sobre el paisaje de las lágrimas.
Todo, de la añoranza entre la niebla
se me iba perdiendo,
pero en este Diciembre en que la ausencia
maternal es más honda, tu recuerdo
llega a mi corazón a la manera
de un vuelo de palomas sobre el yermo.
Cómo te pienso, hermano, porque ahora
habrás de estar con Ella
cogiendo las espigas y las rosas
del alba por las fúlgidas praderas
para alzar el pesebre, como antaño
en la alcoba paterna
lo hicimos con helechos y con musgos
de la montaña nuestra.
Le trazarás caminos con el áureo
aserrín de la estrella,
le pondrás puentecillos de arco iris
y la cascada de un cometa.
De los espejos de la madrugada
harás los leves lagos de turquesa
y volverás a ser como eras niño
hoy cuando estás con Ella.
Hermano, la dulzura del recuerdo
me ha traído la infancia;
llega sencilla y clara

la cabellera al viento y un dorado
polvo de sol en la sandalia.
Si ya la estrella de Belén, hermano,
se quedó tan lejana.



El hijo

A Ligia de Isaza



Eso es el hijo, ya lo ves: frescura
de amor en el cansancio de la senda,
maravillosa randa de jazmines
en el acantilado de las penas.

Eso es el hijo: la sagrada arcilla
donde florece la ilusión primera,
cándida cruz de lirios que tan leve
sobre los hombros doloridos pesa.

Sabor de frutas y de miel y vino
para la boca de frescor sedienta,
y en el dolor del sueño irrealizado
ventana azul al porvenir abierta.

Es un sufrir gozoso, una congoja
que angustia y risa y emoción concentra,
es juntar la tristeza de los cardos
con el candor floral de las resedas.

Es un alegre padecer, es una
perdurable inquietud dulce y serena,

es sentir la sorpresa del espino
con la invasión de las corolas nuevas.

Eso es el hijo: enigma ante el futuro,
pista de claridad en la tormenta,
sendero de esperanza entre la sombra,
camino hacia la flor o hacia la estrella.

Es un llegar cantando a la amargura,
tener el alma de cristal y seda
y creer que la punta del cilicio
es un frágil capullo de azucena.

El hijo es eso: la ansiedad, el ruego,
el amor, el dolor y la perfecta
emoción de las horas extasiadas
en el breve temblor de los poemas.

El hijo, ya lo ves, la carne propia
transfigurada en la virtud suprema
más allá del silencio y del olvido
y de los negros túneles de piedra.



Preludio de invierno



Pasaremos lo mismo que un resplandor de estrella
sobre el espejo en éxtasis de un agua de zafir,
y ya frente al ocaso de transitorios nácares
sentiremos el hondo cansancio de vivir.

Ya sólo anhelaremos un poco de silencio
y un cuadrado de sombra para poder dormir!

Habremos sido apenas como una voz de niño
perdida en el estrépito del odio pertinaz,
como el esquema pálido de un gajo de jacintos
flotando entre el encaje de la onda fugaz.

Ya sólo en los nevados estanques del invierno
florecerán los lotos de la suprema paz!

Y todo lo que amamos y lo que padecemos
será tan sólo un polvo de lirios en la sien,
y con el alma triste comprenderemos tarde
que fue un inútil yermo nuestro soñado edén.

Así como los álamos que desnudó el otoño
desnudos de ambiciones estaremos también!

En nuestra mano trémula se quedará vacía
la copa en que escanciaron los dioses su licor;
ya no darán al ansia del corazón cansado
su signo cabalístico los tréboles en flor.

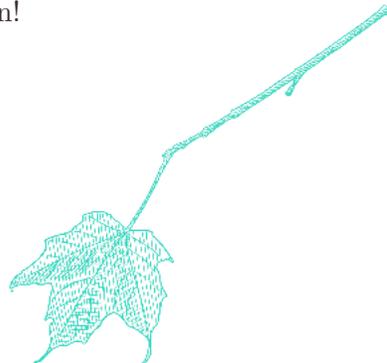
Ya sólo los recuerdos en la creciente sombra
pondrán en breve trazo su cándido fulgor!

Y cuando nuestra planta vacile en la pendiente
itinerarios nuevos quisiéramos cruzar
y desafiar los años como el acantilado
que quiebra en sol y en música la cólera del mar.

Mas sólo el aterido paisaje de la estepa
ofrecerá al ensueño su pista de azahar!

En vano intentaremos retener el instante,
avivar el extinto fuego de la emoción
y en las laderas ásperas que castigó la helada
coger de nuevo un trigo dorado de ilusión.

Y cuando estemos mudos entre el humano estruendo
quedará de nosotros tan sólo una canción!



El río



Yo quiero mucho el río que cruza por la aldea,
que canta a todas horas, que ríe sin cesar,
el río que se incendia bajo la luz febea
y que se torna plata bajo la luz lunar.

El río es un poeta sincero y atrevido;
sus cantos son ingenuos, son cantos de cristal.
El río es un enfermo de agravios y de olvido
que cuenta sus amores al cielo tropical.

Sobre el crujiente raso de su corriente pura
se copian los matices galanos de frondaje.
Él besa siempre loco de amor y de ternura
las flores que le prestan el lujo de un encaje.
Él vela cuando duermen las gentes lugareñas
y duerme perezoso las tardes del verano;
falsea con sus besos las atrevidas peñas
y piérdese a lo lejos entre el verdor del llano.

Él hace de locuras y de placer derroche...
Cuando en sus linfas juegan las campesinas bellas
se siente más ufano que en la serena noche
cuando es jardín de nácar con floración de estrellas.

En el invierno triste, con furia de salvaje
desciende borrascoso del alta cordillera;
salpica con espumas la calma del bosque
y ruga desbordado salvando la ribera.

Yo quiero mucho el río que cruza por la aldea,
que canta a todas horas, que ríe sin cesar,
el río que se incendia bajo la luz febea
y que se torna plata bajo la luz lunar.



Este canto fue el primero de Blanca Isaza, escrito en 1914. A pesar de que se publicó en varias antologías, la autora no hizo el más mínimo cambio a sus estrofas; quiso conservarlo ingenuo como salió de su inspiración de adolescente. De él dijo Aurelio Martínez Mutis: “Con los hilos de agua azul del río de la aldea ha tejido usted una sinfonía lírica con frescor de helechos y perfume de naranjos provenzales” [Nota de Juan Bautista Jaramillo Meza].

Romance de María Leonor



En breve romance
yo quiero, pequeña,
exaltar tu fina
gracia de muñeca.
Tus ojos fiesteros,
tus manos de seda,
tu estampa gitana,
tu piel de azucena
y el oro que enciende
tu linda cabeza.
Parece en tus ojos
dormida una estrella
y en tu boca dulce
como las cerezas
la sonrisa tiene
sus aires de fiesta.
Eres un alegre
campo de resedas;
tu cuerpo está hecho
como en rosa-perla,
y grabada en nácar
tu fina silueta
qué bien que quedara,

graciosa pequeña,
sellando una carta
de la Primavera.
Por ti del contento
todas las banderas
en floral alarde
sus iris despliegan;
tu sueño inocente
los ángeles velan
y las ilusiones,
frágiles princesas
de algún ignorado
país de leyenda,
en torno a tu cuna
danzando se quedan,
cuando ya la noche
por las cumbres llega
con sus pies descalzos
y su capa negra
prendida a los hombros
con broche de estrellas.
Eres al futuro
floreceda senda,
dulzura de ensueño,
cifra de promesas,
trigo de esperanza,
rosa mañanera
y cojín de nardos
para toda pena.
Tu nombre mañana



dará a los poetas
motivo armonioso
de rima perfecta,
y ellos a tu paso
de grácil doncella
tenderán la estrofa
cual capa torera.
Y quizás entonces
recuerdes, pequeña,
que de mis jardines
que cubren las nieblas
pálidas de invierno,
busqué las violetas,
los últimos lirios,
las blancas camelias
y de todos ellos
te traje una cesta
fragante y mullida,
pero menos bella
que esos tus ojazos
donde se despierta
antes que en el cielo
la mañana nueva,
tan clara y alegre
como tú, muñeca.

Romance del primer nieto

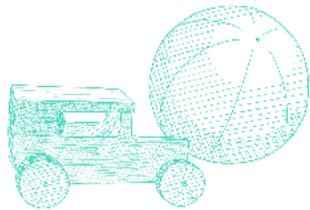


Para mí el idioma
no tiene secretos
pero el adjetivo
para ti no encuentro.
Y es porque lo busco
frágil y perfecto;
-copa de Murano
con flores de almendro
o alas de libélula
izadas al viento
para la conquista
de los limoneros-.
Yo, para los otros
pulí siempre el verso;
trabajé con lirios
y con terciopelos.
Me fui por los claros
caminos del cuento
en busca del alto
país de los sueños,
y traje cantares
y rimas y acentos
cual finos juguetes

para los pequeños.
Pero esto de ahora
es algo tan nuevo
y está tan metido
corazón adentro,
que por más que busco,
mi lindo muñeco,
lo que yo quisiera
para ti no encuentro.
Por ti en mis parrales
hay pámpanos frescos
y estrena mi otoño
su traje de argento,
y surcan doradas
naves de contento
mis mares rizados
de espuma de invierno,
y en rosas rosadas
florece mi yermo
por este milagro
de amor de mi nieto.
Por ti en los bastiones
de mi pensamiento,
voy a izar el blanco
pendón del ensueño.
Serás en la vida
tan noble y sereno,
tan dulce y tan niño
como yo te quiero.
Sembrarán tus manos

trigales de afecto,
tendrás en el alma
cautivo un lucero.
Llevarás la frente
alta sobre el miedo,
tocada en el suave
fulgor de lo eterno;
y guiarás tus pasos
por el derrotero
que en la humana estepa
te trace mi anhelo.
Cruzarás los breves
caminos del cuento
prendido a mi brazo,
mi lindo pequeño;
tú irás con los ojos
cargados de cielo,
yo absorta en el puro
milagro del nieto.
Tú como una espiga
mecida en el viento,
yo alegre en la gracia
frutal del renuevo.

Y serás un poco
de sol veraniego
sobre mi paisaje
tocado de invierno.



La canción romántica

A Blanca



Sabes lo que me alegra
en la dura jornada
que en este gris unánime
de las horas se alarga?
No haber escrito versos
que no puedas leer, ninguna página
que te queme los labios o que turbe
el candor de tu alma
tan mullida en alburas que parece
en jazmines y en lino trabajada.
Atenta sobre el libro
doblas la frente pálida
a la cual pone un nimbo auriceleste
el fulgor de la lámpara.
Te miran los abuelos
desde sus lienzos de molduras amplias,
encienden sus candelas los geranios
y entra por la ventana
un frío de cristal y un leve aroma
de macetas cromadas.
Me parece sentir cómo penetra
la amargura callada

de muchos de mis versos otoñales
en tu mente vivaz de colegiala.
Cómo tu pensamiento se detiene
como ante un agua extática
frente a aquellas canciones que la hondura
de algún pesar recóndito delatan.
La emoción de las rimas
en su cadencia diáfana
como en columpio musical te mece
y sientes que en tu espíritu se clava,
cual si fuera la aguja del bordado
que olvidas en la sala
por destejer la malla del poema,
la angustia soterrada
de la inquietud perenne
que trascienden las páginas.
Blanca, casi adivinas
que es suave este dolor; no es la llamada
de la pasión furente
que en la congoja del deseo clama,
ni el acento atrevido,
ni el grito de la carne exasperada,
ni el ritmo dislocado que del arte
los luminosos cánones profana,
ni el anhelo insaciado que se quema
de su propia avidéz entre la llama.
“Musa con aureola”
por lo sencilla y casta
han llamado la musa que me inspira
porque es serena y clara

y por burlar el modernismo viste
siempre de alegre muselina blanca.
Porque ciñe las sienes señoriales
con las corolas pálidas
de los jacintos suaves que memoran
la Héléade Sagrada,
y lleva entre las manos
de conventual prestancia
en lugar del volante sólo un ramo
de camelias románticas.
Yo no canté en la alcoba sino al aire
pleno de la campiña fatigada
de luz y de color; en la alegría
azul de la montaña
que se prende al corpiño
de felpa y de satín y de esmeralda
el broche de platino
de la nieve extasiada.
En la paz del hogar, en la discreta
y familiar velada
que cifra y perpetúa
el abolengo ilustre de la raza.
En las horas de amor y en negras horas
que tienen esa escueta y desolada
amargura agresiva
de un campo de retamas.
Yo canté bajo el sol y junto al río
que en el paisaje fraternal se alarga
como una senda móvil
de florecidos písamos randada.

Canté por la humildad de los caminos
y canté en los collados donde el alba
rompe el frágil bolero
de su traje de gasa.
Cuando cierres el libro
que la ternura exalta
y en la noche sesgada de cocuyos
te quedes muda en la penumbra grata
escuchando suspensa
el ritmo de una música ignorada,
comprende, Blanca, que en tu propia vida
has doblado una página.



Cuentos a Aida



Recuerdas? Cada noche yo te contaba un cuento fantástico, lunático, con hadas y dragones, con princesas cautivas en sordos torreones, con voces inventadas de mar y nube y viento.

En mi voz encontraban su disímil acento todos los personajes: asordados sonos de pastoral las hadas, y crueles vozarrones los monstruos que temías ver por el aposento.

Hoy ríes de ti misma por haberme creído las pueriles leyendas, y por haber sufrido con esas aventuras del oso y del tití;

pero yo de tu fresca risa me desentiendo para que no comprendas que he seguido creyendo en las dulces mentiras que inventé para ti.



Vivir



Mirar desde una vuelta del camino,
más allá del azul de la distancia,
los triviales paisajes de la infancia
de fresas y de tréboles y lino.

La juventud; el agridulce vino
del primer desencanto; la fragancia
de las cartas de amor, y esa ignorancia
pura y elemental frente al destino.

Después, amar y padecer; la risa
sobre el dolor; la voluntad sumisa
al devenir del cotidiano empeño;

la fe que salva el vórtice insondable
y siempre la verdad inexorable
de no ver nunca realizado el sueño.

La vejez del árbol



Se alza en la soledad de la llanura
cual un gigante y lúgubre esqueleto,
huérfano de verdor y de frescura,
un árbol melancólico y escueto.

Pobre viejo! La racha tormentosa
te sacude con hórrido estampido;
eres como una cifra misteriosa
grabada sobre el libro del olvido.

Cómo debes sufrir con la tristeza
profunda del recuerdo, cuando a solas
evocas tu pasada gentileza
y el iris de tus límpidas corolas.

Tu desolada desnudez no encubre
ya la clámide verde de las hojas
ni finges en la gloria del Octubre
un crujiente panal de mieles rojas.

Helios te dio su matinal sonrisa
cuando, bajo sus lampos quemadores,
azotaste las alas de la brisa
con una lluvia trémula de flores.

Anciano: ¿por ventura ya no amas?
no fuiste tú el mejor de los abuelos
cuando en la fortaleza de tus ramas
colgaron sus columpios los chicuelos?

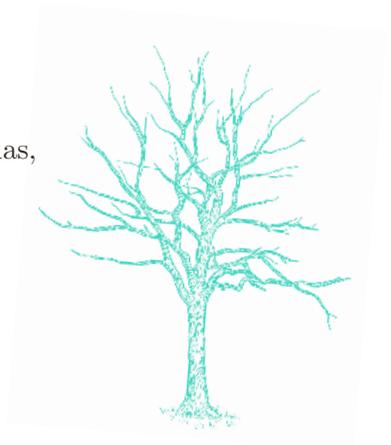
Al caminante en las ardientes horas
brindaste siempre cariñoso abrigo;
te sonrieron las rubias segadoras
desde el sedoso tremolar del trigo.

En la suntuosa paz de la floresta
que engalana el primor de los guaduales
te brindaron sus cánticos de fiesta,
desde el nidal mullido, los turpiales.

Bajo tu gentileza se besaron
al caer de la tarde los pastores
y envidiosas tus ramas tapizaron
la grama con la gloria de sus flores.

Tu ramaje altanero sollozaba,
desgranando un melódico salterio,
cuando un cortejo fúnebre pasaba
a buscar la quietud del cementerio.

Qué orgullo cuando alguna de tus ramas,
al arder en la tosca chimenea,
arrebolaba con sus rojas llamas
la faz de las muchachas de la aldea.



Cuando tronante, con rugir de fiera,
iba por la verdura de las lomas
furioso el huracán, en la pradera
caía la opulencia de tus pomas.

Y hoy ya pareces gigantesca lira
que pulsa el vendaval embravecido
y de la tarde en la radiosa pira
quemas tus altiveces de vencido.

Cuando el invierno de fantasmas blancos
la inmensa paz de la llanura puebla,
tú arrebuja las curvas de tus flancos
en las gasas movibles de la niebla.

Lloras abandonado tus congojas,
ya no te da frescor la primavera
ni ondula la esmeralda de tus hojas
besada por el aura placentera.

Pobre árbol melancólico! Sus notas
te obsequia mi laúd como un consuelo,
ya que estás triste, con las alas rotas,
bajo la muda impavidez del cielo!

Voces altivas



He visto desfilan la aristocracia
en la calma serena de la hora
y pienso en la oprimida democracia
que se despeña tras soñada aurora.

Imposible mirar indiferentes
tanta desolación, tanta amargura,
tantas almas que luchan impotentes
con el poder del tedio y la locura.

Ver los carruajes que al rodar ufanos
insultan con su lujo la pobreza,
y oír la risa cruel de los villanos
que cubren con el oro su bajeza.

Ver tantos depravados corazones
venderse por las joyas y las sedas
y aplastar sin piedad reputaciones
de su carro triunfal bajo las ruedas.

¡Y pretender que la indigencia doble
ante el señor su frente y su decoro,

si bajo el manto que cobija al noble
se amalgama la infamia con el oro!

Servir de pedestal a los traidores
no pueden los que sienten en su venas
circular con insólitos vigores
la sangre que rechaza las cadenas.

La miseria es baldón cuando se humilla,
cuando es altiva dignifica y crea.
La desprecio si dobla la rodilla
y la aplaudo si canta ante la idea.

No se debe insultar a los que lloran
lanzándoles al rostro su pobreza,
porque esas pobres almas atesoran
lumbres de redención y de grandeza.

Con los vencidos que el dolor acosa
hay que tener cariños y piedades.
¡La opresión es la calma tormentosa
que presagia tremendas tempestades!



Camino de llanto

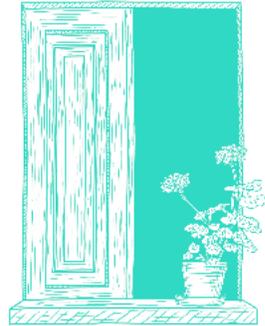
A Alfredo Isaza



Hermano, el soplo helado del infortunio pasa;
hermano, qué tristeza, se ha acabado la casa,
la casa solariega donde la vida era
un discurrir amable de anhelos y cariños,
esa casa que amábamos
y en cuya dulce intimidad gustábamos
de ser un poco niños.
Qué inútil ya nuestro filial lamento ...
¿Cómo es posible, hermano,
que tal capacidad de sufrimiento
tenga este débil corazón humano?
El viento de la angustia nuestro jardín arrasa;
ya no más volverá la primavera
con su chal de geranios; en la casa
ya nadie nos espera.
Ya nunca de su paz disfrutaremos
y su fraterna historia
hasta el ocaso triste llevaremos
como un fulgor de ensueño en la memoria.
Lejanas voces a mi oído vienen;
esos alegres muros tutelares
me parecen, hermano, que retienen

la perdida emoción de los cantares,
y en esta sombra de su ausencia tienen
más honda perspectiva los pesares.
Ya no florece en nuestro amor el día;
ya el huerto lo cultiva mano ajena...
Hermano, ¿quién podría
medir la intensidad de nuestra pena?
Fugaz el tiempo de la dicha pasa
como la luz de matutina estrella;
hay que llorar, hermano, por la casa,
si la casa era Ella.
Ella, la sencillez y la ternura,
el vigilante corazón materno,
de la infancia la cándida dulzura
y la ilusión de rosas del invierno.
Ella, nuestra enseñada de contento,
la inspiración del canto,
la ambicionada paz del pensamiento
y la piedad del llanto.
Ella se ha ido, hermano,
como entre una floresta de oraciones,
y el fuego de las altas emociones
ya no enciende su mano.
La casa nuestra; el día que tocaba
con sus dedos de rosa a los vitrales,
y Ella, que ante el dolor se doblegaba
como bajo la racha los trigales.
¿Recuerdas? qué distinta aquella alcoba
donde siempre a su amor nos congregamos
cuando en su fina caja de caoba

ya inmóvil y en silencio la dejamos.
Qué triste se ha quedado la ventana
sin que ya nadie nuestro arribo aguarde,
y en donde su presencia castellana
era, tras el cristal de la persiana,
para nosotros lirio de la tarde
o esplendor inicial de la mañana.
Hermano, sobre el tiempo y el olvido
vamos siguiendo su amorosa huella;
lloremos juntos el hogar perdido
y lloremos por Ella.



Plegaria por el hombre moderno



Acuérdate, Señor, del que trajina
por entre máquinas y horror,
sangrante el pie sobre la espina,
lejos de tu celeste resplandor.

Hombre moderno a la bondad reacio,
sujeto a la tortura del pensar,
que domina las rutas del espacio
y los camino múltiples del mar;

que acompasa el vaivén de su existencia
al trágico girar de su ambición;
hombre abrumado de inquietud y ciencia,
desposeído de ilusión.

Acuérdate del hombre que en la sombra
en vano intenta retener la luz,
porque olvidó el vocablo que te nombra
y la locura de tu cruz.

Hombre que roba al cosmos sus arcanos
y no sabe su angustia controlar;
hombre moderno en cuyas torpes manos
marchita su inocencia el azahar.

Hombre soberbio que amuralla en roca
su propio corazón,
y silencio colérico en su boca
las voces del perdón.

Hombre que alza su torre de egoísmo
en medio de la humana sordidez,
y que interroga a Dios desde el abismo
de su engreída pequeñez.

Hombre de manos duras que sostienen
la llama cruel del odio fraternal,
hombre igual a sus máquinas que tienen
el alma de metal.

Hombre que al practicar los postulados
del odio destructor,
riega sobre los campos desolados
la pérfida simiente del rencor.

Acuérdate del hombre campesino
que cambia azada por puñal,
que presiente el fusil en su camino
y la emboscada en su trigal.

Que frente a la aridez de su labranza
siente en el labio el áspero sabor
del vino que madura la venganza
en las profundas cavas del dolor.

No te olvides del hombre que soporta
el cotidiano tedio del vivir,
lejos de tu palabra que conforta
y de tu reino de zafir.

Hombre que siente arder en viva brasa
su espíritu encendido en inquietud,
hombre que es lobo para el hombre y tasa
en oro la virtud.

Hombre que en las modernas factorías
del lujo y del placer,
no ve que ya en las cúpulas sombrías
empieza a anochecer.

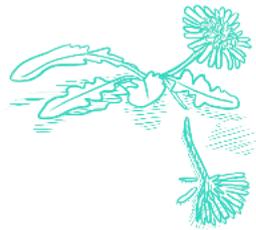
Hombre desprevenido y orgulloso
que en su arrogante ceguera,
no adivina el galope cauteloso
de las cuadrigas de la tempestad.

Hombre que lucha por asir el manto
de la dicha fugaz,
y ultima contra el muro del espanto
a las palomas de la paz.

Hombre que olvida a los que al lado gimen,
tristes en su amargada soledad,
hombre que fraterniza con el crimen
y teme a la verdad.

Acuérdate, Señor, de los vencidos
que entre la selva de su olvido van,
acuérdate de todos los caídos,
de los que han hambre de justicia y pan.

Acuérdate del hombre que se olvida
de tu bondad y tu poder, Señor,
y sobre el yermo en sombra de su vida
destella tu celeste resplandor.



Vineta de otoño

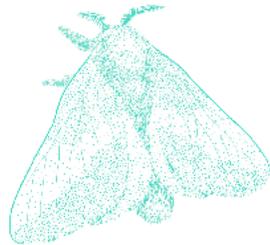


Y he pasado la vida
humilde como aquellas
fuentes que en la montaña
su frágil copa líquida modelan
o entretienen las horas
tejiendo manteletas
de algodón y de azúcar y de vidrio
para los hombros tristes de la piedra.
Mis manos laboriosas
no supieron cortar en la floresta
que el sol perenne de la gloria exalta
el gajo esquivo que la sien relieva,
pero fueron por todos los senderos
cultivando el candor de las resedas
y afianzando en pilares de cariño
el triángulo de lona de la tienda.
Mis manos no alcanzaron
esa gracia perfecta
para escanciar el oro del champaña
en el frívolo estruendo de la fiesta,
pero en quitar la espina
sin desgarrar la seda
del traje de verano de las rosas

siempre fueron maestras.
Han sido aceite y suavidad y lino
para el martirio de la carne enferma
y no han manchado con mezquino trazo
la página severa.
Siempre encontré la fuente de Castalia
en la paz de la casa solariega,
en esa primordial filosofía
de acompañar el canto a la faena.
Nunca tendí mi admiración a modo
de una capa torera
al paso de la ilustre medianía
esclava de su anhelo de grandeza.
No me inmutó el estruendo del soberbio
carro de la riqueza
que sobre mis jardines interiores
no marcó el despotismo de sus ruedas.
Le ha bastado a mi vida
para lograr su plenitud serena
la moneda solar de tu palabra
y el alegre caudal de tu ternura.
No hilé la seda noble del ensueño
de la ambición en la dorada rueca
y gusto de partir con los humildes
el pan y el vino ante la sobria mesa.
He tenido ese culto apasionado
de las cosas pequeñas
y como Maeterlinck paso las horas
absorta ante el país de las abejas.
Hoy cuando a mis arriates florecidos

con leves pasos el otoño llega,
más honda en la elación de tu ternura
mi voluntad sumisa se concentra.
Para cantar no supe
nunca el concepto de la forma nueva:
no estudiaron los pájaros el trino
con que llenan de gloria la floresta;
no sigue pauta musical el viento
que pasa desrizando las palmeras
ni el ritmo pitagórico conocen
los enjambres de estrellas.
Se canta porque sí, porque es preciso
fragar la vida en moldes de belleza
y facetar con luces de amatista
la copa de obsidiana de las penas;
porque del cañamazo sin matices
de la diaria tarea
tan sólo el arte puede
sacar un suave tornasol de perla.
No conocí la envidia que en el alma
prende su zarza negra;
he sido ingenua como el chal de encaje
de la nube viajera.
No me ceñí del odio
el cinturón de púrpura violenta
y más bien que ser águila he querido
ser rosada falena.
Al igual del molusco que se adhiere
a la concha materna,
en fracaso y en éxito yo he sido

apegada al orgullo de mi tierra.
Quise labrar mi vida
como un ánfora griega
y preferí a la rumba dislocada
el virgiliano son de las avenas.
Es amplio el horizonte que domino
desde la cumbre austera
y encuentro en el otoño aquella misma
gracia frutal de la mañana fresca.
Esta autobiografía
fue bien fácil hacerla,
si es tan trivial la historia
de una vida discreta.



Y llegará por fin una mañana



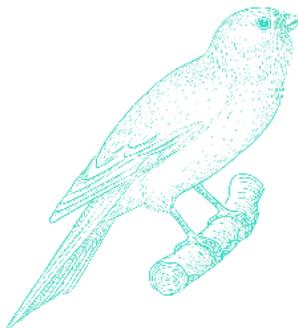
Y llegará por fin una mañana,
igual a tantas otras,
llena de claridad y florecida
de pájaros y rosas.
Y dirán las campanas en el templo
con su lengua sonora
los salmos matinales que congregan
a las gentes devotas.
El día por las pistas platinadas
lanzará su carroza
hacia la curva clara de los montes
que el horizonte familiar recortan.
Ensayarán alegres los canarios
en buen romance sus sencillas trovas;
habrá un cándido gozo de azaleas
y estarán ya despiertas las palomas.
Pero yo estaré quieta
dormida entre mi caja de caoba,
con las manos cruzadas y en el labio
ya la palabra rota.
Las llamas de los cirios
tendrán en la penumbra silenciosa
la palidez que tienen los luceros

cuando llega la aurora.
Entrarán en puntillas
los nietos a la alcoba
para ver a la abuela que tenía
miedo a quedarse sola.
A la abuela que supo
contar lindas historias,
que fue amiga del sol y de la niebla,
de los gorriones y las mariposas.

No la despertarán con su alboroto
y con sus risas locas
ni entenderán por qué la abuela duerme
si nunca estuvo a la faena ociosa,
si fue humilde y cordial y se pasaba
buscando a Dios en las pequeñas cosas...
¿Qué pensarán mis nietos detenidos
al borde de la sombra?
Esa mañana romperá su ritmo
la planta que sangró sobre la tosca
desnudez del guijarro, y los cantares
se apagarán entre mi boca.

Y ceñidas de pálidos jacintos
han de pasar las horas
cual doncellas cogidas de la mano
en la dulzura de las viejas rondas.
Y no tendrá ni gritos ni protestas
aquella pena honda;
que la corriente de los grandes ríos

es siempre silenciosa.
Y llegará por fin una mañana,
igual a tantas otras,
todo será lo mismo y ya mis manos
no sostendrán la antorcha.
Todo estará cantando; será el cielo
lila y azul como marina concha,
y por el oleaje de la muerte
iré en mi frágil barca de caoba.



Canto a Abejorral

*Recitado el 22 de julio de 1961,
al recibir el homenaje de la tierra natal.*



Vengo al pueblo natal cuyo recuerdo
he llevado en el alma,
el que al nombrarlo entre mis labios deja
sabor de mieles claras,
acento de nostalgia y aromosa
dulzura de manzana.
Fresco tazón de rosas en la suave
rampa de la colinas virgilianas,
lo fundó un viejo hidalgo que tenía
la mente iluminada
y acompasó su canto con el golpe
victorioso del hacha.
Gallardo aventurero
de romántica estampa
que se vino prendiendo el horizonte
a las viajeras puntas de su ruana.
Pueblo que enalteció las tradiciones
de señorío de la raza
y que le dio en espléndida cosecha
cien figuras ilustres a la patria.
Me anunciaron de lejos su presencia
en el ápice azul de la montaña,

el río que prolonga por los valles
su alegre clarinada
y la brisa traviesa
que en los pinares salta
y va por los collados
como una colegiala
de pies descalzos y una quinceañera
orla de margaritas en la falda.
Nunca olvidé la tierra
que mis ojos de niña contemplaran,
donde por vez primera
vieron el fino resplandor del alba,
ni las cumbres serenas
en donde el viento canta,
ni el vuelo de jazmín de sus palomas
ni el vuelo musical de sus campanas.
Desandando el camino del pasado
se detiene mi planta
de frente a las colinas familiares
que ampararon la infancia,
y sigue el corazón emocionado
tras las huellas amadas
de aquellos que en la muerte
bajo la sombra de la cruz descansan.
Aquí la Antioquia maternal encuentra
la dimensión exacta
de su vivir espiritual ceñido
al arte y al amor y a la plegaria.
De aquí salieron los varones recios
que en portentosa hazaña,

fundaron la ciudad en cuyo escudo
hay un monte de plata.
Y no llevaron a la gran conquista
que el triunfo de los mármoles reclama,
sino el machete vencedor y el hondo
sentido de su mística cristiana.
Y audaces desafiaron
de la selva la pérfida acechanza,
llena de sol la frente y de paisajes
súbitos la mirada.
A lo largo de todos los senderos,
desde el límite en gris de la distancia
me llevé en la memoria
la imagen de esta tierra y de esta casa.
De esta casa sencilla
contra un telón de ensueño destacada,
como esas acuarelas que ilustraron
los libros de la infancia.
Vengo tras de las huellas amorosas
de los que ya rindieron la jornada
y en el costado de azahar de Cristo
ya de la angustia del vivir descansan.
Mis padres... Si parece
que tiene mi palabra
cuando los nombro ahora, una dulzura
hecha de amor y lágrimas.
Aquí vivieron ellos cuando alegre
la juventud ilusionada
abría ante su anhelo los caminos
amplios de la esperanza.

Y fue tranquilo su vivir a modo
de un agua remansada
que copia las estrellas y las nubes
y los jardines de color del alba.
Ya presenten mis líricos trigales
el paso de la helada
y al igual que en mi espíritu en mis sienes
cae un poco de escarcha.
Mis manos que se hirieron
en los zarzales de la senda larga,
traen un haz de rosas como ofrenda
a la tierra del alma.
Este el pueblo natal; la florecida
parcela en mi canción alinderada,
la que dio a los abuelos patriarcales
lecho de paz en su amorosa entraña.
Canto a la tierra maternal; parece
que hasta mi propio corazón llegaron
los recuerdos en breve
ronda floral de música y de alas.
Con una pura sensación de afecto
quiero cantar la pródiga comarca,
la ciudad por mi ensueño enaltecida,
el solar de las gentes de mi raza.
Sus valles y sus ríos; la inefable
dulzura de sus noches sosegadas,
sus huertos encendidos de camelias
y sus mañanas diáfanas.
Su vivir apacible, la segura
fe que su paso hacia el futuro marca.

Su pasado proceros y el orgullo
de prolongar la tradición hidalga.
Canto a la tierra maternal; el verso
en su armoniosa perspectiva guarda
sus paisajes, sus gentes, sus leyendas
y mi niñez como una rosa blanca.
Canto a la tierra mía; a sus mujeres
de señorial prestancia,
que fraguaron su vida en la ternura
que viene del Sermón de la Montaña.
Es el pueblo natal, es la colina
por el amor iluminada;
en las góticas torres de su templo
bandera de emoción mi ensueño enasta.
Y cuando digo Abejorral, yo siento
que estoy diciendo: Patria.







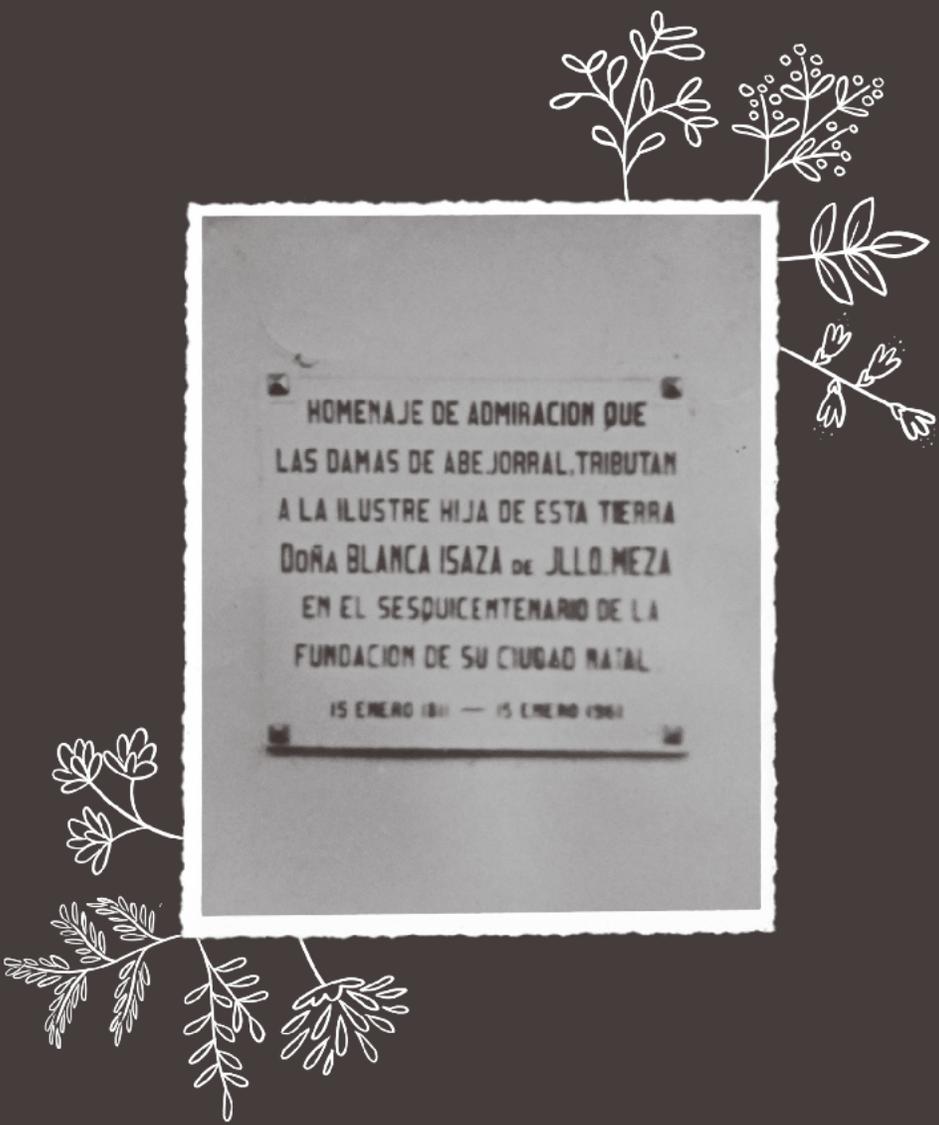
Nieto de Blanca.



Blanca en su estudio.







HOMENAJE DE ADMIRACION QUE
LAS DAMAS DE ABEJORRAL, TRIBUTAN
A LA ILUSTRE HIJA DE ESTA TIERRA
DOÑA BLANCA ISAZA DE JILLO MEZA
EN EL SESQUICENTENARIO DE LA
FUNDACION DE SU CIUDAD NATAL.

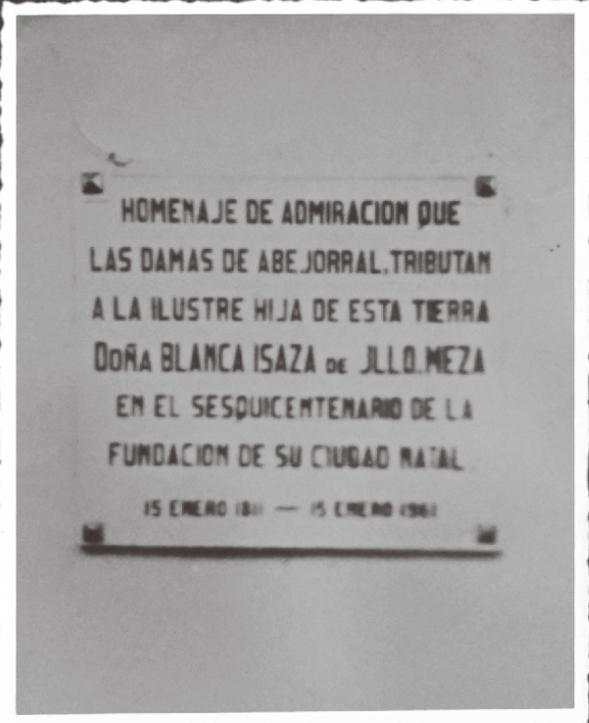
15 ENERO 1811 — 15 ENERO 1911



*Aida Jaramillo Isaza.
Foto: Fredy Gaviria.*

La obra y la memoria de Blanca Isaza de Jaramillo Meza han sobrevivido gracias al cuidado de su hija Aida Jaramillo Isaza quien dirigió la tercera generación de la “Revista Manizales” hasta su cierre definitivo en diciembre del año 2004 y mantuvo íntacto el archivo literario familiar.

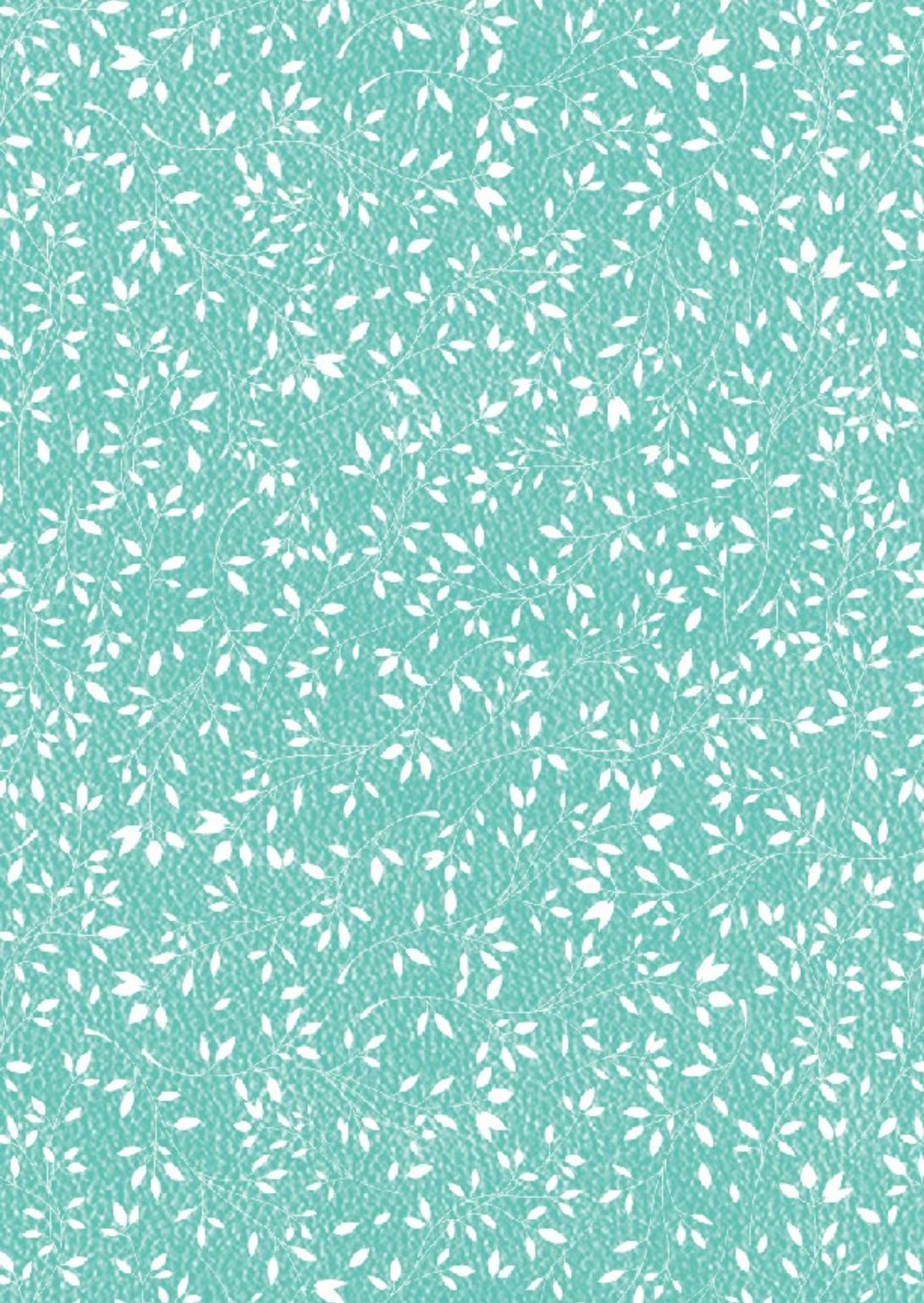
Esta edición es un justo homenaje al trabajo, la paciencia y la vida de Aida.



HOMENAJE DE ADMIRACION QUE
LAS DAMAS DE ABEJORRAL, TRIBUTAN
A LA ILUSTRE HIJA DE ESTA TIERRA
DOÑA BLANCA ISAZA DE JILLO MEZA
EN EL SESQUICENTENARIO DE LA
FUNDACION DE SU CIUDAD NATAL.

15 ENERO 1811 — 15 ENERO 1961

*Placa conmemorativa.
Abejorral, Antioquia.*



Blanca Isaza (Abejorral, Antioquia, 1898. Manizales, Caldas, 1967) hace parte de la generación de las grandes poetas latinoamericanas: Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou y Alfonsina Storni. Con las dos primeras mantuvo una amistad de toda la vida que quedó recogida en su correspondencia personal. Sus hijos consideraban a poetas como Ibarbourou y Barba-Jacob unos miembros más de la familia. Madre de trece hijos y editora durante veintisiete años de la Revista Manizales, Blanca no dejó de escribir poemas, crónicas y cuentos hasta el día de su muerte.

Su obra es una observación atenta de las pequeñas cosas de la vida. Aunque se la recuerde especialmente como poeta, escribió un libro de cuentos y sus “crónicas ligeras” han encontrado nuevos lectores.



VICERRECTORÍA
ACADÉMICA

CENTRO DE
BIBLIOTECAS

ad...
EDITORIAL

